

Jorge Bonsor

*y la recuperación de Baelo Claudia
(1917-1921)*

*Catálogo de la Exposición celebrada en el Conjunto Arqueológico
de Baelo Claudia entre el 4 de junio y el 30 de septiembre de 2009*

CONSEJERÍA DE CULTURA

Archivo General de Andalucía
Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia

ORGANIZA
JUNTA DE ANDALUCÍA.
Consejería de Cultura

CONSEJERA
Rosario Torres Ruiz

SECRETARIA DE POLÍTICAS
CULTURALES
Lidia Sánchez Milán

DIRECTORA GENERAL
DE BIENES CULTURALES
Guadalupe Ruiz Herrador

DIRECTORA GENERAL DEL
LIBRO Y DEL PATRIMONIO
BIBLIOGRÁFICO Y DOCUMENTAL
Rafaela Valenzuela Jiménez

DELEGADA PROVINCIAL
DE CULTURA DE CÁDIZ
Yolanda Peinado García

COORDINADOR DE LA RED
DE ESPACIOS CULTURALES
DE ANDALUCÍA
Javier Verdugo Santos

DIRECTOR DEL CONJUNTO
ARQUEOLÓGICO DE
BAELO CLAUDIA
Ángel Muñoz Vicente

DIRECTOR DEL ARCHIVO
GENERAL DE ANDALUCÍA
Joaquín Rodríguez Mateos

AUTORES DE LOS TEXTOS
José Beltrán Fortes
Iván García Jiménez
Jorge Maier Allende
Ángel Muñoz Vicente
Fernando Prados Martínez
Joaquín Rodríguez Mateos
Francisco Trujillo Doménech

AUTORES DE LAS FICHAS
Iván García Jiménez
Ángel Muñoz Vicente
Joaquín Rodríguez Mateos
Francisco Trujillo Doménech

DISEÑO Y PRODUCCIÓN
Logística de actos, S.L.

MAQUETACIÓN
Pepa Robles. Estudio Gráfico

IMPRESIÓN
Tecnographic, S.L.

EDITA
JUNTA DE ANDALUCÍA.
Consejería de Cultura

Depósito Legal: SE-2913/2009
ISBN: 978-84-8266-889-5

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA.
Consejería de Cultura

© de los textos y fotografías:
los autores

Índice

- 7 *Presentación*
ROSA TORRES
Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía
- 9 *El fondo documental de Jorge Bonsor en el Archivo General de Andalucía*
JOAQUÍN RODRÍGUEZ MATEOS
FRANCISCO TRUJILLO DOMÉNECH
Archivo General de Andalucía
- 21 *Jorge Bonsor, Baelo Claudia y el Fretum Gaditanum (1917-1921)*
JORGE MAIER ALLENDE
Real Academia de la Historia
- 39 *Aproximación a un marco general de la Arqueología española y andaluza como contrapunto de las excavaciones de Baelo Claudia entre 1917 y 1921*
JOSÉ BELTRÁN FORTES
Universidad de Sevilla
- 59 *Espacios jerarquizados y áreas funerarias en la necrópolis oriental de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz). Nuevas perspectivas de estudio*
ÁNGEL MUÑOZ VICENTE
*Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía*
IVÁN GARCÍA JIMÉNEZ
*Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía*
FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ
*Área de Arqueología
Universidad de Alicante*
- 79 *Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921). Catálogo de la Exposición*

ROSA TORRES
*Consejera de Cultura
de la Junta de Andalucía*

Pocas veces el patrimonio documental se había asociado a la Arqueología con la determinación que lo hace en esta exposición, en la que se testimonian gráficamente los primeros pasos en la recuperación de la historia pretérita de Andalucía. La investigación arqueológica en nuestro país ha ido evolucionando significativamente hasta convertirse en un ámbito científico de incuestionable vigencia que precisa, no obstante, de nuevos y valiosos aliados. Es el caso de los documentos relacionados con este campo, muchos de los cuales duermen aún en buena parte de los archivos andaluces.

En esa realidad debemos situar a la figura de Jorge Bonsor, a quien los estudios contemporáneos están devolviendo al lugar de honor que le corresponde ocupar en la crónica arqueológica de nuestra Comunidad. Este investigador —cuya formación inicial estuvo orientada a las Bellas Artes— fue un pionero en el empleo de la fotografía y del dibujo como instrumentos de registro arqueológico, y ello sin llegar a perder nunca de vista la dimensión estética de la imagen. De este modo, el que fuera primero vecino de Carmona y después de Mairena del Alcor, fue generando a lo largo de su vida un completo e interesante material gráfico, producto de su actividad investigadora, que para la historiografía contemporánea hoy resulta imprescindible.

El Archivo General de Andalucía custodia entre sus fondos buena parte del legado documental de Jorge Bonsor, que ahora queremos difundir con el cuidado y las atenciones técnicas que éste requiere. De esa colección forman parte un buen número de las fotografías, planos, dibujos y publicaciones que registran la participación de su autor en las excavaciones que, entre los años 1917 y 1921, dieron como resultado el descubrimiento de la ciudad hispanorromana de *Baelo Claudia*.

El Centro de Interpretación anexo a las imponentes ruinas del yacimiento que en la Consejería de Cultura inauguramos no hace mucho, sirve de inmejorable marco a esta exposición en la que el visitante podrá retroceder en el tiempo y conocer, de primera mano, el proceso de recuperación de esta urbe surgida bajo las arenas de la costa del Estrecho. Noventa años después, son pocos los conjuntos arqueológicos que pueden ofrecer de manera tan visual y pormenorizada el testimonio del rescate de su pasado.

La muestra es, asimismo, un ejemplo de la eficaz colaboración entre dos importantes instituciones del Patrimonio Histórico dependientes de la Consejería de Cultura, como son el Archivo General de Andalucía y el Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*. Dos Centros que suman sus esfuerzos en esta exposición para cumplir con una de nuestras máximas encomiendas: la de difundir entre la ciudadanía los valores históricos que han forjado la cultura andaluza.



El fondo documental de Jorge Bonsor en el Archivo General de Andalucía

El personaje

Cuando en mayo de 1917 Jorge Bonsor llega a Bolonia, llamado por su amigo y colega Pierre Paris, para hacerse cargo de la excavación de la ciudad hispanorromana de *Baelo Claudia* acude con un bagaje científico y un prestigio como arqueólogo labrado desde su llegada a España en 1880.

Jorge Bonsor Saint Martín había nacido en Lille (Francia), el 30 de marzo de 1855. De padre inglés y madre francesa, sería educado en reputados centros educativos de Europa como correspondía a su elevado nivel social, orientando su vocación hacia las Bellas Artes. Realizó estudios en la materia en Inglaterra y Bruselas, donde se diplomó en Bellas Artes. Una vez terminada su formación académica, y por recomendación de su padre, James Bonsor, que había trabajado como ingeniero en explotaciones mineras en Andalucía, decide realizar un viaje a España en busca de inspiración y motivos para el lanzamiento de su carrera como pintor.

El 24 de febrero de 1880, después de unos meses recorriendo el país, recaló, para lo que iba a ser una breve visita, en Carmona (Sevilla), que se convertiría junto a la vecina localidad de Mairena del Alcor en su lugar de residencia hasta su fallecimiento.

En un principio se instala en Carmona atraído por la luz y el pintoresquismo de sus gentes y sus costumbres, dedicándose intensamente a su obra pictórica, de carácter popular y costumbrista. Realiza, entre otros, los óleos “Semana Santa en Carmona” o “Monaguillos en el Patio de los Naranjos”, ambos actualmente en el Castillo de Mairena del Alcor. Su nombre se populariza, y se convierte en retratista de diversos personajes de la población, lo que lo pone en contacto con los círculos eruditos de la misma. Entre éstos se encontraba el farmacéutico Juan Fernández López, quien le transmitió su interés por las antigüedades. Al parecer, Bonsor quedó fascinado con la apertura de los primeros enterramientos de la necrópolis romana de Carmona, lo que terminaría por atraerlo de manera prácticamente definitiva al ámbito de la arqueología. Ello motivaría su asociación con Juan Fernández, con quien adquiriría, en 1881, los terrenos donde estaba enclavado el yacimiento de la necrópolis. Tras un intenso trabajo de preparación a lo largo de dos años, se iniciaron las excavaciones que llevaron, en un tiempo récord de dos años y medio, al descubrimiento de 225 tumbas, presentándose oficialmente los resultados a las autorida-



Fig. 1. Asistentes a la inauguración del Museo y Necrópolis de Carmona.



Fig. 2. 1907. Castillo de Mairena del Alcor.

des científicas españolas el 24 de mayo de 1885. Ese mismo año quedó inaugurada la Necrópolis y su Museo, abriéndose al público para su visita, al tiempo que se fundaba la Sociedad Arqueológica de Carmona.

Las investigaciones arqueológicas de Bonsor se encuadraron fundamentalmente en la comarca sevillana denominada de los Alcores (Carmona, El Viso del Alcor, Mairena del Alcor y Alcalá de Guadaira) donde llevó a cabo sus principales excavaciones, entre las que destacan las citadas de la Necrópolis de Carmona y los monumentos funerarios de Gandul (Alcalá de Guadaira). Pero sus trabajos no sólo se centraron en esta zona, sino que abarcaron gran parte de Andalucía occidental (Coto de Doñana, valle del Guadalquivir, Bolonia...), llegando su actividad incluso hasta las Islas Scilly (Inglaterra) durante varias campañas.

A partir de 1902, y con la compra del castillo de Mairena del Alcor, su labor se centró en la reconstrucción y adaptación de dicho recinto como museo para albergar su colección de objetos arqueológicos de Los Alcores, aunque tras su boda con Gracia Sánchez Trigueros en 1907 lo convertirá en su residencia familiar. Al tiempo, irá incrementando su colección con nuevos objetos procedentes de sus excavaciones, pero también con piezas de artesanía andaluza y pinturas del Siglo de Oro español. El castillo recibió desde entonces a numerosos visitantes, como así lo atestiguan los Libros de Visitas que se conservan desde el año 1912.

La labor de Bonsor sería reconocida por numerosas instituciones científicas, que le llevaron a ser nombrado, entre otras distinciones, miembro de las Academias de la Historia y de San Fernando, de The Hispanic Society of America, y Vocal de la Comisión Provincial de Monumentos Histórico-Artísticos de Sevilla.

En la última etapa de su vida fue nombrado Director de la Sección Arqueológica de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929. El 28 de julio de 1930, en sus últimos días de vida, cedía al Estado la Necrópolis Romana de Carmona y su Museo. Falleció final-

mente el 15 de agosto de ese mismo año en su residencia de Mairena del Alcor, dejando para la posteridad un inmenso legado arqueológico, artístico y documental (Mayer, 1999a).

El fondo documental

El fondo documental de Jorge Bonsor, tal como hoy se conserva en el Archivo General de Andalucía, es el resultado de una vida dedicada íntegramente a la arqueología, durante la que fue acumulando una gran cantidad de documentación procedente, en su mayor parte, de sus excavaciones.

La documentación permaneció en el castillo de Mairena del Alcor desde que Bonsor estableciera allí su residencia familiar, en 1907, hasta la compra del mismo a sus herederos por parte de la Junta de Andalucía en 1986, ingresando posteriormente en el Archivo General de Andalucía el 23 de mayo de 1989.

Desde el mismo momento de su ingreso en el Archivo, y dadas las adversas condiciones de conservación y de instalación en que se encontraban en el castillo, se iniciaron los trabajos técnicos necesarios para garantizar la conservación de los documentos, su descripción y la puesta al servicio de los ciudadanos, en general, y de los investigadores de la arqueología en particular.

Se llevó a cabo un plan de conservación preventiva, que se inició con la limpieza minuciosa de la documentación, eliminándose los elementos potencialmente dañinos como grapas, alfileres, adhesivos inestables o carpetas de plástico, en la mayoría de los casos incorporados a los documentos con posterioridad a su producción material. Para su instalación se utilizaron carpetas y cajas de material libre de ácido, colocándose los mapas, planos y dibujos en armarios planeros. Posteriormente se ha procedido a la digitalización de todo el fondo documental para evitar el uso directo y el consiguiente deterioro de los originales, facilitando al tiempo el acceso por parte de los investigadores, y contribuyendo así a su difusión pública.

El fondo documental cuenta además con un abundante material fotográfico, compuesto por 1700 imágenes de finales del s.XIX y principios del s.XX; entre ellas, 450 negativos en placas de vidrio, la mayor parte placas secas de gelatinobromuro. Ello motivó la intervención de un especialista en conservación de materiales fotográficos, que se encargó de las tareas de identificación de materiales, limpieza, realización de negativos de seguridad y positivado en el caso de las placas de vidrio, así como del almacenamiento en contenedores específicos para cada tipo de material: placas de vidrio, positivos de época y negativos plásticos.

Para completar el plan de preservación, se controla que las condiciones de temperatura y humedad sean las correctas para la conservación de los materiales, a través de una unidad monitorizada Humbug Data Logger.

Una vez organizado, el fondo documental completo supuso un total de 18 legajos, más de 500 mapas, planos y dibujos, 1700 fotografías, 220 postales y 15 placas para grabados que, junto con la biblioteca personal del arqueólogo, conforman un valiosísimo patrimonio documental y bibliográfico. Como ya se ha comentado anteriormente, su contenido está relacionado fundamentalmente con la arqueología y con las actividades arqueológicas que Bonsor llevó a cabo durante su vida, tanto en lo que se refiere a las excavaciones mismas como a los contactos con miembros de la comunidad científica, así como en su faceta de coleccionista. En menor medida, forman parte también del fondo documental ciertos documentos de carácter personal o familiar. De todo ello se han confeccionado varios instrumentos de descripción por los técnicos del Archivo General de Andalucía, que están a disposición de los ciudadanos para facilitar su consulta.¹

Toda la trayectoria personal y profesional de Jorge Bonsor estuvo siempre más ligada a la cultura francesa materna que a la inglesa, de la que también era oriundo, a pesar de su nacionalidad británica y de su formación londinense. Es por ello por lo que la mayoría de sus documentos, así como las anotaciones que realiza en muchos planos, dibujos y fotografías, aparecen escritos en francés, fundamentalmente, así como en castellano, mientras que apenas lo hace en inglés. Del mismo modo, se conservan muchos apuntes y estudios manuscritos traducidos por mano del propio Bonsor a ambos idiomas, francés y castellano.

Podemos establecer una clasificación del fondo documental completo agrupando los documentos en tres bloques principales:

a) *Documentación relativa a su actividad profesional:*

Compuesta básicamente por:

- Notas y diarios de excavaciones
- Estudios varios sobre arqueología e historia en general
- Libros de compra, venta y gastos de excavaciones
- Correspondencia
- Mapas, planos, dibujos y fotografías

Hay que destacar en este apartado toda la documentación que procede de sus trabajos de campo en las distintas campañas que llevó a cabo, y que incluyen estudios previos, diarios de excavaciones, notas sueltas, relaciones

1. Cruces Blanco, E. (Dir.): *Inventario del Archivo Jorge Bonsor*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1991; Melero Casado, A. y Trujillo Doménech, Francisco: *Colección fotográfica de Jorge Bonsor*. Serie "Archivos. Instrumentos de descripción", nº 10 (Edición en CD-ROM). Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2001.

Como complemento, existen sendas bases de datos descriptivas de las fotografías y las postales que componen el fondo documental.

de gastos etc., todo ello con el apoyo de fotografías, así como una magnífica serie de planos y dibujos en los que queda patente la maestría de Bonsor tanto en el dibujo técnico como artístico.

Entre la documentación de carácter textual, se conservan la mayoría de los estudios resultantes de sus investigaciones, y que sirvieron de base para sus publicaciones, muchos de los cuales aparecen en distintas versiones (borradores, manuscritos en francés y español, y originales definitivos). Hay que destacar los manuscritos originales, en sus distintas versiones, de “La navegación del Guadalquivir” y de “Tartessos. El Coto de Doña Ana”.

Todo ello, junto a la abundante correspondencia con destacados arqueólogos y coleccionistas (Arthur Engel, Henry Breuil, Luis Siret, Pierre Paris, el Marqués de Cerralbo...) abre un abanico inmenso de posibilidades para el estudio de la arqueología de finales del siglo XIX y principios del XX (Maier: 1999b).

En este sentido, hay que destacar la correspondencia que refleja la estrecha relación mantenida con la Hispanic Society of America a través de su fundador y amigo Archer M. Huntington, y de su tesorero, Edwin Gates, que permite adentrarnos en el comercio de objetos arqueológicos y artísticos en el antes y el después del hito que supuso la Ley de Excavaciones Arqueológicas de 1911.

Pero la principal aportación de Bonsor a la documentación arqueológica, y que tal vez supone la mayor riqueza informativa dentro de su fondo documental, es la que procede del uso de la fotografía y del dibujo como formas de testimonio gráfico del trabajo de campo.

Con respecto a la primera, y como ya hemos comentado con anterioridad, es profuso el uso que Bonsor hace de la fotografía como instrumento de registro de la actividad arqueológica, lo que supone una importante aportación metodológica en el ámbito de la arqueología hispana de inicios del siglo XX. Con anterioridad a las excavaciones de Bolonia, ya en sus trabajos iniciales en Carmona y en el valle del Guadalquivir utilizó esa técnica para documentar

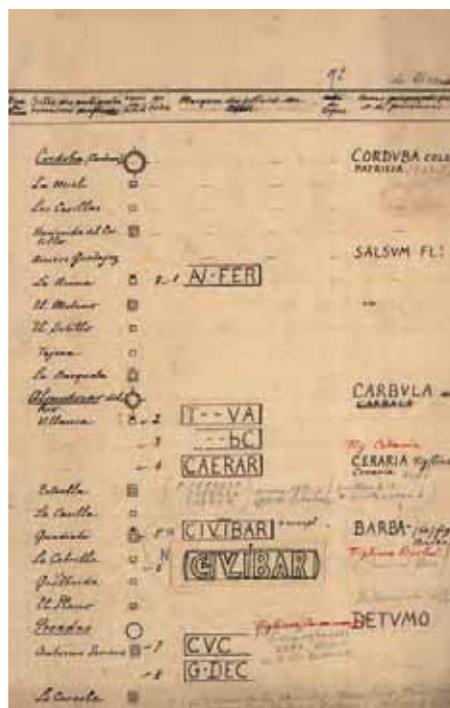


Fig. 3. 1890 ca. Cuadernos de notas con estudio de marcas de alfareros.

sus excavaciones. Aunque indudablemente muchas de las imágenes no están exentas de cierto exotismo, predomina en ellas el puro interés científico. De hecho la contratación de profesionales como Ramón Pinzón o Pérez Romero, y las espléndidas imágenes que nos dejaron de la necrópolis de Carmona, son una muestra de la importancia dada a este tipo de materiales por el arqueólogo.

Por otra parte, y en relación a la abundante producción de dibujos que Bonsor realiza en sus actividades arqueológicas, no hay que olvidar que fue precisamente su formación artística inicial en el ámbito

de las Bellas Artes la que le condujo hasta la arqueología, lo que le sería posteriormente de una gran utilidad metodológica. Fue así el primer arqueólogo en España que utilizó sistemáticamente el dibujo como un método de descripción y registro arqueológico, lo que le hizo convertirse de manera pionera en una suerte de artista-arqueólogo, cosa que le supuso incluso la concesión de un premio en esta labor.

b) *Documentación de carácter personal:*

Compuesta básicamente por:

- Documentos de identidad y filiación
- Correspondencia
- Libros de gastos
- Títulos y menciones honoríficas

En este grupo hay que destacar la abundante correspondencia mantenida con familiares y amigos, tanto de las ramas familiares francesa e inglesa como de su nuevo entorno social en España.

La misma meticulosidad de que hace gala Jorge Bonsor en las notas, planos y dibujos de sus excavaciones queda patente también en la gestión de la economía familiar. Gracias a ello se conservan en el fondo una serie de “Libros diarios de cuentas de casa” en los que, desde 1900 a 1930, se refle-



Fig. 4. ca 1910. El arqueólogo Arthur Engel.

jan meticulosamente los gastos del hogar de los Bonsor, lo que supone un valioso documento para el estudio de los hábitos y gastos de un hogar burgués en el primer tercio del siglo XX. Estos libros sirven también como aporte biográfico, pues en los mismos aparecen breves apuntes sobre acontecimientos familiares, escasos, por otro lado, en el resto de la documentación.

Se conserva también un buen número de diplomas, títulos y menciones honoríficas, así como el manuscrito original del discurso que pronunció al ser nombrado Hijo Adoptivo por la ciudad de Carmona.

El resto está constituido por un conjunto de documentos sueltos, poco numerosos, entre los que se incluyen su pasaporte británico, el certificado de matrimonio, diversos carnets, etc.

c) Biblioteca

En un tercer apartado podemos englobar la biblioteca personal de Jorge Bonsor, compuesta por un rico material bibliográfico consistente en cerca de 400 monografías, además de un considerable número de revistas, folletos, periódicos, impresos y recortes de prensa editados en diferentes idiomas, de elevada relevancia para el estudio de la arqueología de la época.

Baelo Claudia en el fondo Bonsor

Cuando la Escuela de Altos Estudios Hispánicos obtiene el permiso para iniciar las excavaciones de Bolonia, Pierre Paris, su director, encomienda a Jorge Bonsor la dirección de los trabajos. Esta decisión venía avalada por sus dotes de dibujante, que Paris conocía bien por haber colaborado con él en otras ocasiones, y del reconocido prestigio del que gozaba en arqueología funeraria romana, como lo acreditaban sus excavaciones en Carmona y Cañada Honda.

Las campañas de excavación que se llevaron a cabo en Bolonia durante los años 1917 a 1921 produjeron una extensa documentación, consistente fundamentalmente en cuadernos de trabajo de campo, notas, dibujos, planos y fotografías. Gran parte de este material, sobre todo la documentación textual procedente del trabajo de campo, se depositó en la sede de la Casa de Velázquez, en Madrid, fundada en 1920 por Paris como heredera de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos; la práctica totalidad de todo este material se perdería el 20 de noviembre de 1936 durante la defensa del frente de Madrid, en plena Guerra Civil, al quedar destruido el edificio de la Casa de Velázquez durante los combates de la Ciudad Universitaria, donde se encontraba enclavado. Afortunadamente, Jorge Bonsor conservó en su castillo de Mairena del Alcor buena parte del material de trabajo, pues hay que señalar que fue él mismo el dibujante oficial del proyecto y, probablemente,

el autor material de la mayoría de las fotografías.

El material que actualmente se conserva en el fondo documental de Bonsor acerca de las excavaciones en Bolonia es, por tanto, el único testimonio existente sobre la recuperación de *Baelo Claudia*, y permite reconstruir con bastante nivel de detalle el proceso de excavación y el ambiente que rodeó al mismo a lo largo de las cinco campañas que se extendieron de 1917 a 1921. Se compone básicamente de:

a) *Mapas, planos y dibujos*

Se trata de un conjunto de 35 documentos, realizados la mayoría de ellos en tinta sobre papel en diversos formatos, muchos de ellos fechados y firmados por el propio Bonsor. Predominan los de edificaciones de la ciudad romana (teatro, capitolio, puertas, muralla...), aunque hay algunos de la necrópolis (Hornillo de Santa Catalina, tumba de Saturnino Sempronius...). Especialmente interesantes son los planos de ubicación de los hallazgos de la necrópolis Este, pues gracias al riguroso trabajo de Jorge Bonsor hoy en día, 90 años después, siguen siendo aún útiles para futuros trabajos arqueológicos en las ruinas de la ciudad.

Existen varios dibujos en los que, bien como tema principal o en un segundo plano, aparecen distintos motivos relativos al entorno paisajístico y humano de Bolonia, ajenos al interés puramente arqueológico, aflorando así una vena artística que nunca le abandonó. Así lo reflejan, por ejemplo, los dibujos de las viviendas características de los pobladores de la zona, que evidencian la atracción artística que siempre sintió Bonsor por el costumbrismo, plasmando, a modo de escenario, las formas de vida local de la zona.

b) *Fotografías*

De las excavaciones de *Baelo Claudia* se conservan 145 fotografías, todas en positivo sobre papel, aunque la mayor parte de ellas de pequeño formato. Su autor material debió ser el propio Bonsor.

En cuanto a su contenido iconográfico, podemos considerar un primer grupo relativo a las excavaciones de la ciudad (muralla, acueducto, capito-

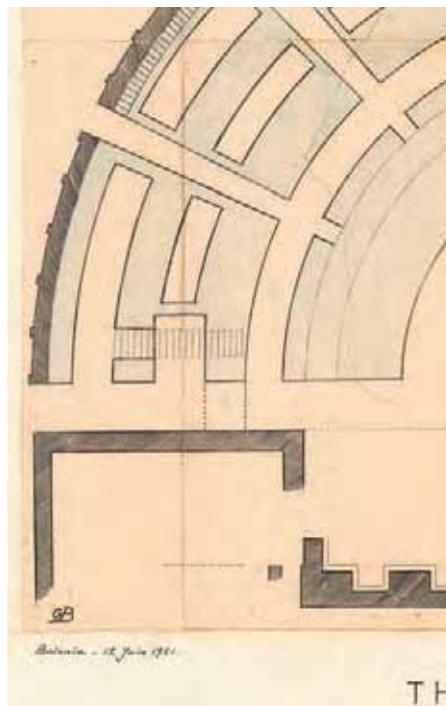


Fig. 5. 1921. Teatro (fragmento).



Fig. 6. 1918. Bolonia. Enterramiento. Tomas desde distintas perspectivas.

lio...). La parte más importante es la concerniente a la necrópolis, en cuya excavación tuvo un especial protagonismo Bonsor. Junto a los propios trabajos de la excavación (obreros, acarreo de materiales, etc.) aparece una variada representación de los diferentes tipos de enterramientos. También abundan las fotografías de restos de construcciones o monumentos funerarios, como sillares, capiteles, objetos cerámicos, urnas o betilos —que fueron denominados popularmente como “muñecos”, tal como recogió Bonsor en las anotaciones manuscritas que realizó al dorso de las fotografías.

Abundando en el ya citado interés de Jorge Bonsor por los temas costumbristas y etnográficos, son reseñables las instantáneas del paisaje tomadas con un interés estético y documental, o de las personas que, de una u otra forma, aparecen en la zona de excavación: vistas de la ensenada de Bolonia, viviendas tradicionales, niños, visitantes, soldados, trabajadores, y pobladores del entorno.

c) Documentación textual diversa

Prácticamente no existe documentación textual de carácter arqueológico o científico sobre las excavaciones de *Baelo Claudia*, puesto que fue la que básicamente se remitió en su conjunto a la Casa de Velázquez. Se trata, por el contrario, de documentos diversos de carácter personal, en los que Bonsor anota aspectos relativos a su organización económica doméstica, como son los libros de gastos, en relación con su asistencia y participación en las campañas de excavación. Existe también alguna correspondencia en la que da noticias de las mismas, sobre todo la que mantiene con Pelayo Quintero, a la sazón Director del Museo de Cádiz. Por último, se encuentran también algunas referencias documentales acerca de Bolonia y de las excavaciones de *Baelo* en los libros de visita que llevaba Bonsor, en los que incluso solía incorporar postales y recortes, además de alguna que otra fotografía, y que completan su interés y curiosidad por todo cuanto rodeaba a su actividad arqueológica y científica, en una vertiente cercana al coleccionismo.

En síntesis, nos encontramos ante una oportunidad única para mostrar con esta Exposición en el Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia* la documentación que contribuyó a recuperar y dar forma a la ciudad hispanorromana que vivieron sus pobladores hace dos mil años, y que hoy, gracias a investigadores como Jorge Bonsor, Pierre Paris y todos los que trabajaron posteriormente en las excavaciones de la ciudad, tenemos la oportunidad de revivir de manera tan gráfica.

Bibliografía

MAIER, J.

- (1999a): *Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la arqueología española*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- (1999b): *Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*. Madrid, Real Academia de la Historia.



Jorge Bonsor, Baelo Claudia y el Fretum Gaditanum (1917-1921)

A comienzos del siglo XX Jorge Bonsor (Lille, 1855 - Mairena del Alcor, 1930) era uno de los más destacados arqueólogos que trabajaban en Andalucía y gozaba de un merecido prestigio y reconocimiento tanto en España, como en Francia e Inglaterra e incluso en los Estados Unidos. Director de la Necrópolis romana de Carmona y de su Museo, académico correspondiente de la Reales Academias de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando y miembro de otras instituciones culturales españolas y francesas le avalaban, por una parte, su meritoria y ejemplar intervención en la necrópolis romana de Carmona y, por otra, la exploración arqueológica de las riveras del río Guadalquivir y sus afluentes entre Córdoba y Sevilla, una destacada investigación para el conocimiento de la economía rural de la Bética romana y, sobre todo, la exploración sistemática de Los Alcores sevillanos entre Alcalá de Guadaíra y Carmona, la más importante contribución de este tiempo y punto de arranque de la investigación sobre la prehistoria y, especialmente, de la protohistoria del bajo Guadalquivir (Maier, 1999a).

No obstante, a partir del comienzo del reinado de Alfonso XIII y el impulso dado a la regeneración y modernización del país, la arqueología española tomó un nuevo rumbo y de una época caracterizada por la liberalidad y la promoción de la iniciativa privada se pasó a una paulatina y progresiva intervención estatal. En efecto, en 1900 se creó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y las primeras cátedras de Arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En 1907 se creó, por fin, la Junta



Fig. 1. Jorge Bonsor (1855-1930).

para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y de su seno nacieron el Centro de Estudios Históricos y la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas y, finalmente, en 1911 se promulgó la tan reclamada Ley de Excavaciones y Antigüedades y su Reglamento en 1912 por la que se regulaban las intervenciones arqueológicas y se creaba la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades la cual tenía su sede en el mencionado Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. En apenas diez años la arqueología española se había transformado radical y profundamente iniciándose así una de las etapas más fructíferas de esta disciplina en nuestro país. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el estado no asumió por completo la financiación de las excavaciones arqueológicas y aún se dejaba un amplio margen a las intervenciones privadas, aunque debían de contar con la debida autorización correspondiente y el concesionario debía acreditar su cualificación y entregar los materiales arqueológicos recuperados, aunque podría disponer de los duplicados.

Como se puede suponer esta nueva situación incidió directamente en las actividades arqueológicas de Jorge Bonsor. La promulgación de la nueva ley —que ya venía gestándose desde 1904— no satisfizo mucho al arqueólogo anglofrancés, pero no tanto por lo que a sus intereses privados suponía, sino más bien por no haber contado con los arqueólogos privados en la redacción del texto de la ley, como así le manifestó a su más importante colaborador en esos momentos, el hispanista norteamericano Archer M. Huntington:

“Creo que la Ley ha sido redactada al completo por el Cuerpo Oficial de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios. Los arqueólogos del país no han sido consultados al respecto. Bien es verdad que hay muy pocos en España. Creería Ud. que actualmente yo soy el único excavador en toda la provincia de Sevilla. Y estoy seguro de que no aparecerá ningún amateur que es bien sabido que tendría que trabajar para el Obispo.

Un hombre rico como el marqués de Cerralbo puede que entregue complacido todo lo que encuentre a los Museos, pero el hecho de que ahora estaré obligado a hacerlo, es una cosa muy diferente.

En Francia las Sociedades Arqueológicas del país fueron consultadas por el Gobierno. Todos votaron a favor de la libertad completa sobre dicha materia”¹.

Desde 1902 Jorge Bonsor comenzó a colaborar con Archer Milton Huntington para el principal proyecto del célebre hispanista norteamericano, la formación de un museo de la cultura española, que cristalizó en 1904 con la fundación de The Hispanic Society of

1. Carta de Bonsor a Huntington, 11-3-1912 (Maier, 1999b: 191)

America (Álamo, Bendala y Maier, 2008: 21-36; Maier, 2008: 111-132). De esta forma Bonsor encontró una vía de financiación estable para sus investigaciones arqueológicas dentro del marco legal vigente entonces, a la vez de poder contar con la total garantía que le ofrecía la institución norteamericana en cuanto a la conservación de los materiales así como la difusión de sus resultados. Pero la ley de excavaciones y antigüedades acabó con esta forma de trabajar al prohibirse la exportación de antigüedades que fue asumida plena y consecuentemente por ambos hispanistas como se puede constatar en la correspondencia entre ambos personajes. Jorge Bonsor no tardó en encontrar la solución para el nuevo rumbo que habrían de tomar sus investigaciones arqueológicas:



Fig. 2. Jorge Bonsor sentado en el centro, observando los trabajos junto a Cayetano de Mergelina y la hija de Pierre Paris. Foto: Archivo General de Andalucía

“Cuando nos veamos debo hablar con Ud. de la nueva Ley de Excavaciones y de lo que me propongo hacer al respecto”².

La solución se materializó apenas unos meses más tarde:

“Salgo el día 24 de este mes para Madrid, donde voy a pasar unos días para asistir a la inauguración del Institut Francaise d’Espagne, L’Ecole de Madrid, como probablemente se llamará”³.

En efecto, en 1909 la Universidad de Burdeos fundó la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos gracias a la iniciativa de Pierre Paris (1859-1931), fundador asimismo de la *Société de Correspondance Hispanique* —precedente de la Escuela— y del *Bulletin Hispanique*, quien lógicamente fue su primer director. Paralelamente la Universidad de Toulouse había fundado la *Union des Etudiants français et espagnols*, y ambas instituciones con objetivos idénticos acabaron por reunirse en el *Institut français de Madrid* inaugurado en 1913, tal y como se menciona en la carta, aunque la Escuela mantuvo siempre su estatus científico (Niño, 1988: 177-207). Jorge Bonsor y Pierre Paris mantenían una estrecha amistad desde que el arqueólogo francés recalara en España a fina-

2. Carta de Bonsor a Huntington, 3-7-1912 (Maier, 1999b: 191-192)

3. Carta de Bonsor a Huntington, 6-3-1913 (Maier, 1999b: 194)

les de siglo para incorporarse a la misión científica oficial que desempeñaba Arthur Engel (1855-1935) desde 1886 y quien colaboró con Bonsor en distintas ocasiones (Maier, 1996). En cualquier caso, Jorge Bonsor no dejó por ello de proseguir con su colaboración con la *Hispanic Society of America* con la que continuó manteniendo excelentes e intensas relaciones. Así, Bonsor reorientó sus investigaciones arqueológicas en consonancia con los intereses de las dos instituciones más importantes del hispanismo y actuó como principal asesor de sus actividades arqueológicas.

De todos modos la Primera Guerra Mundial truncó cualquier tipo de iniciativa y sumió a unos y otros en un palpable desánimo, e incluso Bonsor decidió no acometer ningún trabajo arqueológico mientras durase el conflicto, propósito que sólo se vio quebrantado cuando Pierre Paris lo llamó a participar en el primer gran proyecto de excavación arqueológica de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos.

La iniciativa de excavar *Baelo Claudia*, la Pompeya andaluza como la llamaba Jorge Bonsor, se debe a Pierre Paris, quien deseaba encontrar un yacimiento apropiado para los objetivos de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos. Es muy probable, aunque no poseemos prueba documental que lo avale, que fuera Jorge Bonsor quien llamara la atención de Pierre Paris sobre este importante enclave del *Fretum Gaditanum*, una zona entonces bastante aislada y, por lo tanto, muy atractiva para las investigaciones arqueológicas. No obstante, la elección de este yacimiento más allá de los intereses científicos que indudablemente la secundaban, se ha querido justificar también por la proximidad del inicio la Primera Guerra Mundial, ya que se trata de un excelente puesto de observación e información sobre el tráfico de buques de guerra, y el mismo Pierre Paris no desconocía la existencia de un puesto de observación alemán en las cercanías del yacimiento, como ha señalado Jean-Marc Delaunay (Delaunay, 1994: 107).

La primera visita al yacimiento la realizó Pierre Paris junto a Rene Vallois (1882-1962) un destacado especialista en arquitectura clásica y miembro entonces de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos y secretario del *Institut Français* de Madrid, en mayo 1914, pocos meses antes del comienzo de la guerra. Ya desde ese momento Pierre Paris quedó seducido por la idoneidad y posibilidades que ofrecía el yacimiento, no solo por los importantes restos romanos visibles sino por los más que probables orígenes prerromanos de la ciudad, lo que conectaba directamente con la línea de investigación que había mantenido desde su llegada a España (Paris, 1918: 82). De hecho, tan sólo unos meses después de esta primera visita solicitó permiso de excavación al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes que le fue concedido por Real Orden del 1 de octubre de 1914, pero la guerra imposibilitó la intervención. Dos años más tarde Pierre Paris realizó una segunda visita al yacimiento en compañía del prehistoriador francés Henri Breuil quien se encontraba en Algeciras prospectando la Serranía de Ronda y Sierras de Cádiz (Ripoll, 1994: 130-132). Esta segunda visita puede reforzar la idea de la elección del yacimiento desde un punto de vista estratégico, ya que Henri Breuil había sido movilizado y destinado al Servicio de

Información Naval de la Embajada de Francia en Madrid, y éste sí llevó a cabo labores de observación de buques de guerra en el litoral levantino (Ripoll, 1994: 129 y 132). Pierre Paris por su parte se mantuvo bastante comprometido y sensibilizado durante la guerra como vicepresidente del Comité Internacional de Propaganda (Delaunay, 1994: 107).

Las ruinas de Bolonia eran bien conocidas en la tradición historiográfica al menos desde el siglo XVII, que es la referencia más antigua que se tiene sobre las mismas⁴ pero, como señala Sylvie Dardaine (Dardaine, 1983: 9), no fueron identificadas con la antigua *Baelo* hasta 1719 por el inglés John Conduitt (1688-1737)⁵, identificación que fue a su vez difundida en Francia por los eruditos franceses Louis Jouard de La Nauze (1696-1773) y Jean-Baptiste Bourguignon D’Anville (1697-1782) en 1764⁶.

Desde entonces las ruinas de *Baelo* estuvieron presentes en los estudios de varios eruditos como Antonio Ponz (Ponz, 1794: 73), Juan Agustín Ceán Bermúdez (Ceán Bermúdez, 1832: 231-233), Antonio Delgado (Delgado, 1871: 39), e incluso fueron visitadas por el arquitecto Amadeo Rodríguez para la *Comisión del Museo Arqueológico y monumentos históricos de Cádiz* en 1889, el jesuita Jules Furgus (Furgus, 1907: 5-16;

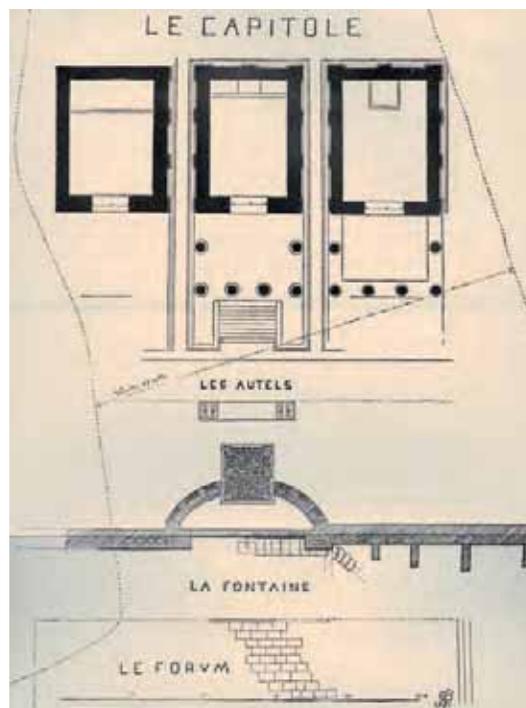


Fig. 3. Planta del mal llamado Capitolio de *Baelo Claudia*, según Bonsor. 1921.

4. La primera mención se encuentra en la memoria de Macario Fariñas del Corral, *Tratado de las Marinas desde Málaga a Cádiz y algunos lugares sus vezinos según fueron en los siglos antiguos*, Ronda, 1663 (Ms. en la Real Academia de la Historia, 9/8073/4, copia de 1762), quien, sin embargo, identificó las ruinas de Bolonia con *Mellaria* y situó a *Baelo* en Barbate.

5. “A discourse tending to show the situation of the ancient Carteia and other Roman towns near it”, *Philosophical Transactions Royal Society of London*, nº 359, art. 2, 1719. John Conduitt fue destinado a Gibraltar como Deputy Paymaster General de las fuerzas británicas, donde se hizo rico. De regreso a Inglaterra se casó con la sobrina del célebre Isaac Newton e ingresó, por sus estudios anticuarios, en la Royal Society en 1718.

6. Louis Jouard de La Nauze (1696-1773), jesuita francés y miembro de la Royal Society de Londres desde 1732 y de la Academie des Incriptions et Belle Lettres desde 1754, trató de la situación de *Baelo* en “Position de quelques anciennes villes romaines vers le détroit appelé aujourd’hui détroit de Gibraltar”, *Memoires de littérature tirés des registres de l’Academie des Incriptions et Belles-Lettres*, XXX, 1764: 110 y Jean-Baptiste Bourguignon D’Anville (1697-1782), el más destacado geógrafo francés del siglo XVIII en “Sur la situation de Tartessus, ville maritime de la Bétique, et sur la largeur du Fretum Gaditanum”, *Memoires de littérature tirés des registres de l’Academie des Incriptions et Belles-Lettres*, XXX, 1764: 129-130.

1908), descubridor y primer excavador de sus dos necrópolis y, finalmente, por Enrique Romero de Torres (Romero de Torres, 1909: 422-426), al elaborar el catálogo monumental y artístico de la provincia de Cádiz en 1908-1909. Este último dejó una escueta pero evocadora descripción de la ciudad, en la que siguiendo la opinión generalizada subrayaba su origen fenicio. Estas noticias poco convincentes desde un punto de vista arqueológico, son las que contribuyeron, nos dice Pierre Paris, a que se decidiera a visitar personalmente el yacimiento (Paris, 1918: 82). Si a ello se añade su situación en uno de los más célebres Estrechos de la antigüedad, el desconocimiento que se tenía sobre las ciudades antiguas establecidas en el mismo, su condición de puerto comercial y de embarque para el Norte de África, las monedas con leyendas bilingües que acuñó —el principal argumento de su origen prerromano— y su apartada situación de las modernas vías de comunicación, que sin duda habían contribuido a la buena conservación de sus monumentos (muralla, torres, teatro, acueductos, necrópolis, etc.), no fue difícil para Pierre Paris decidirse a intervenir en el yacimiento.

Es posible, por tanto que en la elección de *Baelo Claudia* mediaran tanto intereses científicos como políticos, aunque nos inclinamos por la preponderancia de los primeros sobre los segundos, ya que los trabajos arqueológicos no se iniciaron hasta mayo de 1917. La principal razón de este retraso fue debida a la ausencia de investigadores, ya que casi todos ellos habían sido movilizados. Sin embargo, Pierre Paris quiso, en un acto patriótico, que la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos no interrumpiese la misión científica que le había sido encomendada y tomó la determinación de comenzar los trabajos a pesar de la guerra y la escasez de medios y de personal. Para solventar estos obstáculos sabía que podía contar, por una parte, con la inestimable colaboración de su viejo amigo y colega Jorge Bonsor, quien aceptó gustoso la invitación de asumir la responsabilidad de la dirección y organización de los trabajos de campo y, por otra, contaba con una partida de los presupuestos de la propia Escuela además de una generosa subvención de la Academie des Inscriptions et Belles Lettres.

La intervención de la Escuela Superior de Estudios Hispánicos en *Baelo Claudia* se desarrolló, como es conocido, en cuatro campañas de excavación en 1917, 1918, 1919 y 1921 en las que se excavaron la puerta Este o de *Carteia*, el foro, el capitolio, el teatro, un amplio sector de la zona baja de la ciudad y la necrópolis oriental. La primera campaña, la de más corta duración, se desarrolló entre el 18 de mayo de 1917 y el 2 de junio de 1917 y fue de especial importancia, ya que los resultados fueron tan satisfactorios y prometedores que avalaron la continuidad del proyecto. La segunda campaña se desarrolló entre el 21 de marzo y el 12 de junio de 1918 y se pudo contar con la incorporación de dos nuevos colaboradores, Alfred Laumonier (1896-1988) de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos y el joven investigador gaditano Cayetano de Mergelina (1891-1962), por el Centro de Estudios Históricos y con una aportación de fondos de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. En esta campaña se contó también con una sub-

vención personal del hispanista norteamericano Archer Milton Huntington (1870-1955), presidente y fundador de *The Hispanic Society of America*, muy interesado en la promoción de los estudios arqueológicos hispanos y quien mantenía una estrecha colaboración, como hemos advertido, con Jorge Bonsor y muy buenos contactos con el hispanismo francés. La tercera campaña se desarrolló entre los meses de abril y junio de 1919, y en esta ocasión se incorporó el joven estudiante Robert Ricard (1900-1984) por la *Escuela* y continuó un año más Cayetano de Mergelina. La cuarta y última campaña se desarrolló entre el 15 de abril al 30 de junio de 1921, en la que no se contó con ningún colaborador. En todas las campañas se empleó como mano de obra a los residentes en la aldea de Bolonia, en la que también se alojaban los arqueólogos, y la conservación e integridad tanto de las estructuras exhumadas como de los restos recuperados estuvieron a cargo de un contingente del Cuerpo de Carabineros del Reino al mando de un Teniente.

Así pues, las excavaciones arqueológicas de *Baelo Claudia* constituyen el primer proyecto arqueológico internacional que se ha llevado a cabo en la Península Ibérica y uno de los más importantes de la arqueología hispanorromana de la llamada edad de plata de la cultura española.

Como es bien conocido, los resultados de estas primeras campañas de excavaciones en *Baelo* se dieron a conocer en una memoria en francés compuesta de dos volúmenes, que fue publicada con cierta premura. El primer volumen, dedicado a la ciudad y sus dependencias, apareció en 1923, mientras el segundo, dedicado a la necrópolis, apareció en 1926. Ambos fueron reunidos bajo el título genérico de *Fouilles de Belo (Bolonia, province de Cádiz) (1917-1921)* y firmados por cada uno de los cinco arqueólogos que intervinieron en el proyecto, esto es, Pierre Paris (Director de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos), Jorge Bonsor (Correspondiente de la Real Academia de la Historia), Alfred Laumonier y Robert Ricard (miembros de la Escuela Superior de Estudios Hispánicos) y Cayetano de Mergelina (Delegado de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas).

Sin embargo, es lógico que en una intervención arqueológica tan prolongada en el tiempo y de tan gran envergadura en cuanto al espacio excavado, de la que no se conocían precedentes en España, se publicaran varios informes preliminares antes de la redacción de la memoria definitiva⁷.

7. Todos los trabajos preliminares a que hacemos referencia aparecieron en el *Bulletin Hispanique*. La primera descripción del yacimiento fue realizado por Pierre Paris en el estilo de sus célebres *Promenades*, 1917: 221-242. El resultado de la primera campaña de 1917 fue presentado por Paris y Bonsor, 1918: 77-127. Una tercera y última memoria, en el que se incluyó el plano de Bonsor de la trama urbana de la ciudad, recoge la descripción de la llamada casa del reloj solar, que fue excavada en la campaña de 1918 en la parte baja de la ciudad, y presentada por Alfred Laumonier, 1919.

Jorge Bonsor fue sin duda el principal artífice de estas excavaciones. Participó activamente en todas las campañas, fue el director de los trabajos de campo, tuvo bajo su responsabilidad exclusiva la dirección de la excavación de la necrópolis Este, es decir, a ambos lados de la vía de Carteia, en la que fue auxiliado por Cayetano de Mergelina, y se encargó ocasionalmente de la dirección de las excavaciones en otros sectores de la ciudad. Fue además el dibujante oficial del proyecto y a su mano se debe toda la documentación gráfica que de estas campañas de excavación se conocen, tanto de la ciudad como de la necrópolis. De la ciudad se publicaron un total de nueve dibujos de la puerta Este, de una poterna de la muralla, de la fuente del foro, de la sección del templo B del capitolio, de la estatua de un togado, de la llamada calle de las columnas, del atrio de una *domus*, del atrio de la *domus* llamada del reloj solar, de la galería este, más tres plantas correspondientes a la zona baja de la ciudad, al capitolio y la fuente y al teatro. De la necrópolis nos dejó cuarenta y dos dibujos muy detallados de la planta y alzado de los principales tipos de tumbas, de los ajuares, marcas de alfareros, de los principales tipos de los llamados “muñecos”, en realidad toscos bustos funerarios, un elemento muy característico en esta necrópolis, así como dos planos parciales de la distribución espacial de las tumbas del más alto interés. Desgraciadamente la totalidad de esta documentación original así como los diarios de campo se perdieron para siempre en la Guerra Civil, aunque aún se conservan algunos dibujos y fotografías en su archivo personal que hoy en día se conservan en el Archivo General de Andalucía.

La primera contribución de Bonsor al proyecto belonense fue un estudio sobre la situación e identificación de las antiguas ciudades del *Fretum Gaditanum*, que constituye la primera descripción moderna sobre la geografía antigua de esta mítica región. Fue publicado en el *Bulletin Hispanique*, bajo el título de: “Les Villes antiques du détroit de Gibraltar” (Bonsor, 1918c: 141-148). En realidad, el tema ya había sido tratado por Bonsor en la introducción de su obra *Les Colonies agricoles preromaines de la Vallé du Betis* (Bonsor, 1997: 3-6), al situar y describir positivamente las antiguas ciudades del litoral andaluz, según las distancias mencionadas en el Itinerario de Antonino desde Almería a Cádiz. No obstante, en este nuevo estudio añadió algunas nuevas identificaciones y comentarios más precisos sobre las mismas. Así, analiza en especial el tramo de costa considerado en la antigüedad el *Fretum Herculeum*, esto es, el espacio comprendido entre el Promontorio de Juno (Cabo de Trafalgar) y el Monte Calpe (Gibraltar). Para ello parte de las distancias que ofrece el Itinerario para la vía litoral que unía las distintas poblaciones entre *Baesippo* y *Carteia*, esto es, 54 kilómetros, y tomando como referencia la situación precisa de *Baesippo*, *Baelo* y *Carteia*, identifica las restantes. En su exposición parte de Oeste a Este, es decir, desde *Baesippo* a Gibraltar. Para la ubicación la primera de ellas sigue la identificación de Hübner, que la sitúa en el Castillo de Santiago, próximo al pueblo de Barbate. *Baelo*, queda identificada, por tanto, con Bolonia, que además cumple la distancia mencionada en el *Itinerario*, desde *Baessipo*. *Carteia*, fue identificada con las

ruinas existentes en El Rocadillo, cerca de la desembocadura del río Guadarranque⁸. Las nuevas identificaciones que Bonsor incluye en su estudio, son la del río Barbate con el *Flumen Lacca*, la situación de *Mellaria* en la bahía de Valdevaqueros (Casas del Porro), entre la Punta de las Palomas y la Torre de la Peña. Sitúa por primera vez a *Cetraria*, mencionada en el *Anónimo de Rávena*, en la desembocadura del río de la Jara, *Iulia Traducta* en Tarifa y, por último, *Portus Albus* en Algeciras.

Este estudio de Bonsor tiene un gran valor, ya que a pesar de recoger algunas identificaciones que estaban ya establecidas, reúne todos los testimonios conocidos hasta ese momento y ofrece una visión actualizada de la ubicación de estas ciudades gaditanas especializadas en la explotación y comercialización pesquera, actividades que sin duda se remontaban a la protohistoria. Las identificaciones propuestas por él han sido aceptadas hasta la actualidad y han sido el punto de arranque de posteriores investigaciones⁹.

En este mismo año dio Bonsor a conocer (Bonsor, 1918d: 120-123) un avance sobre las excavaciones en Bolonia en castellano en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, en una carta abierta dirigida a Miguel Sánchez Dalp (1871-1961), que también fue reproducida en el periódico sevillano *El Liberal* (6-9-1918).

Como ya hemos indicado Bonsor fue el responsable exclusivo de la excavación de la necrópolis que se extendía al Este de la ciudad entre la vía de *Carteia* y el mar. Con la excavación de esta necrópolis Bonsor ofreció una de las aportaciones más interesantes sobre la arqueología funeraria hispano romana en su tiempo, al ser una de las primeras necrópolis romanas excavadas y publicadas, ya que la necrópolis de *Carmo* no fue publicada hasta 1931 y la necrópolis de la Cañada Honda (Gandul, Alcalá de Guadaíra), excavada en 1910, nunca ha llegado a publicarse¹⁰. Por ello, la excavación de esta necrópolis de *Baelo* representa un importante intento de sistematización y periodización del ritual funerario romano de la Bética, un mundo complejo y variado en los distintos ambientes peninsulares, sobre la base del firme conocimiento del mundo funerario hispano romano que Bonsor atesoraba. La necrópolis de *Baelo* no escapa a estas vicisitudes del mundo funerario romano, y nos muestra una vez más cómo dentro de ciertas generalidades que caracterizan la época y el ritual, puede a la vez mostrarnos las peculiaridades personales de los habitantes de una ciudad u otra, como se puede comprobar al confrontar,

8. Bonsor no menciona la fuente utilizada para la identificación de *Carteia* con las ruinas existentes en El Rocadillo, pero es muy probable que la conociera por Richard Ford quien menciona el trabajo de John Conduitt (vid. supra). En cualquier caso, esta correspondencia era tradicionalmente admitida entre la comunidad erudita de Gibraltar.

9. Véase, por ejemplo, Ponsich, 1988: 184-203.

10. Sí se conservan los diarios de excavación y seis dibujos acabados que fueron enviados a la Hispanic Society of America (uno de ellos fue publicado en la memoria de Baelo, 1926, fig. 48) en los que nos hemos basado para dar una idea de sus características principales y cronología a la espera de abordar en un futuro un trabajo más completo; véase Maier, 1999a: 217-224 y Maier y Bendala, 2008: 359-368.

por ejemplo, la necrópolis de *Carmo* y de *Irippo*? (Cañada Honda de Gandul) con la de *Baelo*, dentro de una misma provincia y con sustratos culturales anteriores semejantes.

La existencia de al menos dos necrópolis en *Baelo* ya había sido puesta de relieve por las excavaciones del jesuita Jules Furgus (Furgus, 1907 y 1908), pero la presencia de un pequeño mausoleo, conocido popularmente como *Hornillo* de Santa Catalina, en el camino de Bolonia a El Lentiscar, determinó que los primeros sondeos se realizaran en esta zona, dando lugar así al descubrimiento de la necrópolis Este u Oriental, que fue la única en la que se intervino y cuyos primeros resultados fueron presentados en el primer informe global del proyecto (Paris y Bonsor, 1918: 117-127). En esta primera intervención se excavaron tan sólo dos tumbas aunque de una tipología que resultó desconocida hasta ese momento en la arqueología peninsular, ya que se trataba de un recinto murado rectangular que albergaba una fosa de cremación y unos nichos, a modo pequeños panteones, para albergar las urnas. Fue por tanto a partir de la campaña de 1918 cuando realmente se procedió a la excavación de un número considerable de tumbas de incineración, aunque también algunas de inhumación, que se incrementó hasta poco más del millar durante las sucesivas campañas de 1919 y 1921 (Bonsor, 1926:12). Durante las campañas de 1918 y 1919, Bonsor fue auxiliado, en los trabajos de dirección de la necrópolis por Cayetano de Mergelina, como hemos señalado, quien publicó por su parte un resumen en castellano de las mismas (Mergelina, 1927).

Como era habitual en el método empleado por Bonsor en la excavación de necrópolis romanas, registró cada una de las tumbas asignándolas una numeración correlativa según se producía su descubrimiento, que eran luego trasladadas a un plano general de la necrópolis. Aquí más que en ningún otro lugar este proceder era indispensable, pues se enfrentaron con un problema, que es asimismo extensible a otros puntos del yacimiento, y que cualquiera que haya visitado el lugar ha podido padecer, que es el producido cuando sopla el *Levante*, que cubría de arena en cuestión de horas todas las estructuras excavadas. El plano de la necrópolis elaborado por Bonsor es quizá la primera representación que conocemos de la densidad y la disposición espacial de las tumbas en una necrópolis romana, por lo que hay que resaltar su importancia desde un punto de vista metodológico, no sólo porque sea una técnica de registro inusual en su época, que ciertamente lo era, sino porque revela además una preocupación por lo que hoy conocemos como análisis microespacial (fig. 4). Asimismo Bonsor dibujó en planta, sección y / o alzado una selección de las tumbas que consideró más interesantes con el fin de ilustrar la diversidad y evolución tipológica de la necrópolis. Sin embargo, es muy posible, tal y como había procedido en la excavación de la necrópolis de la Cañada Honda de Gandul, que tomase notas y dibujos de cada una de las estructuras en su diario de campo el cual, desgraciadamente, no se ha conservado al ser, seguramente, entregado a Pierre Paris y perderse en el incendio que sufrió la Casa de Velázquez en la Guerra Civil española, ya que en su archivo personal no se conserva ni un solo dibujo preparatorio o boceto de las tumbas publicadas en la memoria.

Otro aspecto destacable, por ser aún en este tiempo un recurso muy poco frecuente y que Bonsor adoptó ya en sus primeras excavaciones en Carmona y posteriormente en Los Alcores, es la utilización de la fotografía como un elemento de registro complementario al dibujo.

Por otra parte, hay que mencionar que en líneas generales se observaron ciertos principios básicos de estratigrafía, aunque si bien es cierto de un modo incipiente como era común en todas las excavaciones de este tiempo. En cualquier caso, sí fue observada, con la rigurosidad que era posible, la relación estratigráfica de las estructuras funerarias documentadas que, junto a los hallazgos numismáticos, permitió a Bonsor establecer una cronología bastante fiable de la necrópolis Este de *Baelo*. En líneas generales Bonsor partía de la hipótesis de que durante la República, cuyas tumbas no han sido localizadas en *Baelo*, la inhumación era un rito utilizado exclusivamente por las élites, mientras la incineración era el rito reservado a las demás clases sociales, según había observado en Carmona (Bonsor, 1926:15). Posteriormente la incineración se impuso en todas las segmentos sociales desde el reinado de Claudio hasta la segunda mitad del siglo III d.c., en que la inhumación se impondría de nuevo, poco antes de la adopción oficial por el influjo del cristianismo, en el reinado de Constantino, para imponerse definitivamente de aquí en adelante. Al seguir estas directrices metodológicas Bonsor pudo presentar una descripción crono-tipológica de las tumbas que ha sido más o menos aceptada¹¹.



Fig. 4. Plano parcial de la distribución espacial de las tumbas de la necrópolis oriental de *Baelo*, según Bonsor.

A) Fosa de cremación construida directamente sobre el suelo en la que se depositaba la urna. La urna empleada era una caja de piedra, un cántaro o jarra o una urna de vidrio. Uno de los hallazgos más sorprendentes de la necrópolis de *Baelo* son unos bustos de piedra de factura muy tosca que se depositaban junto a las urnas o los monumentos funerarios, con la cara siempre orientada hacia el mar, y de variada tipología, que los obreros designaron

11. Véase, por ejemplo, Silliers, 1995: 189-202.

como *muñecos*, término que adoptó Bonsor. Estos *muñecos* aparecen ya asociados a este tipo tumbas.

B) Mausoleos cubiertos con un pequeño monumento funerario de forma cúbica, con distintas variantes, en los que se introducía la urna y los vasos de ofrendas por una pequeña abertura que presentaba en uno de sus lados.

C) Recintos cuadrangulares delimitados por muros, que Bonsor consideró *ustrina* familiares (fig. 5), llenos de carbón, donde habían sido introducida las urnas, los ajuares y demás objetos utilizados en el ritual. Para Bonsor este tipo de fosa de cremación sería la derivación directa de los grandes quemaderos observados en diversos túmulos de Los Alcores (Bonsor, 1926:43). Señala una variante de este tipo que presenta un compartimento, además del *ustrinum*, que se utiliza como depósito de las urnas y que presentaba las paredes enlucidas y decoradas con pinturas.

D) Mausoleos turriformes. Estos monumentos funerarios alineados a lo largo de la playa son del tipo del *hornillo* de Santa Catalina, de planta cuadrangular, contruidos con sillares o de *opus caementicium*, de los que sólo se hallaron los cimientos (fig. 6).

E) Grandes recintos funerarios. No presentaban ninguna división interna, unos se encontraban al lado de los mausoleos y otros estaban alienados a lo largo de la playa.



Fig. 5. Tumba de incineración, con un busto funerario. Foto: Archivo General de Andalucía

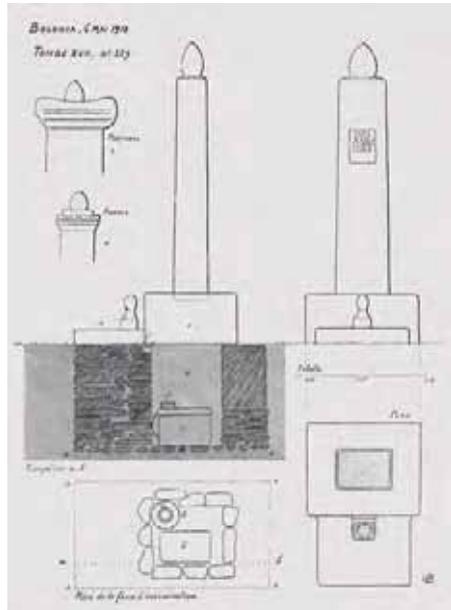


Fig. 6. Tumba de la gran estela. 1918.

F) Tumbas semicirculares o *Cupae*. Son muy numerosas y las fechó, por monedas de Domiciano y Marco Aurelio, en el 81-140 d.c. La estructura semicircular se apoyaba sobre un basamento rectangular, que cubría el *bustum*.

G) Tumbas de inhumación. La posición estratigráfica de estas tumbas y su inclusión, en algunas ocasiones, en los grandes recintos funerarios, respetando las de incineración que estas estructuras funerarias contenían, las interpretó como un cambio paulatino en el ritual a partir de la segunda mitad del siglo III d.c. (Bonsor, 1926:77-84).

Junto a estos tipos de tumbas Bonsor registró asimismo la existencia de inhumaciones de dos tipos, unos enterrados en una pequeña fosa cubierta por tégulas y otros introducidos en ánforas (Bonsor, 1926:86-89). En la necrópolis se hallaron además 15 inhumaciones en el sector que excavó Cayetano de Mergelina que se fecharon en la segunda mitad del siglo III d. C. y que, dada la posición del esqueleto, la ausencia de ajuar y fosa, se consideró que habían recibido una muerte violenta (Bonsor, 1926:91-94). Finalmente señala la existencia, tanto en la necrópolis como en la ciudad, de varias tumbas cristiano-visigodas.

Bonsor completó su estudio con la descripción de los ritos y de los ajuares empleados, con especial atención a los llamados *muñecos* por su rareza y singularidad, las estelas y los epitafios o inscripciones funerarias, así como a la *terra sigillata*.

En realidad, Bonsor no puso demasiado énfasis en analizar pormenorizadamente los ajuares, ya que, según su opinión, no ofrecían nada de particular, y correspondían a los comúnmente encontrados en otras necrópolis romanas (Bonsor, 1926:117). Así, la presentación y descripción de los mismos, salvo los tipos de vasos de cerámica utilizados como urnas y la *terra sigillata*, se redujo a un completo catálogo organizado según su funcionalidad y tipo de material (inscripciones, joyas, objetos de tocador y de trabajo femeninos, cerámica, vidrio, objetos diversos y monedas) que ofrecen una idea bastante clara de los objetos recuperados.

Es conveniente no obstante destacar la atención que Bonsor le dedicó a la *sigillata*, o barro saguntino como aún era designada esta cerámica en España en este tiempo. Si bien este tipo cerámico era conocido desde hace tiempo, fue en las dos primeras décadas del siglo XX cuando se comenzaron a desarrollar estudios más o menos rigurosos sobre la *sigillata* y otros tipos de cerámica romana con cierto valor artístico¹², por lo que hay que

12. El primer trabajo sobre la *sigillata* en España es el realizado por Manuel Cazorro, 1909-1910, en Ampurias: "Terra Sigillata: los vasos aretinos y sus imitaciones galo-romanas en Ampurias", Anuari del Institut d'Estudis Catalans. Sobre la cerámicas sudgálicas era ya un trabajo clásico el de Joseph Dechelette, 1904: Les vases céramiques ornés de la Gaule romaine, trabajos ambos mencionados y manejados por Bonsor.

considerar este estudio una contribución significativa de Bonsor, ya que esta clase de estudios estaban muy poco desarrollados aún en España. Así, recoge las distintas marcas de alfarero (Bonsor, 1926:171-177 y fig. 7), las producciones sudgálicas de la Graufesenque, subrayando su gran expansión y la confirmación de la marmorata como una producción exclusiva de los talleres sudgálicos, así como de los tipos que hoy conocemos como cerámica de paredes finas y con decoraciones en relieve a la barbotina. Sugiere asimismo la posibilidad de la existencia de talleres de *sigillata* en España que, aunque no son mencionados en el momento de redacción de su trabajo, ya se habían localizado en Cataluña gracias a las excavaciones de Juan Serra Vilaró en Solsona (Lérida) (Serra, 1924).

Otra interesante aportación de este trabajo fue la inclusión de un apéndice sobre las necrópolis hispano romanas de Andalucía que entonces se conocían y en el que de paso señala que, a pesar de los descubrimientos recientes, la arqueología romana de España era aún en gran parte desconocida (Bonsor, 1926:195-202). En efecto, gran parte de las necrópolis que recoge Bonsor habían sido expoliadas o conocidas casualmente como las *Ilipa Magna* (Alcalá del Río), *Canania* (Alcolea del Río), *Arva* (Peña de la Sal), *Celti* (Peñaflor), en las ciudades ribereñas del Guadalquivir, así como la de *Ituci* (Baena) y la de La Bergara en Almedinilla. Otras, por el contrario, habían sido objeto de excavaciones oficiales como la de *Urso* (Osuna) en el reinado de Carlos III y poco más de un siglo después en 1896 con motivo del hallazgo de los bronceos epigráficos por la *Comisión de Monumentos*, de las que se encargaron Juan José Bueno, Antonio Ariza y Demetrio de los Ríos. También habían sido excavadas las necrópolis de Itálica, en 1898 por Archer M. Huntington y en 1903 por Manuel Fernández López, presidente de la *Sociedad Arqueológica de Carmona* y miembro de la *Comisión de Monumentos de Sevilla*, quien excavó en el lugar conocido como *La Vegueta* (Fernández López, 1904). A todos estos trabajos hemos de añadir las realizadas en la necrópolis de *Carmo* por Jorge Bonsor y Juan Fernández López y en la de *Irippa* (Cañada Honda, Gandul) en 1910-1911 por Jorge Bonsor.

A pesar de todo ello la intervención de Jorge Bonsor en *Baelo* ha sido considerada como poco científica sin demasiado fundamento al sustentarse en argumentos claramente anacrónicos como los expuestos por S. Dardaine (Dardaine, 1983: 26) y que aun se expo-

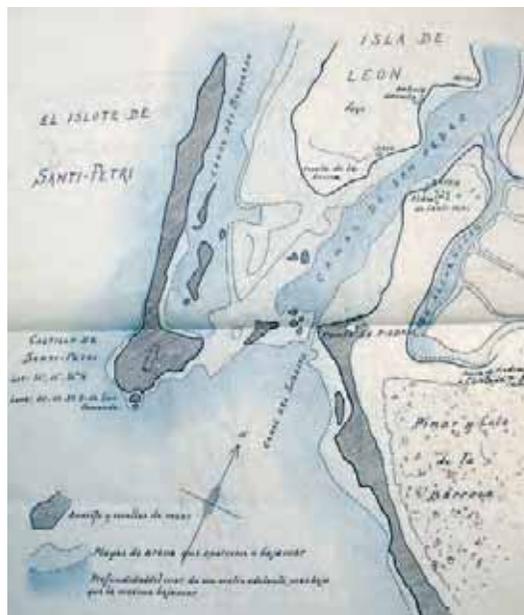


Fig. 7. Plano a tinta y lápiz de Sancti Petri y la posible situación del Templo de Hércules, remitido a Archer Milton Huntington en 1918. (Cortesía de The Hispanic Society of America)

nen en una reciente guía del conjunto arqueológico en la que incluso se minimiza su actuación (Álvarez Rojas *et alii*, 2003). Las campañas de excavaciones de Pierre Paris y Jorge Bonsor, tanto en la ciudad como en la necrópolis, se llevaron a cabo dentro los parámetros del mayor rigor científico que se exigía en una excavación arqueológica en aquellos tiempos, por lo que toda comparación con los procedimientos actuales son un puro anacronismo y faltos de toda objetividad. De todas formas es conveniente recordar que es altamente probable que Jorge Bonsor, tal y como se constata en casi todas sus intervenciones, utilizaba un diario de excavación en el que registraba pormenorizadamente los datos observados, lo que queda además corroborado por la numeración e individualización de cada una de las estructuras, que no se hubiera llevado a cabo sino existiera una clara voluntad científica. La pérdida de esta inestimable documentación de la que nos hemos visto privados ha sido sin duda la causante la que ha dado pie a estas visiones distorsionadas guiadas tan sólo por la información recogida en las memorias de esta primera campaña de excavación en *Baelo Claudia*.

No debemos olvidar que Jorge Bonsor además de la dirección de las excavaciones de la necrópolis se ocupó también de la dirección de los trabajos en otros sectores de la ciudad en los que intervino principalmente como dibujante, como hemos señalado, y lo que ello conlleva para la interpretación de los grandes monumentos y urbanismo de la ciudad.

Las excavaciones de *Baelo* y la estancia regular en la provincia durante casi cuatro años supusieron también para Bonsor un mayor acercamiento a las investigaciones que por entonces se estaban llevando en su capital, por cuyos restos arqueológicos estuvo siempre atento el arqueólogo de Carmona. De ello nos ha quedado un interesante y curioso reflejo en la correspondencia que mantuvo entre 1919 y 1920 con Pelayo Quintero y Atauri (1867-1946), entonces Director del Museo de Bellas Artes de Cádiz, máximo responsable de la Comisión de Monumentos Provincial y su principal excavador de la ciudad¹³.

Más interesante es aún en este sentido el que apenas iniciado el proyecto belonense Bonsor se propuso acometer un nuevo proyecto que le habría de ocupar prácticamente hasta los últimos años de su vida, la localización de Tartessos. En efecto, en 1918 Jorge Bonsor remitió a Archer Milton Huntington un proyecto en el que expuso con todo detalle sus planteamientos y objetivos (Maier, 2008: 124). Aunque la idea le rondaba la cabeza desde tiempo atrás, las excavaciones gaditanas y sus estudios sobre la geografía antigua del *Fretum Gaditanum* fueron seguramente un factor estimulante, ya que uno de los trabajos que Bonsor planteó al hispanista norteamericano fue localizar y excavar nada más y nada menos que el templo de Hércules en Cádiz. La iniciativa, hasta ahora desconocida, no se llevó a cabo y además pertenece a otro ciclo de las intensas y productivas actividades de Jorge Bonsor en la arqueología andaluza.

13. Cartas de Pelayo Quintero a Bonsor, n° 232, Cádiz, 25-8-1919; n° 235, Cádiz, 10-12-1919; n° 236, Cádiz, 1-3-1920 y Bonsor a Quintero, n° 237, 7-3-1920. Maier, 1999:119; 121-122.

Bibliografía

- ÁLAMO, C. del; Bendala, M. y Maier, J. (2008): "Archer Milton Huntignton, hispanista y coleccionista" en *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*: 21-36. Madrid.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. et alii (2003): *Baelo Claudia: guía oficial del conjunto arqueológico*. Málaga.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. (1832): *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*. Madrid.
- BENDALA, M. (1989-1990): "Capitolia Hispaniarum", *Anas*, 2-3: 11-36.
- BONSOR, J.
— (1918a): «Les villes antiques du détroit de Gibraltar», *Bulletin Hispanique*, XX: 141-148.
— (1918b): "Las excavaciones de Bolonia, cerca de Tarifa, provincia de Cádiz", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXXIX: 120-123.
— (1926): *Fouilles de Belo (Bolonia, province de Cádiz) (1917-1921), II. La Necropole*. Bordeaux-Paris.
— (1997): *Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir*. Écija.
- BONSOR, J. y PARIS, P. (1918): "Exploration archéologique de Bolonia (province de Cadix)". *Bulletin Hispanique*, XX: 77-127.
- CAZURRO, M. (1909-1910): "Terra sigillata: los vasos aretinos y sus imitaciones galo-romanas en Ampurias", *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*.
- CONDUITT, J. (1719): "A discourse tending to show the situation of the ancient Carteia and other roman towns near it", *Philosophical Transactions*, 359.
- DARDAINE, S. (1983): "Historique des fouilles", en *Belo II*, Madrid: 7-37.
- D'ANVILLE, J.-B. B. (1764): "Sur la situation de Tartessus, ville maritime de la Bétique, et sur la largeur du Fretum Gaditanum", *Memoires de littérature tirés des registres de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres*, XXX: 129-130.
- DE LA NAUZE, L. J. (1764): "Position de quelques anciennes villes romaines vers le détroit appelé aujourd'hui détroit de Gibraltar", *Memoires de littérature tirés des registres de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres*, XXX: 110.
- DELAUNAY, J.-M. (1994): *Des palais en Espagne. L'Ecole des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XX siècle (1898-1979)*. Madrid: Casa de Velázquez.
- DELGADO, A. (1871-1876): *Nuevo método de clasificación de las nuevas medallas autónomas de España*. Sevilla.
- FURGUS, J.
— (1907): "Les ruines de Bélon, province de Cadix (Espagne)", *Annales de la Societé d'Archéologie de Bruxelles*, XXI: 149-160.
— (1908): "Antigüedades romanas en la costa gaditana", *Razón y Fe*, XXI, 205-217.
- LAUMONIER, A. (1919): Fouilles de Bolonia (mars-juin 1918). La maison du cadran solaire. *Bulletin Hispanique*, XXI: 253-275.

- MAIER, J.
- (1996): “En torno a la génesis de la arqueología protohistórica en España: correspondencia entre Pierre Paris y Jorge Bonsor”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXXII, 1-34.
- (1999a): *Jorge Bonsor (1855-1930): un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la arqueología española*. Madrid.
- (1999b): *Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*. Madrid.
- (2000): “La exploración del Valle del Guadalquivir de Jorge Bonsor: primeras aportaciones al estudio de la economía rural de la Bética”, *Actas del Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae: Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*, vol. 1: 393-404. Écija.
- (2008): “Archer Milton Huntington, Jorge Bonsor y la arqueología andaluza” en *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*: 111-132. Madrid.
- MAIER, J. y BENDALA, M. (2008): “La necrópolis de época romana de Cañada Honda (Alcalá de Guadaira, Sevilla)”, en *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*: 359-368. Madrid.
- MERGELINA, C. (1927): “La necrópoli hispano-romana de Baelo”, *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, VI.
- NIÑO, A. (1988): *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España de 1875 a 1931*. Madrid.
- PARIS, P. (1917): “Promenade archéologique a Bolonia (Province de Cadix)”, *Bulletin Hispanique*, XIX: 221-242.
- PARIS, P. y BONSOR, J. (1918) : “Exploration archéologique de Bolonia (Province de Cadix)”, *Bulletin Hispanique*, XX: 77-127.
- PARIS, P. et alii (1923): *Fouilles de Belo (Bolonia, Province de Cadix) (1917-1921)*. Paris.
- PONSICH, M. (1988): *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitani*, Madrid: Universidad Complutense.
- PONZ, A. (1794): *Viaje de España*. Madrid: Aguilar.
- RIPOLL, E. (1994): *El abate Henri Breuil (1877-1961)*. Madrid.
- SILLIÉRES, P. (1995): *Baelo Claudia, une cité romaine de la Bétique*. Madrid.



Aproximación a un marco general de la Arqueología española y andaluza como contrapunto de las excavaciones de Baelo Claudia entre 1917 y 1921¹

Las excavaciones arqueológicas dirigidas por Pierre Paris (1859-1931) y Jorge Bonsor (1855-1930) en la ciudad romana de *Baelo Claudia* (Bolonía, Cádiz), entre los años 1917 y 1921, con sus precedentes y desarrollo, se enmarcan en una fase trascendental de la historia de la Arqueología española. De hecho, posiblemente fueron esos momentos de los primeros decenios del siglo XX cuando por vez primera podemos hablar de una verdadera Arqueología en España, a la manera de la disciplina moderna que, desde renovados planteamientos científicos y de —lo que hoy podríamos denominar— gestión arqueológica, se había desarrollado en otros países europeos durante la segunda mitad del siglo XIX y, especialmente, en su último cuarto (Trigger, 1992). Sin entrar en un análisis de lo que significaron aquellos trabajos de excavación arqueológica en el importante yacimiento de la costa atlántica andaluza, que es tratado en otro de los capítulos de esta monografía, hemos de destacar la importancia que trasciende para esa historia de la investigación arqueológica en nuestro país, a pesar de que el método de trabajo que se siguió “era el habitual en la época entre los arqueólogos clásicos: [Pierre Paris] buscaba restos constructivos para dibujar el plano del asentamiento, sin tener en cuenta la estratigrafía de los sedimentos” (Cressier y Moret 2007: 348). No obstante, asumiendo esas lógicas carencias propias del momento y lugar, los trabajos constituyeron para la época un proyecto arqueológico excepcional en España y, sobre todo, en Andalucía, lo que se refuerza con la nueva documentación inédita que ahora conocemos en relación a los trabajos en la necrópolis y que se dan a conocer en el marco de esta exposición.

Fueron excepcionales no sólo en los resultados obtenidos, que ocasionaron que los restos exhumados fueran declarados Monumento Nacional en 1925 (Maier y Salas 2000: 123-124), sino asimismo en la difusión que tuvieron en su momento, ya que las dos monografías publicadas pocos años después de la finalización de los trabajos de campo en 1921 (Paris, Bonsor, Laumonier, Ricard y Mergelina, 1923 y 1926) sobresalen si las comparamos

1. Trabajo realizado en el marco de las actividades del grupo de investigación “Historiografía y Patrimonio Andaluz” (Plan Andaluz de Investigación, HUM 402), adscrito al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

con las publicaciones españolas coetáneas de informes y memorias arqueológicas, representados por los de la serie que había puesto en marcha la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades desde 1912. Asimismo era un proyecto internacional en el que intervenían no sólo franceses (dirigidos por P. Paris), sino españoles (Cayetano de Mergelina) y la figura excepcional de Jorge Bonsor, extranjero de origen (había nacido en Lille de padre inglés) pero español de adopción y representante —aunque ciertamente atípico— de la Arqueología andaluza².



I. Fotografía de A. Engel y P. Paris, y el hijo del segundo, en la época de las excavaciones de 1903 en Osuna (Sevilla), según Casado 2006.

Como es sabido, el arqueólogo e hispanista Pierre Paris es figura destacada en la historia de la Arqueología española y andaluza —en el marco de la española— en los decenios iniciales del siglo XX, tras su intervención en la adquisición para El Louvre de la “Dama de Elche” en 1897, como testimonian sus excavaciones en Osuna junto Arthur Engel, en 1903 (lám. I), que también dieron como resultado la publicación de una amplia memoria de excavaciones (Engel y Paris, 1906; Beltrán y Salas, 2002), y en Almedinilla (Córdoba), en 1904, en el marco general de su interés por la cultura ibérica y sus manifestaciones arqueológicas y artísticas. Además, a él se debe la creación de l’Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, en 1909 (Cressier y Moret, 2007: 344ss.), que fue la institución que sufragó económicamente aquellos trabajos de excavación de *Baelo Claudia* (Maier, 1999: 242-254), a la par que la presencia de los otros arqueólogos franceses que colaboran en las excavaciones y firman las publicaciones, A. Laumonier y P. Ricard. Y finalmente, fue P. Paris el principal impulsor de la fundación de la Casa de Velázquez en su primera etapa, que se inicia desde el año 1916 aunque el edificio no se termina en la Ciudad Universitaria madrileña hasta 1928, y de la presencia activa en esa institución de las actividades arqueológicas³, hasta su muerte en 1931. Por otro lado, el gaditano Cayetano de Mergelina (1890-1962) —había nacido en Sanlúcar de

2. Remito al trabajo de J. Maier en este mismo volumen. Cf., además, Maier, 1999.

3. Entre las cuales las excavaciones que, de nuevo junto a Jorge Bonsor, llevó a cabo Raymond Thouvenot en Setefilla (Sevilla), entre los años 1926-1927 (Bonsor y Thouvenot, 1928), durante la estancia de algunos años que pasó el francés en España, con el apoyo de l’Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, y que posibilitaron su espléndido trabajo histórico sobre la prouincia romana de la Baetica, publicado posteriormente, pero realizado en su fase documental por aquellos años (Thouvenot, 1940).

Barrameda— formaba parte de la Sección de Arqueología del Instituto de Historia de la Junta de Ampliación de Estudios, donde era discípulo del granadino Manuel Gómez-Moreno, y constituye, pues, uno de los primeros arqueólogos españoles considerados como tales, que pronto pasó al ámbito universitario recién abierto para la disciplina arqueológica, obteniendo la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Valladolid en 1925 (Pasamar, 2009). La participación del ya entonces sexagenario Jorge Bonsor como codirector de los trabajos arqueológicos (Lám. II) venía justificada por su amplia experiencia en el terreno de la arqueología funeraria hispanorromana, como fruto sobre todo de sus importantes trabajos en la necrópolis occidental de Carmona y en otras necrópolis romanas de Los Alcores (Sevilla) (Lám. III) (Maier 1999: 39ss. y 217ss.), a la par que por sus buenas relaciones con el arqueólogo francés. Por el contrario, la participación de Mergelina se justifica también por la nueva situación de la Arqueología española desde la Ley de Excavaciones de 1911 —y el papel tutelar que la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades desempeñó a partir del año siguiente— y la influencia del círculo arqueológico conformado en torno a la figura de Gómez-Moreno en Madrid.



II. Fotografía de Jorge Bonsor, la hija de P, Paris y un militar desconocido en *Baelo Claudia*. Colección fotográfica de Jorge Bonsor (Archivo General de Andalucía): n° 297.



III. Fotografía de la excavación de una necrópolis romana. Colección fotográfica de Jorge Bonsor (Archivo General de Andalucía): n° 210.

Es bien sabido el retraso de la Arqueología española con respecto a la de otros países desarrollados de nuestro entorno europeo (Alemania, Francia, Italia, Inglaterra) durante todo el siglo XIX y especialmente en la segunda mitad de la centuria, cuando en esos otros países la Arqueología Clásica se desarrolla como disciplina de ámbito universitario y alcanza una metodología científica que se aplica tanto a estudios histórico-artísticos (la llamada Arqueología Filológica, cuyo exponente más sobresaliente es la escuela alemana) (Bianchi-Bandinelli, 1982), cuanto en nuevas técnicas de campo que de forma lenta pero paulatina van incorporando un método estratigráfico en las excavaciones arqueológicas, al menos de forma básica. Por el contrario, en España durante todo el siglo XIX la Arqueología queda fuera del ámbito de la Universidad, manteniendo un enfoque anticuarista en los estudios de Arqueología y con un escaso desarrollo de la Prehistoria, en la que sólo reconocemos pioneros procedentes de otras áreas históricas (Juan de Vilanova, en Madrid, o Antonio Machado Núñez y Manuel Sales y Ferré, en Sevilla) (Beltrán y Belén, 2007) o de otras disciplinas, como las ingenierías (Casiano de Prado), incluyendo algunos extranjeros también afincados en España y Andalucía, como los ingenieros Guillermo Schulz o Luis Siret, respectivamente, en Málaga y Almería (Ayarzagüena, 1992). Éstos últimos son exponentes asimismo de esa presencia de arqueólogos extranjeros, sobre todo franceses y, en menor grado, alemanes, que marcan la Arqueología española desde los últimos decenios del siglo XIX

El proceso de renovación que sufre la Real Academia de la Historia a mediados del siglo XIX aleja, por un lado, el peligro que habían supuesto las pretensiones de la Escuela Española de Arqueología (1844), que queda como institución privada hasta su desaparición definitiva en 1868, y, por otro lado, le concede el protagonismo no sólo en los estudios históricos sobre la antigüedad, sino también en el marco de la tutela del patrimonio arqueológico, con el efectivo control sobre las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos, desde 1857, y sobre la Real Escuela de Diplomática (Peiró y Pasamar, 1996), donde se formaron los miembros del cuerpo de anticuarios desde 1867. Todo ello hizo que esa destacada institución nacional mantuviera durante todo el siglo XIX una situación consolidada (Almagro, 1999; Almagro y Maier, 2003), que impidió el desarrollo de un nuevo marco estructural, unido a las graves deficiencias de la Universidad española durante aquella centuria. Por ello las excavaciones arqueológicas quedaron en la mayor parte de los casos en manos de particulares y uno de los objetivos básicos seguía siendo el coleccionismo privado, mientras que constituían la plasmación adecuada de una práctica erudita que en muchas ocasiones tenía mucho de proyección social, de una actividad bien vista y reconocida para los nuevos grupos burgueses que habían accedido al poder tras la caída del Antiguo Régimen, y que dieron lugar a la constitución de frecuentes Sociedades Arqueológicas en los últimos decenios del siglo en el marco general del gusto por el asociacionismo. Las necesidades institucionales que planteaba la gestión de los bienes arqueológicos se mal cubrieron con la creación —tardía e

insuficiente— de museos arqueológicos provinciales (López, 2002), que siguieron la estela de la creación del Museo Arqueológico Nacional en Madrid en 1867 (Marcos, 1993).

El desastre de 1898 marcará por sus consecuencias nacionales el desarrollo de la Arqueología española. El regeneracionismo español de aquellos años iniciales del nuevo siglo XX veía en los modelos de las potencias europeas asimismo el espejo cultural y académico en que se debía mirar la realidad española para transformarla y ponerla al nivel que había perdido en la pauta europea durante el siglo XIX, de lo que se toma clara conciencia. Con ciertos altibajos provocados asimismo por los avatares políticos de aquellos años y las dificultades estructurales el nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes —dentro del cual existía una específica Dirección General de Bellas Artes que tutelaré a partir de ahora los temas relativos al patrimonio histórico-artístico— incorpora por vez primera en España, en el mismo año 1900 de su crea-



IV. Fotografía de José Ramón Mélida, según Casado 2006.

ción, la Arqueología a la docencia universitaria, trasladándolos desde la ya citada Real Escuela de Diplomática de Madrid. Así, los estudios de Arqueología, Epigrafía y Numismática pasarán a verse favorecidos por la estructura universitaria, aunque en principio sólo en la Universidad Central de Madrid, como fruto de la orientación centralista de la reforma. La cátedra de Arqueología madrileña será ocupada en primer lugar por el antiguo catedrático de la materia de la Escuela de Diplomática, Juan Catalina García (1845-1911), que había sido traspasado a la cátedra universitaria como el resto de los profesores de la Escuela, pero tras él accedió a ella a fines de 1911 José Ramón Mélida (1856-1933) (Lám. IV), que, con una amplia formación histórica y arqueológica —si bien de orientación básicamente erudita en aquellos momentos— desarrollará esa disciplina en el marco universitario hasta 1931 (Casado, 2006), cuando a su vez lo sustituye su discípulo Antonio García y Bellido (1903-1972). Por el contrario, habrá que esperar hasta 1922 para que se cree la primera cátedra universitaria de Prehistoria en la Central de Madrid, pero que se denominará cátedra de Historia Primitiva del Hombre y será cubierta por el prehistoriador y sacerdote alemán Hugo Obermaier, de tendencia ideológica

conservadora, que la ocupará hasta el inicio de la guerra civil española (Pasamar, 2009: 490-492).

El organismo más novedoso que el gobierno liberal del marqués de la Vega de Armijo pudo por fin llevar a buen término en 1907, bajo la influencia ideológica de personas formadas en la Institución Libre de Enseñanza, fue la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas⁴, sobre el que se basó el proceso de modernización de la ciencia española y, de forma importante, la arqueológica. En su seno se crea en 1910 un Instituto de Estudios Históricos que tenía un Sección de Arqueología que fue dirigida por el influyente granadino Manuel Gómez-Moreno Martínez (1870-1970), que llegará a ser asimismo catedrático universitario en Madrid (aunque de Arqueología Árabe), y que se unió a otra Sección de Arte dirigida a su vez por Elías Tormo. Ambas darán a la luz años después a una importante revista científica que incorporaba contenidos arqueológicos, el *Archivo Español de Arte y Arqueología* (1925-1937). Aparte de los trabajos concretos de esta Sección arqueológica, en la que se integraron arqueólogos como Juan de Mergelina —que colaboró en las excavaciones de Baelo Claudia—, Juan de Mata Carriazo —futuro catedrático de la Universidad de Sevilla— o Juan Cabré, un apartado básico que desarrolló la Junta de Ampliación de Estudios en todos aquellos años fue la puesta en marcha de un sistema de becas de larga duración para la formación de arqueólogos —junto a otros muchos científicos de otras especialidades— en Europa, especialmente Alemania (Díaz-Andreu, 1995 y 1996) y Francia, cuya influencia ya se había hecho notar en España desde los últimos decenios del XIX por la importante actividad de historiadores y arqueólogos de esas nacionalidades venidos a nuestro país, como ha quedado dicho para Pierre Paris, y entre los cuáles podemos citar a destacados arqueólogos españoles como el propio Pedro Bosch Gimpera o Antonio García y Bellido. Fue entonces cuando se introducen en la Arqueología española las corrientes y orientaciones propias de la Prehistoria y Arqueología europeas de aquellos momentos, marcadas por la preponderancia de los enfoques del historicismo cultural.

Desde el enfoque institucional hay que tener en cuenta que el mismo año de 1910 se había creado en Roma la Escuela Española de Historia y Arqueología (Espadas, 2000), la primera y única institución arqueológica española en el extranjero, frente a lo que era habitual en el caso de aquellas otras potencias europeas, sobre todo Alemania y Francia. Finalmente, en 1912, también se crea en el seno de la Junta de Ampliación de Estudios una

4. A pesar de que normalmente es resaltada su labor, Díaz-Andreu la critica duramente para el caso concreto de la Arqueología española: “Pese a que muchos alaban hoy como positiva esta iniciativa y la de la fundación de los centros en ella englobados —el Centro de Estudios Históricos en concreto—, en realidad lo que provocó en la práctica fue una situación en la que unos pocos elegidos —y no necesariamente por su calidad sino por razones de nuevo vinculadas al clientelismo— disfrutaron de unas condiciones de lujo mientras que el resto se quedaban como vulgarmente se dice con las migas” (Díaz-Andreu, 2004: XV).

Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, según el modelo del Instituto de Paleontología Humana de París pero para contrarrestar “la conquista de la España prehistórica para la Ciencia francesa”, y que pasó a tener su sede en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Este organismo será dirigido por el influyente Enrique Aguilera, Marqués de Cerralbo, hasta su muerte en 1922 (Alvar, 2006; Barril, 2009), en que lo sustituye el catedrático de la Facultad de Ciencias de la Central de Madrid Eduardo Hernández-Pacheco (1872-1865)⁵.

El enfrentamiento de ambas escuelas arqueológicas, centralizadas en las figuras de J. R. Mérida desde la Universidad Central y M. Gómez-Moreno desde el Instituto de Historia de la Junta de Ampliación de Estudios es considerado en diverso grado según los investigadores. Para M. Díaz-Andreu (2004) sería una verdadera guerra entre los dos “grupos de poder” en un sistema clientelar de la Arqueología que reproducía en la nueva situación los antiguos vicios del academicismo decimonónico que había centralizado la Academia de la Historia, aunque ello es contestado por J. Maier (2005: 192-194). Asimismo D. Casado (2006) mantiene una visión menos crítica en el análisis de la figura de Mérida en el marco de la Arqueología española de los inicios del siglo XX, si bien es cierto que además de la cátedra universitaria de Arqueología en Madrid llegó a ocupar la dirección del Museo Arqueológico Nacional —él se había formado como anticuario en las aulas de la Escuela de Diplomática a fines del XIX— y asimismo dirigió dos de las principales excavaciones arqueológicas oficiales de esos años, la de Numancia y la de Mérida.

En el campo de la gestión arqueológica asimismo el nuevo siglo XX trae cambios fundamentales que tienen que ver con un renovado interés de la tutela del patrimonio arqueológico nacional, generado en este caso también desde el nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y su correspondiente Dirección General de Bellas Artes. Así, tras varias dificultades salió promulgada el año de 1911 la Ley de Excavaciones y Antigüedades, “estableciendo las reglas a que han de someterse las excavaciones arqueológicas, artísticas y científicas y la conservación de las ruinas y antigüedades”, que

5. Junto a la pugna con los prehistoriadores franceses, personalizados en la figura de Henri Breuil, con el que E. Hernández-Pacheco (Rubio y Panera, 2009) asimismo competía en los estudios de la pintura prehistórica y a quien desairó incorporando en la nómina de la Comisión a su antiguo colaborador, el polifacético y activo arqueólogo Juan Cabré (1882-1947) (Blánquez y Rodríguez, 2004), su ascenso significó también el enfrentamiento con Hugo Obermaier, quien estaba incluido en la Comisión y dio el salto entonces a la Universidad en 1922, como se ha dicho. Además, sabemos que su cátedra de Historia Primitiva del Hombre se adscribirá a la Facultad de Filosofía y Letras y no a la de Ciencias, a pesar de que la nueva disciplina había tenido una orientación naturalística más que humanística, por influencia del propio Hernández-Pacheco, que desempeñaba desde 1910 la cátedra de Geología: “...el Rectorado se dirigió a la Facultad de Ciencias proponiéndole el nombramiento del Doctor Obermaier para la cátedra de Paleontología humana; pero la Facultad, unánime, contestó que tales materias estaban desempeñadas, a satisfacción, por el catedrático de Antropología y por el de Geología, con Paleontología, y no se consideraba conveniente la duplicidad. En su consecuencia, fue la Facultad de Filosofía y Letras, la que acordó el nombramiento, designándole a la nueva asignatura «Historia Primitiva del Hombre»” (Beltrán, 2008 a: 191).

constituía la primera ley de excavaciones y patrimonio arqueológico que se promulgaba en España, cuyo objetivo, como se recoge en el Preámbulo de la ley “la defensa de los vestigios artísticos que vinculan el recuerdo de nuestras glorias pasadas, constituyendo un elemento insustituible de la riqueza nacional”.

Era algo que los eruditos españoles del siglo XIX asimismo habían reclamado al Estado, como lo hizo Demetrio de los Ríos, el excavador de Itálica entre 1860 y 1880 (Beltrán, 1995: 41). Es importante recordar la cita exacta del arquitecto-arqueólogo de origen cordobés pero afincado en Sevilla hasta que se trasladó a León en 1880 para dirigir los trabajos de restauración de la catedral leonesa, porque hace justicia a los entusiastas y meritorios estudiosos españoles de la antigüedad del XIX, que desarrollaron sus esfuerzos, muchas veces baldíos, en medio de grandes penalidades y faltos de apoyo oficial, quien decía en 1875:

“...si no está en nuestra manos el evitar así la penuria de las corporaciones provinciales, como los trastornos de nuestros azarosos días... puédense al menos impedir las lamentables consecuencias que trae consigo para la arqueología, la ineficacia de nuestras disposiciones legales, hoy vigentes, acudiendo a una LEY ESPECIAL DE MONUMENTOS, no sólo a evitar la destrucción de los que el acaso descubre, sino también a prevenir su conservación y facilitar los medios naturales para la exploración de las riquezas artísticas ocultas en nuestro fecundo suelo... la ley retrocede donde comienza el derecho del propietario...” (De los Ríos, 1875: 134).

Ese anhelo tan solicitado sólo se cumplió, pues, más de 35 años después, con sus luces y sombras. Además la ley se desarrolló en su Reglamento de 1 de marzo de 1912, en cuya disposición se creó la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, con sede en el Ministerio de Instrucción Pública, que regulará a partir de ahora las excavaciones arqueológicas oficiales hasta el año 1933, en que desaparece en el marco de la II República sustituida por una Junta Superior del Tesoro Artístico (1933-1939), acorde con la importante Ley del Tesoro Artístico promulgada ese año de 1933. Un aspecto importante que plantea la ley de 1911-1912 es la necesidad de desarrollar los trabajos arqueológicos con un método científico, y se refiere a remociones de tierra “deliberadas y metódicas” y a la posibilidad de anular las autorizaciones concedidas cuando se constataran irregularidades en ese sentido (art. 23 del Reglamento de 1912), pero ello era más bien una expresión teórica que no se corresponde con el concepto de excavación estratigráfica tal como se entiende y practica sólo bastantes años más adelante. Por el contrario, sorprende el hecho de que los excavadores españoles autorizados por el Estado eran los propietarios de los materiales exhumados (art. 15 del Reglamento de 1912), e incluso los directores extranjeros podían sacar del país los materiales que no fueran únicos, sino que

estuvieran duplicados (art. 19 del Reglamento de 1912), con la ambigüedad que ello implica. Se impone como requisito para realizar la inspección de las excavaciones ser académico, o del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, o Jefe de Museo o catedrático de Universidad o de otro cuerpo docente con asignaturas relacionadas con la Arqueología (art. 40 del Reglamento de 1912) (Yáñez, 1997: 428).

La Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades estaba formada originalmente por seis miembros, siendo el primer director Antonio Gimeno, exministro de Instrucción Pública, y aparecen como vocales el artista Mariano Benlliure, el catedrático de Historia del Arte —y director de la sección del Arte del Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación— Elías Tormo, y los marqueses de Comillas, de la Vega Inclán y de Cerralbo, asimismo citado como director de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas creada ese mismo año de 1912. En el año 1917 se ampliarán las funciones de la Junta Superior con las disposiciones de la Ley de 4 de marzo de 1915 que afectaba a temas de conservación de Monumentos Artísticos e Históricos y, teniendo en cuenta las nuevas funciones, se amplió el número de sus miembros hasta doce, incorporando ya entre otros a Manuel Gómez-Moreno, Francisco de Paula Álvarez-Ossorio (conservador del Museo Arqueológico Nacional), y al reconocido arquitecto Vicente Lampérez.

Del análisis llevado a cabo por M. Díaz-Andreu (1997: 408-409) en los archivos del Archivo General de la Administración de concesiones de permisos de excavación y subvenciones económicas entre los años 1912-1936 por las Juntas correspondientes se advierte que los directores de excavaciones arqueológicas correspondieron sólo en un 44% a lo que podría considerarse entonces como “arqueólogos profesionales”, procedentes de universidades o museos, a los que se suma un 15,2% de docentes de enseñanza primaria y secundaria, mientras que el 40,8% restante procedería de otras profesiones, o eran aristócratas o eclesiásticos, si bien concluye “que los que controlan los permisos o el dinero son los arqueólogos profesionales a los que se añaden dos nobles con gran poder sobre la JSEA, Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo (1845-1922), quien nunca solicita una subvención, y sobre todo Andrés Parladé, conde de Aguiar (1859-1933). Éste último se llevará en total 186.000 pts, es decir, el 10% del total de las subvenciones concedidas por la JSEA entre 1916 y 1934” (Díaz-Andreu, 1997: 409).

Ése era, pues, el panorama que el estado regeneracionista de los primeros años del siglo XX impone al desarrollo de la investigación arqueológica en España, mediatizado desde un punto de vista administrativo por la nueva legislación de 1911-1912 y el marco resultante que gestiona la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades y desde un punto de vista disciplinar por el desarrollo de la Arqueología en el ámbito universitario y en el de la Junta de Ampliación de Estudios, si bien en este segundo nivel los cambios afectaban en principio de manera más directa a la capital del Reino, donde se situaban la Universidad Central y la Junta de Ampliación. Habrá que esperar a años siguientes para que la Arqueología y la Prehistoria estén presentes en universidades de provincias, aunque ciertas

actividades arqueológicas en ámbitos provinciales fueron desarrolladas por catedráticos que desempeñaban su docencia en otros campos históricos, como ocurre con P. Bosch Gimpera en Barcelona. No obstante, el caso de Cataluña es peculiar, porque sus desarrolladas aspiraciones nacionalistas, potenciadas en el marco de la crisis centralista del 98, se vinculaban a un propio proceso regenerador, paralelo del tutelado desde el nacionalismo español, que consideraba el ámbito del patrimonio arqueológico de gran interés para definir la peculiaridad catalanista. Así, en el seno del Institut



V. Fotografía de los trabajos de excavación de 1909 en Emporiae, en el sector del santuario de Esculapio, según AA.VV. 2008.

d'Estudis Catalans se crea en 1914 un Servei d'Investigacions Arqueològiques —vinculado a la misma labor de Bosch Gimpera desde la cátedra universitaria—, que desarrollará una importante labor en el territorio catalán y, especialmente, en las excavaciones de la ciudad griega de Emporiae, con importantes descubrimientos (AA.VV., 2008) (Lám. V), si bien la dictadura de Primo de Rivera desde 1923 impuso ciertas limitaciones a tales actividades (Gracia y Cortadella, 2007).

En Andalucía no existe un proceso similar. Es cierto que entonces surge la figura y actividad política de Blas Infante, en algunos de cuyos escritos se refleja la importancia que el notario y político malagueño daba a los resultados históricos derivados de las investiga-

6. En su obra *Ideal Andaluz* (Sevilla, 1915) ya se advierte ese interés por el pueblo tartesio-andaluz, como lo denomina, considerándolo expresión prístina de lo andaluz que se conservaban a pesar de la llegada de otros pueblos invasores, como cartagineses, romanos, visigodos o árabes (“...esos elementos autóctonos predominarán con el tiempo en la fusión...”), pero será en *Fundamentos de Andalucía* (que queda inédita a su muerte, escrita entre 1930 y 1936) donde se advierte el uso de bibliografía arqueológica especializada, ya que cita obras de Manuel Gómez-Moreno o Luis Siret, pero especialmente el *Tartessos* de Adolf Schulten, que conoce por su traducción castellana de Madrid 1924, según Beltrán y Escacena (2004 : 68-72).

7. Beltrán y Escacena (2004: 65-68). Se afirma tradicionalmente que los materiales arqueológicos proceden de excavaciones realizadas por él mismo en el yacimiento de la ciudad romana de Lacipo (despoblado de Alechipe, Casares, Málaga), antes de su traslado a la provincia de Sevilla, en cuya capital sería fusilado en 1936, y aunque no hay ningún testimonio directo que lo asegure es factible dado que su tío abuelo materno, Juan Pérez de Vargas y Salas, era aficionado a las actividades arqueológicas y coleccionista y es citado por el epigrafista alemán Emil Hübner como su corresponsal en temas arqueológicos y epigráficos de la zona en la segunda mitad del siglo XIX. Así pues, como su tío-abuelo, Blas Infante sería asiduo visitante de las ruinas romanas de Lacipo en su juventud y cuando, tras terminar la licenciatura de Derecho en la Universidad de Granada, preparaba las oposiciones a notaría en su localidad de origen, Casares (Rodríguez Oliva y Beltrán, 2008: 41-43).

8. En ocasiones se ha citado la existencia de un Servicio de Arqueología creado en la Diputación Provincial de Sevilla en 1915, pero sobre ello no hay ninguna documentación que lo corrobore.

ciones arqueológicas que se producían en los decenios iniciales del siglo XX en relación a Tartessos y la Protohistoria andaluza, como factor asimismo diferenciador y definidor del ideal andaluz⁶ —que se une al hecho de que fue poseedor de una pequeña colección de piezas arqueológicas, entre las cuáles algunas prehistóricas y, sobre todo, romanas⁷—, pero ello no implicó en ningún momento la creación en Andalucía de una estructura de gestión o de investigación particulares en el ámbito de la Arqueología⁸.

El panorama de la historia de la Arqueología en Andalucía de inicios del siglo XX está marcado por la presencia e importante actividad de dos —“de hecho”— arqueólogos de origen extranjero: el ya citado ingeniero belga Luis Siret (1860-1934) —y en un primer momento junto a su hermano Enrique— en Andalucía oriental, especialmente con sus trabajos de Prehistoria Reciente de la provincia de Almería (AA.VV, 1987) y, lógicamente, Jorge Bonsor, en Andalucía occidental, que muere cuatro años antes que Siret, en 1930. Capítulo aparte debe suponer la figura y actividad arqueológica de la británica Elena Wishaw (1857-1937), asentada desde 1902 en Sevilla y, desde 1916, en Niebla (Huelva), creando en esta segunda una Escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología⁹, con un Museo arqueológico, y desde donde dirigió diversas excavaciones arqueológicas; pero fueron sus “controvertidos planteamientos científicos” —como la defensa del descubrimiento de la Atlántida en la zona— los que “acabaron apartando de la prometidora arqueología de Niebla a investigadores más solventes, como J. P. Droop, profesor de la U. de Liverpool, cuyos trabajos en El Desembarcadero, a orillas del Tinto, son el ejemplo más digno de la actividad desarrollada por la Escuela” (Belén, 2009: 708).

Dejando aparte tales presencias extranjeras, en el marco andaluz, y en lo que podríamos denominar como representación española, el panorama no es muy halagüeño y, al menos hasta los cambios de 1912, suponen el mantenimiento de intereses eruditos de corte anticuarista, mantenidos desde el siglo XIX y que, en lo que al mundo romano se refiere, mantenían unos objetivos y métodos tradicionales, que nada tienen que ver con la moderna arqueología europea de la época. Citemos algunos ejemplos. Así, en 1900 Manuel Gómez-Moreno abandona su Granada natal, donde había trabajado activamente en el estudio de las antigüedades y colaborado con su padre —el pintor Manuel Gómez-Moreno González (1834-1918) (Gómez-Moreno, 2002, con el estudio preliminar de J. Moya)— en la realización de algunas excavaciones, para buscar carrera en la capital madrileña, donde obtuvo ciertamente buena fortuna, como se dijo. En Málaga, podemos referir los acontecimientos producidos a raíz de la demolición de los lienzos meridionales de las murallas de la Alcazaba islámica que se inicia en 1904, para ampliar el espacio urbano hacia la zona del puerto, lo que ocasionó en los años siguientes importantes descubrimientos

9. Precisamente el mismo Blas Infante perteneció como socio a esta Escuela Arqueológica de Elena Wishaw, según Beltrán y Escacena (2004: 64).

arqueológicos, que fueron referidos por el ya anciano Manuel Rodríguez Berlanga (1825-1909), el principal exponente de la anticuaría local durante la segunda mitad del siglo XIX (Berlanga, 2005), aunque su formación e intereses habían derivado más hacia la Epigrafía y la Historia Antigua que hacia la Arqueología, en la que no era muy ducho (Rodríguez Oliva, 2001). El otro acontecimiento notable en la provincia malagueña en los primeros años del siglo fueron las excavaciones, particulares, que llevó a cabo el propio torrero del faro de Torrox-costa en la villa romana localizada



VI. Fotografía de 1916 de materiales arqueológicos recuperados en las excavaciones de T. García Ruiz en la uilla romana de Torrox-costa (Málaga), según Rodríguez Oliva 1978.

bajo el edificio moderno, así como en el edificio termal, factoría de salazones y la necrópolis romanos que se sitúan en la proximidad, entre los años 1905 y 1913. Realizó unos planos y una memoria¹⁰ de, lógicamente, escasa calidad, a pesar de ciertos conocimiento eruditos del excavador aficionado, que certifican los trabajos como simples desescombros, a la búsqueda de tesoros, aunque la adquisición de la correspondiente colección de materiales (Lám. VI) fue rechazada por la Real Academia de la Historia (Rodríguez Oliva, 1978; Rodríguez Oliva y Beltrán, 2008: 43-47).

Finalmente, en la provincia de Sevilla la actividad, aunque prácticamente paralizada en Itálica desde el traslado a León de Demetrio de los Ríos en 1880, cuenta en su haber con el descubrimiento fortuito de la estatua de Diana en la parte NE del pueblo de Santiponce, junto a otros descubrimientos (como la pierna derecha de la estatua de Mercurio), que propician una excavación en el sector, de la que poco se conoce a no ser la planta en que presumiblemente apareciera la estatua y que se llamó “templo de Diana” (Beltrán, en prensa a), y, en 1903, la excavación que lleva a cabo el carmonense Manuel Fernández López en la necrópolis oriental de La Vegueta, que dio pie en este caso de forma excepcional a una monografía publicada más de un decenio después (Fernández López, 1914), pero donde se advierten las carencias metodológicas e interpretativas del autor, que era miembro de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Sevilla, institución que le había encargado la dirección de los trabajos. En

10. La versión más completa es titulada Descubrimientos del faro de Torrox, y se data en 1914, conservándose un manuscrito en los fondos de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo de Málaga, aunque de ella se hicieron otras copias.

11. Sin olvidar que de forma coetánea, en 1903, al menos existían otras dos “excavaciones” llevadas a cabo por ursonenses para obtener piezas arqueológicas y venderlas (Salas, 2002: 89-93; Beltrán, 2008 b).

ese ambiente los ya referidos trabajos de excavación de los franceses A. Engel y P. Paris en 1903 en la muralla pompeyana de Osuna¹¹ sobresalen no tanto por la metodología empleada, que tampoco estaba basada en excavación extratigráfica, cuanto por la mayor solidez de la publicación, en el análisis e interpretación de los materiales y la documentación gráfica de los restos (planos y fotografías) (Engel y Paris, 1906).

La aplicación de la ley de 1911-1912 en Andalucía tiene dos consecuencias evidentes. En primer lugar, dificulta la actividad de excavaciones privadas que sólo tenían el interés de la búsqueda de piezas para engrosar colecciones propias o para dedicarlas al mercado de antigüedades, que tienen que solicitar permisos oficiales o en todo caso no pueden actuar como hasta entonces. Así, por ejemplo, el ya citado torrero de Torrox (Málaga) solicitó —y obtuvo— el permiso para proseguir sus excavaciones en los años 1912-1913 (Rodríguez Oliva y Beltrán, 2008: 45), o podemos aducir los problemas que tuvo Regla Manjón, condesa de Lebrija (Lám. VII), por la extracción de una serie de

mosaicos de Itálica para su casa-palacio de Sevilla en el año 1914, siguiendo la práctica que había realizado hasta entonces desde inicios de siglo —y era seguida por otros coleccionistas sevillanos— de sufragar excavaciones en Itálica para obtener piezas y mosaicos con los que pavimentar su vivienda; pero ya en 1914 le valió el reproche de Rodrigo Amador de los Ríos, entonces director de las excavaciones oficiales en Itálica, porque contravenía los preceptos legales de 1911-1912 (Beltrán, 2007).

En segundo lugar, se constata una promoción de excavaciones oficiales que, restringiéndonos al mundo romano, se centran en Sevilla —es decir, en Itálica— y en Cádiz. En Itálica el mencionado Rodrigo Amador de los Ríos —a la sazón director del Museo Arqueológico Nacional de Madrid— dirigió los trabajos de excavación en el anfiteatro italicense desde 1912, en que fue nombrado por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, y hasta 1915 (Caballos, Marín y Rodríguez Hidalgo, 1999: 47-48) (lám.



VII. Óleo de Sorolla que representa a la condesa de Lebrija en 1914. *Casa-museo de Lebrija (Sevilla)*.



VIII. Detalle de fotografía de 1914-1915 de los trabajos de excavación del anfiteatro de Itálica dirigidos por Rodrigo Amador de los Ríos, según Caballos, Marín y Rodríguez Hidalgo 1999.

VIII), en que abandona el cargo, cansado por su propia edad —muere al año siguiente— y por el enfrentamiento con los eruditos sevillanos, que controlaban los cargos en la Comisión Provincial de Monumentos y en las Academias locales y a cuya cabeza se situaba José Gestoso Pérez. Era el reflejo en un ambiente provincial de los reajustes que la nueva situación provocaba en las instancias constituidas y tradicionalmente vinculadas a la Academia de Madrid, desplazada ahora de su puesto de privilegio por la nueva Junta Superior de Excavaciones dependiente del Ministerio. En el caso de Cádiz la situación es diferente, ya que aunque la promoción de Pelayo Quintero Aauri (1867-1946) a la dirección de casi todas las excavaciones oficiales de Cádiz —de las necrópolis antiguas, aunque asimismo excavó en San Fernando— entre los años 1915 y 1933 se debió al apoyo expreso de la citada Junta Superior, de la que era delegado en Cádiz (Parodi, 2008; Beltrán, en prensa b), en este caso tenía también una importante presencia y apoyo en la capital gaditana, con el desempeño de los puestos de profesor de la Escuela de Artes y Oficios, Director del Museo Provincia de Bellas Artes o miembro de la Comisión Provincial

de Monumentos y, por ende, era miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (Gozalbes, 2009). Son, pues, campañas de excavaciones que —iniciadas desde 1915— Quintero Aauri también lleva a cabo en las necrópolis de Cádiz de forma coetánea al desarrollo de las excavaciones de Baelo Claudia entre los años 1917 y 1921, por lo que podría pensarse que debieron existir contactos directos entre el equipo dirigido por P. Paris



IX. "Excavaciones de Cádiz —1920— barro. Pelayo Quintero". *Colección fotográfica de Jorge Bonsor (Archivo General de Andalucía): n° 813.*



X. Playa de Punta de la Vaca (Cádiz), con los restos de la necrópolis fenicia, en una fotografía de 1912, conservada en la Real Academia de la Historia, según Maier y Salas, 2000.

12. En la colección fotográfica de Jorge Bonsor del Archivo General de Andalucía sólo se conserva una fotografía de una pieza arqueológica -un recipiente cerámico- aparecido en las excavaciones gaditanas de P. Quintero, según se indica al dorso de la fotografía: "Excavaciones de Cádiz 1920 barro. Pelayo Quintero" (Colección fotográfica de Jorge Bonsor: n° 813) (lám. IX).

y J. Bonsor y P. Quintero, al menos como simples visitas mutuas para comprobar los avances respectivos de los trabajos de excavación en áreas tan próximas y de evidente relación cultural, y que hubiera favorecido los intercambios científicos. Pero nada de esto sucedió lamentablemente¹², si leemos la carta que el propio Quintero envía el 22 de diciembre de 1924 a Vicente Castañeda Alcover, presidente de la Comisión Provincial de Monumentos de Cádiz, en que expone las quejas por esa falta de relación y su crítica sobre la validez real de la simple declaración del yacimiento como Monumento Nacional, que se llevó a efecto en los primeros días del año 1925 a la par que se declaraba Monumento Arquitectónico-Artístico la necrópolis prerromana de Puente de Vaca donde él había excavado (Maier y Salas, 2000: 124) (lám. X)

22 de diciembre 1924

Sr. D. Vicente Castañeda

Mi distinguido amigo: Recibo la suya pidiendo fotografías de las RUINAS DE BELONA y de los objetos encontrados y siento manifestarle que los señores encargados de realizar las excavaciones estuvieron tan poco deferentes con esta COMISION DE MONUMENTOS que nunca le dieron cuenta del resultado de ellas ni de cuando las realiciban [sic] y no tenemos mas noticia oficial que la comunicación de la Junta de Excavaciones, concediendo autorización [sic] para realizarlas y el informe del Sr Mérida presentado en la REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES. POR cierto que en dicho informe se dice se acaba de publicar un libro que desconocemos, y que esta COMISION viene pidiendo la Declaración de dichas uinas como MONUMENTO NACIONAL.

Esta petición es sin duda a mi actuación en esta COMISION DE MONUMENTOS, pues yo siempre he creído que de nada sirve se declaren MONUMENTO NACIONAL aquellas ruinas, si se dejan abandonadas por completo y sin su guarda correspondiente con algún pequeño presupuesto de conservación, pues hay que tener presente que están a mucha distancia de la Capital y hay que ir en automóvil y después dos leguas a pie.

Con doscientas pts anuales que tiene esta Comisión para material comprenderá V que no podemos hacer nada y con las corporaciones municipales y provincial no hay que contar, pues los que las forman actualmente no comprenden la utilidad de estas cosas. Vea V. Lo que publico en BOLETIN sobre las de Cádiz mas fáciles de conservar y que me están costando a mi lo que no puedo, ante el peligro de que las destruyan

El Museo Arqueológico esta abandonado a pesar de las muchas reclamaciones que llevamos hechas, y en peligro de que todo se destruya y todo

el consuelo que nos dan en el ministerio, es ¡que lo mejor es que se hunda el edificio! con este criterio ministerial, comprenderá que estamos demás,

*Queda suyo afmo. amigo
Pelayo Quintero*¹³

Bibliografía

- AA.VV. (2008): *L'Esculapi. El retorn del déu*. Barcelona, Museo d'Arqueologia de Catalunya.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (ed.) (1999): *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y MAIER ALLENDE, J. (2003): *250 Años de Arqueología y Patrimonio. Documentación sobre Arqueología y Patrimonio Histórico de la Real Academia de la Historia: Estudio General e Índices*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- ALVAR EZQUERRA, J. (2006): "El marqués de Cerralbo, la Arqueología y el coleccionismo", en J. Beltrán, B. Cacciotti y B. Palma (eds.): *Arqueología, coleccionismo y antigüedad. España e Italia en el siglo XIX*. Madrid, Universidad de Sevilla: 23-36.
- AYARZAGÜENA SANZ, M. (1992): *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX*. Madrid.
- BARRIL VICENTE, M. (2009): s.v. "Aguilera y Gamboa, Enrique de (marqués de Cerralbo)", *DHAE*: 63-66.
- BELTRÁN FORTES, J.
— (1995): "Arqueología y configuración del patrimonio andaluz. Una perspectiva historiográfica", en F. Gascó y J. Beltrán (eds.): *La antigüedad como argumento II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Sevilla, Scriptorium – Junta de Andalucía: 13-56.
— (2007): "La colección arqueológica de la 'casa de Lebrija' en Sevilla: la condesa Regla Manjón (1851-1938) e Itálica en los inicios del siglo XX", *Mus-A* 7: 106-110.
— (2008 a): "En la otra orilla. La Arqueología española frontera a la del norte de Marruecos: algunas notas", en D. Bernal *et alii* (eds.): *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*. Tetuán, Colección de monografías de Museo Arqueológico de Tetuán: 185-205.
— (2008 b): "Esculturas romanas de Conobaria (Las Cabezas de San Juan) y Urso (Osuna). La adopción del mármol en los programas estatuarios de dos ciudades de la Baetica", en J. M. Noguera y E. Conde (eds.): *Escultura Romana en Hispania*, V. Murcia, Tabularium: 501-544.
— (en prensa a): "Las esculturas", en A. Caballos (ed.): *Ciudades romanas de Hispania. Itálica–Santiponce. Municipium y Colonia Aelia Augusta Italicensium*. Roma, L'Erma di Bretschneider.
— (en prensa b): "Pelayo Quintero de Atauri (1867-1946). Entre la anticuaría y la Arqueología a caballo entre dos siglos", en M. Parodi (ed.): *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912*. Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz.

13. Real Academia de la Historia, ref. CACA/9/7949/94[10].

- BELTRÁN FORTES, J. y Belén Deamos, M. (2007): «La Arqueología en la Universidad de Sevilla. 1. El siglo XIX», en M. Belén y J. Beltrán (eds.): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Sevilla, Universidad de Sevilla: 93-142.
- BELTRÁN FORTES, J. y ESCACENA CARRASCO, J. L. (2004): “Piezas arqueológicas: la búsqueda de los orígenes”, en A. Egea (coord.): *La Casa de Blas Infante en Coria del Río*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces: 61-76.
- BELTRÁN FORTES, J. y Salas Álvarez, J. (2002): “Los relieves de Urso”, en F. Chaves (ed.): *Urso. A la búsqueda de su pasado*. Osuna, Ayuntamiento de Osuna: 235-272.
- BERLANGA, Palomo, M. J. (2005): *Arqueología y erudición en Málaga durante el siglo XIX*. Málaga, Universidad de Málaga.
- BIANCHI-BANDINELLI, R. (1982): *Introducción a la Arqueología como Historia del Arte Antiguo*. Madrid.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y Rodríguez Nuere, B. (eds.) (2004): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- BONSOR, J. y THOUVENOT, R. (1928): *Nécropole ibérique de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Fouilles de 1926-1927*. Bordeaux, Bibliothèque de l'Ecole des Hutes Etudes Hispaniques.
- CABALLOS RUFINO, A., MARÍN FATUARTE, J. y Rodríguez Hidalgo, J. M. (1999): *Itálica Arqueológica*. Sevilla, Universidad de Sevilla - Junta de Andalucía.
- CASADO RIGALT, D. (2006): *José Ramón Mélida (1856-1933) y la Arqueología española*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- CRESSIER, P. y MORET, P. (2007): “La Casa de Velázquez y al Arqueología: algunos apuntes históricos”, en M. Belén y J. Beltrán (eds.): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Sevilla, Universidad de Sevilla: 343-360.
- DE LOS RÍOS, D. (1875): “Itálica. Últimos descubrimientos de 1874”, en *La Ilustración Española y Americana VIII*: 134ss.
- DÍAZ-ANDREU, M., Mora, G. y Cortadella, J. (eds.) (2009): *Diccionario Histórico de la Arqueología en España [DHAE]*. Madrid, Marcial Pons.
- DÍAZ-ANDREU, M.
- (1995): “Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del s. XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios (I): Pedro Bosch Gimpera”, *Madrider Mitteilungen* 36: 79-89.
- (1996): “Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del s. XX. Los becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios (II)”, *Madrider Mitteilungen* 37: 205-224.
- (1997): “Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX”, en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Málaga, Universidad de Málaga: 403-416.
- (2004): “Estudio preliminar. Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro”, en M. Díaz-Andreu (ed.): reedición de la obra de José Ramón Mélida y Alinari, *Arqueología española* [Barcelona, 1929]. Pamplona, Urgoiti editores: IX-CXCIX.

- ENGEL, A. y PARIS, P. (1906): *Une forteresse ibérique à Osuna (fouilles de 1903)*. Paris.
- ESPADAS BURGOS, M. (2000), *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Un Guadiana junto al Tiber*. Madrid, Universidad de Castilla-La Mancha.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, M. (1914): *Excavaciones en Itálica* (año 1903). Sevilla, Saucedá.
- GÓMEZ-MORENO GONZÁLEZ, M. (2002): *Obra dispersa e inédita (compilación y estudio preliminar de J. Moya Morales)*. Granada, Fundación Rodríguez Acosta.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2009): s.v. “Quintero Atauri, Pelayo”, *DHAE*: 538-539.
- GRACIA, F. Y CORTADELLA, J. (2007): “La institucionalización de la arqueología en Cataluña: el Servei d’Investigacions Arqueològiques del Institut d’Estudis Catalans”, en M. Belén y J. Beltrán (eds.): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Sevilla, Universidad de Sevilla: 257-322.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (2002): “El desarrollo de los museos arqueológicos en Andalucía durante el siglo XIX”, en M. Belén y J. Beltrán (eds.): *Arqueología fin de siglo. La Arqueología española de la segunda mitad del siglo XIX*. Sevilla, Universidad de Sevilla y Fundación El Monte: 157-178.
- MAIER ALLENDE, J.
— (1999): Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y al Arqueología española. Madrid, Real Academia de la Historia.
— (2005): “Crítica de libros. Arqueología española. José Ramón Mélida y Alinari, edición de Margarita Díaz-Andreu”, *Revista de Historiografía* 2: 192-194.
- MAIER ALLENDE, J. y SALAS ÁLVAREZ, J. (2000): *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Andalucía. Catálogo e Índices*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- MARCOS POUS, A. (ed.) (1993): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de historia*. Museo Arqueológico Nacional. Madrid, Ministerio de Cultura.
- PARIS, P., BONSOR, G., LAUMONIER, A., RICARD, R. y MERGELINA, C. de (1923): *Fouilles de Belo (Bolonía, province de Cadix) (1917-1923)*. Tome I. *La ville et ses dépendances*. Bordeaux, Bibliothèque de l’Ecole des Hutes Etudes Hispaniques.
- PARIS, P., BONSOR, G., LAUMONIER, A., RICARD, R. y MERGELINA, C. de (1926): *Fouilles de Belo (Bolonía, province de Cadix) (1917-1921)*. Tome II. *La nécropole*. Bordeaux, Bibliothèque de l’Ecole des Hutes Etudes Hispaniques.
- PARODI, M. J. (2008): “Notas sobre Historiografía Arqueológica Hispano-Marroquí. 1936-1946, Pelayo Quintero”, en D. Bernal *et alii* (eds.): *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*. Tetuán, Colección de monografías de Museo Arqueológico de Tetuán: 62-91.
- PASAMAR ALZURIA, G.
— (2009 a): s.v. “Mergelina y Luna, Cayetano de”, *DHAE*: 438-439.
— (2009 b): s.v. “Obermaier, Hugo”, *DHAE*: 490-492.
- PEIRÓ MARTÍN, I. y PASAMAR ALZURIA, M. (1996): *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD.

RODRÍGUEZ OLIVA, P.

— (1978): “La villa romana del Faro de Torrox (Málaga)”. Valladolid, *Studia Archaeologica* 48, Universidad de Valladolid.

— (2001): “La génesis del Malaca y las noticias histórico-arqueológicas sobre la Málaga antigua en el último de los libros del Dr. Manuel Rodríguez de Berlanga”, estudio preliminar, en M. Rodríguez de Berlanga, M. (1905-1908), *Malaca*. Málaga, Ayuntamiento de Málaga (3ª edición): 9-44.

RODRÍGUEZ OLIVA, P. y BELTRÁN FORTES, J. (2008): “Arqueología de Andalucía. Algunos ejemplos de actividades arqueológicas en la primera mitad del siglo XIX”, en J. Beltrán y M. Habibi (eds.): *Historia de la Arqueología en el norte de Marruecos durante el período del Protectorado y sus referentes en España*. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía–Universidad de Sevilla: 39-61.

RUBIO, S. y PANERA, J. (2009): s.v. “Hernández-Pacheco y Estevan, Eduardo”, *DHAE*: 327-328.

THOUVENOT, R. (1940): *Essai sur la province romaine de Bétique*. Paris.

TRIGGER, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Crítica.

YÁÑEZ VEGA, A. (1997): “Estudio sobre la Ley de Excavaciones y Antigüedades de 1911 y el Reglamento para su aplicación de 1912”, en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.): *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Málaga, Universidad de Málaga: 423-430.



ÁNGEL MUÑOZ VICENTE
Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

IVÁN GARCÍA JIMÉNEZ
Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia
Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ
Área de Arqueología
Universidad de Alicante

Espacios jerarquizados y áreas funerarias en la necrópolis oriental de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz). Nuevas perspectivas de estudio

Las necrópolis sureste de Baelo Claudia en el marco del Conjunto Arqueológico

Baelo Claudia se abandona en el siglo VII, cuando tan sólo moraban en esas tierras algunas comunidades cristianas que nos han dejado su huella en una pequeña necrópolis de sarcófagos de piedra, que recientemente hemos recuperado e integrado en el circuito de visitas del Conjunto Arqueológico.

Desde entonces, tenemos que esperar hasta finales del siglo XVII para encontrar las primeras referencias escritas sobre Baelo. Pero sin embargo, no es hasta principios del siglo XX cuando se inicie la investigación científica de manos del hispanista francés Pierre Paris. Sus trabajos, en los que J. Bonsor participó como codirector, supusieron el reconocimiento de la ciudad de *Baelo Claudia* y asimismo el motivo de que las autoridades españolas tomaran conciencia de su importancia y la declararan en 1925 Monumento Histórico Nacional.

Entre 1917 y 1921 estos investigadores excavan en *Baelo* varios sectores de la ciudad, donde exhuman parcialmente los templos, las factorías de salazones y el teatro, y una parte importante de la necrópolis sureste, donde J. Bonsor adquiere protagonismo como investigador principal.

Desde estas fechas hasta prácticamente los trabajos de M. del Amo en 1969 y J. Remesal en varias campañas en los años 1973 y 1974, no se vuelve a investigar en la necrópolis oriental o sureste. Desde aquellos años los vestigios de enterramientos son cubiertos por los temporales de viento con aportes de arenas por procesos eólicos y el crecimiento de vegetación espontánea. Durante muchos años tan solo se percibía en esta zona, la huella de algunas construcciones funerarias de gran porte. Tenemos que esperar a principios de los años noventa del siglo XX, cuando con motivo de la celebración de unas Jornadas Europeas

de Patrimonio Histórico, se proceda a la limpieza de algunas estructuras, que de nuevo al poco tiempo vuelven a cubrirse de manera natural al no disponerse un mantenimiento en la misma.

No es hasta el año 2005 cuando de nuevo surge el interés por la necrópolis dentro de una programación global de conservación y mantenimiento del Conjunto Arqueológico, que será una de las bases de los estudios posteriores que han configurado una de las líneas de actuación del I Plan Director del Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*.

Desde entonces hemos iniciado un proceso de actuación global de mantenimiento y conservación de la necrópolis sureste, consistente en la limpieza e identificación de las estructuras visibles en relación con los pioneros trabajos de Bonsor; la consolidación de enlucidos y estucos de algunos enterramientos en recintos dobles; el establecimiento de un itinerario de visitas dentro de la propia necrópolis; la reparación del vallado y accesos y la instalación de un panel explicativo de los rituales y tipología de enterramientos.

Estas sencillas actuaciones han permitido recuperar un espacio arqueológico importante de la ciudad de *Baelo Claudia* para la visita pública complementario al discurso existente en la ciudad y al mismo tiempo esbozar una línea de investigación consistente en la recopilación de la documentación gráfica conocida y la identificación y estudio pormenorizado de los sectores funerarios ya excavados en esta necrópolis. De esta manera pretendemos no sólo recuperar los vestigios de excavaciones pioneras en Baelo, sino también articular desde perspectivas de estudios arqueológicos actuales, los registros documentales existentes sobre dicha necrópolis. De esta manera entrelazamos las distintas facetas que integran la tutela de los bienes culturales en general: la investigación, la protección, la conservación y la difusión.

Si bien las facetas de conservación y de protección se encuentran en la actualidad radicalmente separadas, no ya sólo a escala conceptual, sino también dentro de la propia estructura administrativa con servicios y departamentos independientes, aunque coordinados por un tronco común, no es menos cierto que si analizásemos pormenorizadamente sus contenidos, encontraríamos ciertos paralelismos entre ambas.

La conservación es posible entenderla desde una doble perspectiva: conservar para proteger, entendida como una garantía para la salvaguarda del Patrimonio en el futuro y conservar para difundir, entendida como la puesta en valor o la musealización del Patrimonio y por tanto sujeta a alteraciones no sólo a nivel proyectual, sino también por la presión que se genera sobre el elemento musealizado como consecuencia de su vertiente difusora.

De esta manera interrelacionamos tres de las facetas comentadas, facetas que no son posibles si previamente no se ha llevado a cabo una cuarta y por lógica la primera, la investigación, porque la arqueología es ante todo fuente de conocimiento histórico y ese conocimiento en función y relación directa con las características de sus elementos informadores, podrá enfocarse, si procediese, a arbitrar medidas variadas de conservación,

entendida la misma como la acción integradora de actuaciones de protección y difusión. Cualquier propuesta de conservación requiere de estudios pormenorizados y particularizados, en donde las propias características del elemento o los elementos a musealizar y sus relaciones con el entorno, serán determinantes para adoptar la solución más idónea y conseguir trasladar este patrimonio a las generaciones venideras. Conservar para proteger es sin duda un paso más para difundir. Con esta filosofía pretendemos dentro de los contenidos de nuestro I Plan Director, abordar el estudio de esta parcela de la historia de *Baelo Claudia*, que sin duda nos permitirá conocer mejor la sociedad de aquella época, pues no cabe duda que el conocimiento de las necrópolis es una de las fuentes esenciales para los estudios socio económicos y demográficos de los pueblos en la Antigüedad.

El mundo funerario en Baelo Claudia. Intervenciones arqueológicas y tipología funeraria de la necrópolis oriental o sureste

Tres son las necrópolis que actualmente conocemos en *Baelo Claudia*. La occidental y oriental o sureste, en torno a las vías y cerca de la puertas de entrada y salida sur de la ciudad, Puerta de *Carteia* y *Gades* respectivamente y, la necrópolis noreste, al este del Arroyo Jiménez y cerca de las *arcuaciones* del acueducto de Punta Paloma que salvan dicho arroyo (Fig. 1).

La necrópolis noreste, tal y como comentábamos al principio de este trabajo, está constituida por al menos 27 sarcófagos en calcarenita fosilífera (García, 2008: 120), presentando una cronología tardoantigua, quedando fuera de este estudio, puesto que se encuentra lejos de los intereses y objetivos que, *a priori*, planteamos en esta nueva línea de investigación sobre el mundo funerario belonense recientemente iniciada (Prados y García, 2009).

En cuanto a las necrópolis oriental y occidental, localizadas en torno y jalonando el camino, de las mencionadas vías de acceso a la ciudad. Están constituidas por un gran número de estructuras que se alejan varios centenares de metros desde el inicio de los caminos a la salida de la ciudad, bordeando y muy cercanas a la línea playa. Por circuns-



Fig. 1. Plano ubicación áreas fúnebres. A partir de Ney y Pallet (2004), según García (2008).

tancias naturales, en este caso, una gran colmatación eólica, provocada por las dunas móviles que constituyen el extraordinario paraje de la Ensenada de Bolonia, la necrópolis occidental se encuentra prácticamente sepultada bajo el sedimento arenoso, percibiéndose tan sólo en planta alguno de los monumentos funerarios que la constituyen, o con los días de temporal y, por el consiguiente movimiento de las arenas los que deja entrever.

Es precisamente aquí, en la necrópolis occidental donde se inician los primeros trabajos de excavación allá por el año 1907, a cargo del jesuita J. Furgus, llegando a excavar y documentar casi una treintena de sepulturas, de cronología más que probable altoimperial (Furgus, 1907). Qué duda cabe que los resultados de las intervenciones publicados por el jesuita belga contribuyeron a los intereses y propósitos del arqueólogo e hispanista P. Paris en *Baelo Claudia*¹, cuyos primeros trabajos comienzan con sendas prospecciones por el entorno entre los años 1914 y 1916. Viajes que le ayudarán por una lado a definir la estrategia de actuación y constitución del equipo de arqueólogos que le acompañarán.

La existencia de la necrópolis oriental, determinó que P. Paris optase por ofrecer, la amable invitación, de dirigir los trabajos de excavación del camposanto, al entonces ya muy prestigioso investigador y dueño de la necrópolis de Carmona Jorge Bonsor. Que, durante cuatro intensas campañas de intervenciones arqueológicas, excavó gran parte de esta necrópolis oriental, documentando una cifra superior a los 1200 enterramientos.

La necrópolis occidental, también fue objeto de excavación, sin embargo, el hecho de haber sido centro de intervención años atrás, una mayor dificultad de laboreo por mayor acumulación de sedimento, lo que, unido a un mayor estado de conservación de los restos visibles de la necrópolis oriental, determinó que los trabajos de investigación y documentación se centrasen en ésta última área, objeto por tanto de nuestro estudio.

La extraordinaria labor documental que J. Bonsor llevó a cabo en la necrópolis oriental (Paris *et alii.*, 1926), unido a trabajos posteriores de los años 60 y 70 del siglo XX (Bourgeois y del Amo, 1970), (Remesal, 1979), que por otro lado solucionaron problemas de datación cronológica, nos han dado a conocer una variada tipología de enterramientos, siendo este yacimiento un claro referente para los estudios del mundo funerario hispano y la bética en particular, además de ser clave para entender los fenómenos de hibridismo cultural entre la población local y extranjera (Jiménez, 2007). Esta gran labor documental a que hacíamos referencia, no sólo la constituye una extraordinaria colección fotográfica, sino que además, la elaboración de una exhaustiva planimetría perfectamente georeferenciada y escalada, tal y como se refleja en parte, de la publicación de la necrópolis en 1926.

Con motivo de la elaboración de esta interesante exposición, fue hallado en los fondos documentales del Archivo General de Andalucía, un único plano que representaba los

1. Acerca de todas las publicaciones referidas a Baelo Claudia, una completa recopilación en Rojas Pichardo, 2009: 37-51.

más de 1200 enterramientos que Bonsor documentó en la necrópolis oriental. Su extraordinario valor, no sólo reside en la gran técnica de dibujado que el inglés poseía. Hemos de tener en cuenta que el estado actual que presenta la necrópolis, en el sector más cercano a la playa corresponde a las intervenciones arqueológicas efectuadas en ella durante los años 60 y 70 del siglo XX, que pusieron al descubierto un pequeño número de enterramientos. La mayoría de los sepulcros que exhumó

Bonsor fueron vueltos a ocultar tras su documentación, de otros se ocupó el proceso natural de sedimentación, generando a día de hoy el completo desconocimiento en cuanto a su ubicación se refiere de estos sepulcros (Fig. 2).

La existencia de este plano va a permitir poder localizar todos estos sepulcros y, plantear los trabajos de reexcavación que pongan al descubierto gran parte de la necrópolis oriental, integrando así la necrópolis en el circuito de visitas del yacimiento, haciendo si cabe aún más comprensible, didáctica y espectacular la visita a *Baelo Claudia*.

Tipología de los sepulcros

Algunos sepulcros no han vuelto a ser documentados desde las intervenciones de Bonor, a quien y, gracias a su inestimable labor documental debemos su conocimiento. Tal es el caso de las inhumaciones infantiles en ánfora (Paris *et alii*, 1926: 86).

En cuanto a la incineración se refiere, el sepulcro quizás más simple y, numeroso documentado es la incineración depositada en urna o cofre de calcarenita fosilífera local. Se cavaba una fosa, donde a veces era practicada la incineración, haciendo las veces de ustrina, depositando los restos de la misma en el interior de la urna, con el ajuar correspondiente. El sepulcro suele ir acompañado de un pequeño “muñeco” o cipo funerario, sobre los que volveremos más tarde, y podía ir, o no, señalado el enterramiento al exterior. Estas urnas suelen formar parte de enterramientos individualizados o constituir parte de monumentos apareciendo en su interior. El contenedor cinerario presenta variaciones en urna cerámica y vidrio. Yendo esta última en el interior de un recipiente de plomo.

Durante las intervenciones arqueológicas que efectuara J. Bonsor fueron documentadas más de 300 de estas urnas de calcarenita.

Además de la existencia de otras pequeñas sepulturas, como es el caso de enterramientos constituidos por *tegulae* y teja en forma de tejadillo a dos aguas, la necrópolis



Fig. 2. Estado actual necrópolis oriental junto a la playa. Foto archivo Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*.

oriental se caracterizó por su monumentalidad en muchos de sus sepulcros. Así desde los más pequeños como las *cupa*, pequeño monumento de un origen más que probable norafricano, tratándose de una estructura semicilíndrica en mampostería, que iría en el exterior, señalizando la sepultura, bajo la cual se halla la incineración bajo el tejadillo en *tegula* a dos aguas.

Por otro lado encontramos los monumentos con estela, pequeñas construcciones cúbicas o paralelepípedas (Sillieres, 1997: 193) y los interesantes cercados de dos compartimentos, que como su nombre indica se trata de estructuras de planta rectangular, sin destacar en altura, cuyo interior y separadas por un pequeño vano va compartimentado en dos estancias, una de mayor tamaño que pudiera realizar las veces de *ustrina* y, la menor, con suelo de *opus signinum* y paredes revestidas de estuco policromado que contendría las urnas cinerarias (Fig. 3).

Algunos monumentos por otro lado competirían claramente en altura, como es el caso de los monumentos turriformes, de base cuadrangular y forma piramidal. En 1917, aún era posible observar los casi 6 metros de altura que conservaba el monumento turriforme conocido como “*Hornillo de Santa Catalina*”.

La espectacularidad monumental de la arquitectura funeraria belonense, además de por estos monumentos turriformes, que duda cabe, que vendría marcada por los grandes recintos y fundamentalmente los monumentos templos. Estos últimos tal y como su nombre indican, imitan la forma de un templo, creando usos al interior de la estructura. En *Baelo Claudia*, existieron varios ejemplos de este tipo de monumento, sin embargo el más espectacular se localiza a penas 40 m de la Puerta de *Carteia* con unas dimensiones conservadas en planta de 7 x 8 m (Fig. 4).

Los grandes recintos, son estructuras rectangulares, en cuyo interior además de contener numerosas incineraciones, comprende un lugar destinado a la liturgia, normalmente representado en un altar (Paris *et alii*, 1926: 64- 68).

Es muy probable que en *Baelo Claudia* persistiera el rito de la inhumación durante el siglo I d. C como fiel reflejo de las pervivencias culturales de la población local. En



Fig. 3. Monumento funerario. Cercado de dos compartimentos. Foto archivo Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia.



Fig. 4. Monumento funerario en las proximidades de la Puerta de Carteia. Foto archivo Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia.

cualquier caso, esta se impondrá de forma definitiva a finales del siglo II y principios del III d. C. Como resultado o no, de la llegada de una nueva religión, el cristianismo, las primeras inhumaciones serán construidas en la misma área sacra, invadiendo espacios e incluso al interior de monumentos funerarios anteriores. La colmatación del área sacra y la falta de espacio condicionarán una expansión del área sepulcral hacia el norte de la *Puerta de Carteia*, en este caso actuando la muralla de la ciudad como eje vertebrador de las sepulturas, impidiendo *a priori* una invasión del “espacio urbano” (Fig. 1).

Los tipos de enterramiento que destacan fundamentalmente son las *mensae*, cistas simples de sillarejo y los sarcófagos, con un abanico cronológico desde los siglos III a VII- VIII d. C (Arévalo *et alii*, 2006: 70).

Estudio arqueológico y comparativo del espacio funerario oriental de Baelo: factores endógenos y exógenos

En las últimas décadas se han experimentado numerosos avances en el estudio sobre el mundo funerario, tanto en aspectos conceptuales como metodológicos. Además, hay que tener en cuenta que las necrópolis configuran generalmente una de las fuentes más ricas para el conocimiento de las culturas de la Antigüedad. La época en la que la necrópolis oriental de la ciudad hispanorromana de *Baelo Claudia* fue excavada por parte de G. Bonsor fue anterior a la eclosión de dichos avances, por lo que no ha sido, hasta el momento, abordada aplicando las mencionadas novedades que, en el campo del mundo funerario romano, han sido muchas y muy significativas. A pesar de ello, hay que alabar la calidad y la rigurosidad de los trabajos llevados a cabo por Bonsor y Mergelina (Paris y Bonsor, 1926; Mergelina, 1927) de los que sus apreciaciones sobre la ritualidad funeraria, las cronologías o la sistematización tipológica de los monumentos funerarios siguen hoy, en gran medida, vigentes.

Desde el punto de vista metodológico, no se ha desarrollado por nosotros, hasta el momento, ningún método novedoso de excavación y registro. Hasta que se inicie un proyecto general de investigación nos hemos centrado en la reinterpretación de los datos ya conocidos y en la elaboración de una nueva planimetría —de momento parcial— propiciada por las labores de limpieza y musealización de las estructuras funerarias excavadas en esta necrópolis en la década de los años 20 y en la de los 70 del siglo XX y que habían sido cubiertas casi totalmente por el incesante avance dunar.

Las novedades, por tanto, han venido determinadas por la oportunidad, gracias a las mencionadas labores de limpieza y conservación, de poder estudiar la necrópolis oriental en su conjunto y poder precisar aspectos vinculados con su paisaje funerario y con su organización y ubicación a ambos lados de la llamada “Vía de *Carteia*”, siguiendo una disposición tradicional jalonando uno de los caminos principales de acceso y salida de la ciudad.

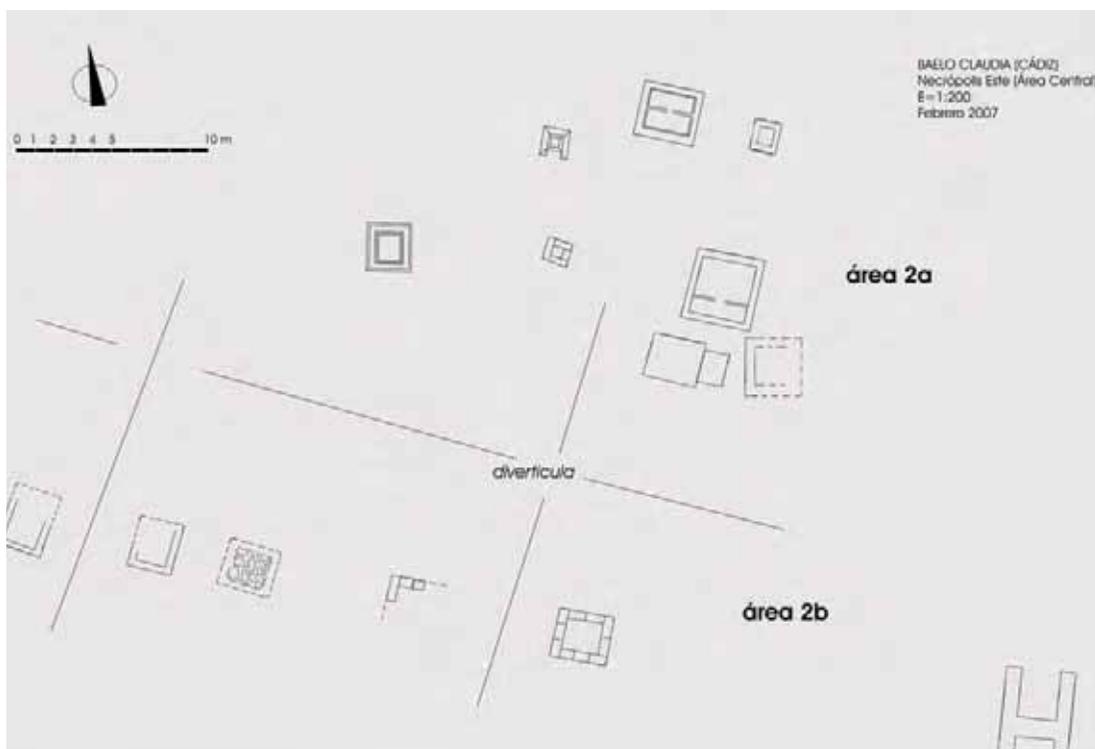


Fig. 5. Levantamiento planimétrico necrópolis oriental. Según Prados y García (2009).

La tarea más importante que se ha podido desarrollar ha sido la de la elaboración de una planimetría –parcial en el estado inicial de los trabajos, como se ha adelantado- de la necrópolis oriental en la que se han señalado, por vez primera, los enterramientos aún visibles de las primeras campañas arqueológicas dirigidas por Bonsor y Mergelina y las más recientes de M. del Amo (1969) y J. Remesal (en varias campañas en los años 1973 y 1974) dentro de un mismo conjunto, por lo que buena parte de las conclusiones aquí referidas proceden de la lectura que este nuevo material ha permitido realizar, al que sí hemos tratado de aplicar esos avances conceptuales aludidos (Fig. 5).

Entre estos avances están los de considerar el paisaje funerario de la necrópolis como un todo, dotado de un sentido unitario basado en su carácter especial, así como tratar de determinar un conjunto de espacios jerarquizados en los que se documentan diferentes modelos de enterramiento así como diversos elementos de tipo religioso-funerario que han provocado diferentes interpretaciones a lo largo de los años.

Por otra parte, al aproximarnos al estudio de las necrópolis baelonenses y sobre todo, como es el caso, a las de época altoimperial, hemos de abordar la cuestión de la perduración púnica, tan discutida para algunos (Vaquerizo, 2006). Sobre el tema de la influencia púnica en la ciudad que también se puede rastrear en algunos aspectos de la necrópolis, se ha trabajado mucho recientemente (Bendala, 2007; Jiménez, 2008; Prados, 2008; Prados y García, 2009). Sobre estas cuestiones M. Bendala ha planteado recientemente incluso una advocación, en el templo central (B) que preside el foro, al dios

Melkart/Hercules que debió tener un fuerte contenido de culto imperial subrayado con el tiempo y que fue flanqueado por el templo de Caelestis/Tinnit (templo C) y por el de otra divinidad desconocida, puede que Eshmun (templo A), a la izquierda, en virtud de la tendencia de las ciudades feniciopúnicas a promover esta clase de agrupaciones culturales. Los mejores ejemplos fuera de nuestra ciudad los proporcionan la tríada del foro de *Sufetula*, la actual Sbeitla (Túnez), o los tres templos situados en la cabecera del foro viejo de *Leptis Magna* (Libia), siempre en contextos con gran perduración religiosa y cultural púnica como son el *Tell tunecino* o la *Tripolitania* libia. Asimismo, la elección de la edificación de un templo dedicado a la divinidad oriental Isis, ubicado también en el frente monumental del foro, puede relacionarse con esa más que posible y arraigada influencia púnica. No sólo la ciudad y la necrópolis baelonense presentan rasgos inequívocos de una perduración púnica en el área de la Bética; también lo presentan la necrópolis romana de *Baria* (Villaricos, Almería), las de Cástulo (Linares, Jaén), las de Carmona (Sevilla) y las de Cádiz.

Resulta sorprendente cómo la ciudad de *Baelo* se adoptó, casi de forma canónica, a los requerimientos urbanísticos tradicionales, casi modélicos en lo concerniente a la proyección de postulados vitrubianos. Un análisis “de visu” de la planta de la ciudad sería suficiente para destacar su carácter romano, si bien, una lectura más detallada como la que se acaba de citar en el caso de los templos del foro basta para comenzar a observar ciertos criterios ideológicos “distintos”. En el caso de las necrópolis es diferente; aquí se observa, sin necesidad de entrar en detalle, ciertos aspectos que las alejan del patrón romano: los baelonenses se enterraron de acuerdo a sus ancestrales tradiciones, muestra de un conservadurismo religioso acorde con su carácter “especial” y muestra de su identidad. Una cuestión, tan habitual, por otro lado, en las ciudades romanas africanas de raigambre púnica o libiopúnica. Este carácter “especial” queda subrayado si observamos, además de los aspectos generales que mencionamos aquí, otros como la perduración de los rituales de cremación, la ausencia de cerámicas de importación —*sigillata*— dentro de los ajuares, las libaciones, la colocación de cipos o “muñecos” en el exterior de los sepulcros.

Sobre la necrópolis oriental, a falta de precisar más en los futuros estudios que se van a desarrollar, se observa cómo los enterramientos más antiguos, generalmente cremaciones (fechados desde época de Augusto) aparecen agrupados sin delimitar un paisaje funerario ordenado con vías funerarias o *diverticula* y se concentran en una zona de menores dimensiones que otros sepulcros de otras épocas que sí se reparten por un espacio bien planificado. Ya fue señalada por J. Remesal la agrupación de los distintos grupos de enterramientos en la necrópolis, si bien observada en función de la cronología (Remesal, 1979: 11). Este abigarramiento de los sepulcros recuerda a las necrópolis púnicas y a las primeras *afrorromanas* que mantuvieron la misma tradición religiosa en el *Africa Vetus* recién conquistada, es decir, el antiguo territorio nuclear de Cartago. Allí los cementerios se concentraron en puntos concretos, dentro de un espacio sagrado o *temenos*. Estas tumbas,

como parece suceder en el caso baelonense, no presentan señalización al exterior —para evitar violaciones, siguiendo el rito púnico— y tan sólo aparecen en el interior de un espacio visualmente delimitado por una pequeña cerca. También existen buenos paralelos en zonas más próximas, caso de *Tingis* o el Cabo Espartel en Marruecos.

Otro aspecto sobre el que se ha entrado con frecuencia para defender la influencia o la perduración cultural púnica es la de los célebres “muñecos” que aparecieron acompañando muchas de las tumbas de esta necrópolis. Sobre éstos, J. Remesal rechaza la asimilación con retratos funerarios de lo que él considera como “betilos”. Para este investigador, si se hubiese tratado de retratos funerarios a modo de *imagines maiorum* itálicas, todos ellos habrían tenido un carácter antropomorfo

del que muchos ejemplares carecen —y no se trata de una evolución en el estilo o cambios de moda, pues todos son de una misma época— (Fig. 6).

Remesal, pues, sigue a Bonsor en su interpretación, vinculando estas piezas con una “tradición prerromana influida por costumbres púnicas” (Remesal, 1979: 42) e interpretándolas como genios protectores relacionados con divinidades de ultratumba. Al respecto señala paralelos, por ejemplo, en lugares como la necrópolis de Puerta *Cesarea* en Tipasa (tan parecida a ésta oriental de *Baelo*) Tiddis, Volúbilis, Sétif y Cádiz, siempre en contextos culturales de tradición púnica. A pesar de los problemas para encontrar la divinidad que representan, sugiere una posible relación con cultos a Saturno o a una divinidad marina (todos se ubicaron mirando al mar) o quizá a alguna deidad del panteón púnico y recuerda que, según su opinión, uno de los ejemplares encontrados en la intervención de 1973 pudo tener un carácter fálico que se puede asociar a una creencia en la vida futura (Remesal, 1979: 42-44).

Por otro lado, D. Vaquerizo plantea la hipótesis de que estas piezas sí intentaron evocar la imagen del difunto. Es posible, para este investigador, que aunque presenten un alto componente norteafricano en cuanto a su estilo y ejecución material —no cabe duda de que muchas presentan rasgos negroides similares a las de las máscaras funerarias como mencionaremos más adelante—, son similares en concepto a las estelas y retratos documentados en algunas necrópolis itálicas (Vaquerizo, 2006: 351-352 y nota 97). Otra hipótesis se suma y



Fig. 6. “Muñeco” o cipo funerario.

abre la interpretación; se trata del análisis más completo realizado hasta hoy sobre los cultos betílicos en suelo hispano. En él, I. Seco postula que los llamados “cipos de *Baelo*” tampoco pueden ser identificados como betilos en sentido estricto, ya que este término engloba las piedras no alteradas por la mano del hombre o talladas en forma cónica, cuadrangular, ovoidea, troncocónica o estiliforme, en las que, según la creencia oriental, residía la divinidad y a las que se rendía culto mediante una serie de rituales de carácter muy específico (Seco, 2003: 204).

Más recientemente, para A. Jiménez, a la dificultad para encontrar un término aceptable para estas representaciones se une el carácter de *unicum* que presenta este conjunto de esculturas en el panorama de la arqueología peninsular. No cabe duda de que *Baelo Claudia* continúa siendo un caso totalmente excepcional por el número hallado de tallas. Es un fenómeno que, en opinión de A. Jiménez, debe interpretarse dentro del marco local —y geográfico— de la ciudad que le dio forma, tanto por cuestiones cronológicas como rituales (Jiménez, 2007; *idem*, 2008: 212 y ss.).

En opinión de esta autora, lo que denomina como “cipos” (Jiménez, 2008: 218 y nota 113) son el producto de una recreación muy particular de tradiciones locales, romanas y púnicas en la que muy posiblemente confluyeron el culto a los ancestros entendidos como entes más o menos indiferenciados y la idea de la piedra como casa del alma, a la que se podía ofrecer libaciones.

El principal problema que plantea esta interesante aseveración radica en la teórica vinculación con la tradición local indígena, aún hoy desconocida por lo que toman fuerza los factores exógenos, más africanos que itálicos a nuestro parecer. De todas formas, los estudios que recientemente han retomado los aquí firmantes junto con especialistas de la Casa de Velázquez y la Université de Toulouse (Francia) en el cercano *oppidum* de la Silla del Papa, ocupado desde el s. VIII a.n.e. y abandonado, según se desprende de los primeros datos obtenidos, en el momento de la fundación de la ciudad de *Baelo* (Moret *et alii*, 2007; Moret *et alii*, 2008) pueden dar luz sobre este aspecto crucial del poblamiento antiguo —prerromano— de la Ensenada de Bolonia y despejar dudas sobre el sustrato indígena. En esa misma línea se plantea un nuevo proyecto de investigación a desarrollar en la necrópolis en los próximos meses a través del que esperamos dar respuesta a muchas de las dudas aquí planteadas.

Para concluir y, sin ánimo de sumar una interpretación más a la lista de las existentes sobre los “cipos” baelonenses, queremos de nuevo remarcar su carácter apotropaico, similar al que tuvieron las máscaras de terracota y las cáscaras de huevo pintadas en los ambientes funerarios púnicos, con las que comparten similar estilo —por los rasgos negroides— y que fueron ubicadas para evitar el mal de ojo o ahuyentar los malos espíritus. De hecho, al estar orientados hacia el océano se acentúa su valor de genio protector contra las tempestades o las catástrofes marinas que debieron afectar directamente a la necrópolis, las mismas que han sido documentadas en esa misma fecha (siglo I d.C.) en la

zona caso del *tsunami* que azotó el complejo alfarero de Villa Victoria-Carteia (Arteaga y González, 2004) o simplemente contra los peligros del mar, de gran trascendencia y siempre presentes en la mentalidad de una sociedad cuya forma de vida se basó, fundamentalmente, en la pesca.

En cualquier caso, lo más probable es que lo que señalan los “muñecos” de *Baelo* sea el reflejo de una sociedad tremendamente heterogénea culturalmente, ya que muestran rituales propios de una población abierta a influencias de distinta intensidad, con un importante sustrato cultural propio turdetano que recibió, desde tiempos remotos, influencias africanas de génesis púnica y posteriormente itálicas. El resultado se puede observar en diversos aspectos tales como la perpetuación de un dialecto neopúnico empleado aún tras la conquista romana que se plasma, por ejemplo, en las amonedaciones arcaicas de la ciudad (con leyenda “Bailo” en neopúnico y con iconografía similar a la del norte de África) o en la conservación de ciertas instituciones de carácter administrativo.

Asimismo, hay que tener en cuenta la perduración de señalización de tumbas con pequeños altares con betilo o “altares columna” en necrópolis romanas con una fuerte subsistencia cultural púnica caso de las de Volúbilis en Marruecos (Ponsich, 1966, fig. 83) o Tipasa en Argelia (Lancel, 1970, 187 y fig. 40bis) que pueden citarse como buenos paralelos del ejemplo que aquí se presenta.

Niveles de jerarquización social

Una de las cuestiones a valorar es la de la disposición de sepulturas en distintos sectores separados por espacios estériles, al menos para las que se pueden agrupar dentro de una cronología *claudia* (es cierto que si se observa la planimetría general, que mezcla sepulcros de varias épocas, apenas se pueden observar espacios vacíos). Dicho fenómeno pudo responder a patrones espaciales o de jerarquización y pudo plasmar ciertas conductas socio-familiares. La ubicación jerarquizada de los sepulcros, en función de su mayor o menor cercanía a la ciudad o a la vía principal de comunicación, puede mostrar, con probabilidad, el reflejo *post mortem* de unidades gentilicias o familiares —quizás étnico-identitarias—, que pudieron constituir el sistema de agrupamiento tradicional de los habitantes de *Baelo Claudia* en ese periodo, el mejor conocido por otro lado.

¿De qué naturaleza son las diferencias que reflejan la jerarquización de asentamiento, unido a las diferencias apreciables en el ritual funerario? Conviene señalar que las variedades de sistemas de enterramiento observable en las necrópolis: ritual, tipo de tumbas, niveles de riqueza y presencia de símbolos de estatus o rango, no tienen una misma lectura, de forma que se entra a discutir si en la muerte se mantienen los mismos niveles de diferenciación social que en la vida y cómo se expresan éstos en el registro funerario. La inversión del trabajo en la construcción de grandes monumentos funerarios, los ritos y

la introducción de objetos como ajuares que requieren una elaboración compleja o impliquen el uso de materias primas exóticas, son considerados como indicadores de estatus diferenciados, sobre todo desde una perspectiva interna de las propias necrópolis o de las áreas locales. A partir de la valoración de estas premisas es como se ha realizado la clasificación que aquí se presenta.

Las diferencias sociales y económicas de la sociedad hispanorromana quedan perfectamente reflejadas en las necrópolis y en sus distintos tipos de enterramientos. El área sacra es la misma para todos pero su ubicación dentro de ésta y el tipo de monumento a erigir variarían notoriamente en función del poder adquisitivo. En el mundo romano, la elección del tipo de sepultura dependía, además de la tradición y de las creencias particulares, de la capacidad adquisitiva, de la moda, así como de la destreza de los arquitectos. La representación y el prestigio social derivado de la construcción se podía conseguir a partir de la posición y superficie del terreno destinado para el sepulcro, de los materiales empleados en la construcción del mismo (tanto en función de la cantidad como de la riqueza de los mismos) de los ajuares y de la magnificencia de los ritos que se celebrasen tanto en el momento del enterramiento como durante las conmemoraciones posteriores. Según se ha dicho, los romanos siempre hubiesen querido hacer destacar su tumba en altura, por encima de todas las demás, razón ésta por la que se explica la amplia difusión de los monumentos elevados sobre grandes podios (Von Hesberg, 1994).

La construcción de algunos monumentos funerarios fue encargada a ciertos arquitectos que, probablemente, mostraban a los adquirientes varios proyectos constructivos de entre los que éstos elegían los más apropiados o los que más se ajustaban a sus necesidades o a su poder adquisitivo. Las tumbas monumentales romanas se ubicaron en las partes más destacadas de las necrópolis, formando parte del “paisaje funerario” o jalonando los caminos y vías de acceso a las principales ciudades; pero los mausoleos de los que venimos hablando se ubicaron, como los púnicos anteriores, en zonas aisladas, elevadas, junto a las principales vías de comunicación o en las cabeceras de cursos fluviales, por lo que no formaron en caso alguno parte de “paisajes funerarios”.

No cabe duda, pues, de que fueron hitos en el paisaje empleados para el control ideológico y efectivo del territorio manteniendo sus connotaciones funerarias. Los monumentos de carácter turriforme parece que fueron muy abundantes en la necrópolis este de *Baelo Claudia*. Hoy en día pueden apreciarse los restos en planta de varios de estos perfectamente alineados en lo que parece ser una vía *sepulcralis* de la necrópolis (Fig. 6). Aún en 1926 era posible apreciar los casi 6 metros de altura conservados de uno de estos monumentos, conocido como “Hornillo de Santa Catalina”. Actualmente se encuentra casi completamente destruido conservando apenas un alzado de 1,5 mts.

En torno al cambio de Era, se empieza a observar, por primera vez, una articulación del espacio funerario característicamente romana (en torno a las vías que abandonaban la ciudad y en recintos que parcelan el terreno dedicado a estos fines), la aparición de nece-

sidades antes inexistentes como la identificación nominal de las sepulturas a través de los epígrafes de las lápidas funerarias o el empleo de monumentos que presentan tipologías similares a los que podemos encontrar en Italia. El problema principal que esta cuestión, casi una norma para el resto de las provincias del Imperio, no sirve en algunos lugares donde se detecta una clara perduración cultural e ideológica púnica, caso de las necrópolis de Sabratha, en Libia, o, mucho más cerca, en Carmona o la propia *Baelo Claudia*. Una vez analizados los monumentos funerarios, se puede observar la existencia de, al menos, tres niveles de jerarquización en el paisaje funerario de la necrópolis, que pueden tener correspondencia con la propia estructuración social, en función de la monumentalización arquitectónica, de la riqueza de los ajuares exhumados y de su posición respecto a la vía principal de comunicación (Fig. 4):

Nivel 1: Se trata de los ricos mausoleos ubicados junto a la puerta de *Carteia*, que son los que tienen un mayor tamaño y complejidad arquitectónica, que fácilmente se pueden vincular a la elite urbana que reside en la ciudad y que ocupó los cargos más importantes de la administración municipal.

Nivel 2-A: Sepulcros ubicados junto a la vía de *Carteia*, en los que se distingue un espacio funerario no jerarquizado donde las tumbas de mayor y menor riqueza se ubican unas junto a otras desordenadamente. Es en este nivel donde se observa el “patrón funerario púnico”, siendo además donde aparecen masivamente los “muñecos” o cipos. Se trata de un conjunto de tumbas que se han fechado por Remesal en época claudia. Destaca, pues, la cronología “tardía” de un conjunto de sepulcros que remiten culturalmente y desde el punto de vista del ritual a fases más antiguas o arcaicas. En este sentido, el conservadurismo religioso/ideológico debió ser, sin lugar a dudas, una de las señas de identidad de la ciudad hispanorromana baelonense.

Nivel 2-B: Sepulcros ubicados junto a la playa, ya en un segundo término. En la zona más alejada de la vía de acceso, aparecen unos edificios que responden a patrones arquitectónicos de tipo itálico, posiblemente más tardíos (finales s. I - principios del II) Aquí sí se observa la existencia de una organización y una jerarquización del espacio funerario, respondiendo a nuevos criterios, que muy posiblemente ya están instaurados en el marco de las relaciones sociales de la ciudad. Los nuevos edificios responden al modelo del templo funerario, generando espacios arquitectónicos internos y se encuentran organizados en *diverticula* o calles, presentando, además, unas dimensiones “*in fronte*” e “*in agger*” similares (es decir, con unas medidas tanto de fachada como de fondo casi idénticas).

Conclusiones

Es fundamental tener en cuenta la importancia del registro arqueológico funerario como fuente de investigación histórica si bien hay que tener presente los problemas metodológicos (tales como la falta de publicación, de estudio de materiales o de pérdida de datos necesarios tras las excavaciones antiguas) así como los cronológicos (no hay rastro de los enterramientos republicanos que podrían dar la solución al tema de la probable influencia púnica). Hay que partir de un hecho tan obvio como a menudo soslayado: se trata de las necrópolis de una ciudad inicialmente no romana, sino púnica —o inscrita en un paisaje cultural púnico—, aunque su “romanización” fue tan paulatina y continua como evidente. Como se ha señalado recientemente, resultan sorprendentes las concomitancias con centros urbanos norteafricanos a la hora de adaptar y modificar, según conveniencia, diversos aspectos clásicos tomados generalmente como “indicadores de romanidad” (Jiménez, 2008: 248).

Baelo Claudia, pues, experimentó un proceso urbanístico bastante repetido, según el cual el núcleo urbano originario, situado con bastante probabilidad en un lugar alto del interior, puede que en el *oppidum* de “la Silla del Papa” objeto actual de estudio por un equipo científico internacional del que formamos parte (Moret *et alii*, 2008) se trasladó a la costa para convertir en centro urbano principal lo que en principio debió de ser un pequeño asentamiento costero y portuario dedicado a la pesca y las salazones estructurado según las pautas urbanísticas romanas (Bendala, 2007).

El cambio urbanístico no significó, sin embargo, que la ciudad dejara de ser, cultural y jurídicamente, una ciudad púnica, que se perpetuaba como tal en el nombre púnico que mantenía —*Baelo*—, y se expresaba de manera clara en aspectos fundamentales como sus propias monedas, de patrón e iconografía púnicas y con la indicación en neopúnico, junto a la versión latinizada, del nombre de la ciudad. Como ciudad quedó englobada en el seno del Imperio romano e inmersa en un proceso de progresiva intervención de elites itálicas o romanas, que comenzaron a ocupar paulatinamente las necrópolis (área 2-B).

La presencia de estas élites se puede entender por la importancia de la ciudad en el control de un sector estratégico principal en la pujante economía del Imperio, el representado por la pesca y las industrias del pescado. Quizá a partir de Augusto adquirió la ciudad los privilegios del derecho latino, como *oppidum latinum*, y la plena ciudadanía, como *municipium civium romanorum*, desde época de Claudio, según acreditan los pocos epígrafes hallados en la ciudad. Pero es su carácter de ciudad púnica, progresivamente romanizada jurídica y culturalmente, el que ha de tenerse en cuenta para estudiar su centro cívico y religioso, como ha señalado muy recientemente el profesor Bendala, de igual forma que sus necrópolis, buena muestra de ese mismo carácter inicial.

También hemos de tener en cuenta el gran desconocimiento, en general, del mundo funerario de época republicana que, sin lugar a dudas, daría luz sobre el discutido tema de

las perduraciones púnicas en el marco del mundo funerario romano del mediodía peninsular. Sí se han detectado manifestaciones relacionadas con la matriz púnica en contextos funerarios béticos como los de *Carissa Aurelia*, *Carmo*, quizás *Corduba* y, por supuesto, *Baelo Claudia* (García-Bellido y Blázquez, 2001), si bien se trata éste de un aspecto que se encuentra en el centro de una interesante discusión científica (Vaquerizo, 2006: 319). Se trata de una manifestación de etnicidad la aparición de estos elementos en periodos en los que muchos de estos centros urbanos están desarrollando programas de monumentalización en los que las élites locales parecen tener un papel preponderante, con tanta intensidad como las que llegaron de fuera, incluso de la misma Italia.

Evidentemente no contamos con los datos suficientes aún como para poder establecer una relación directa entre los distintos niveles de jerarquización de la necrópolis y el carácter étnico de la población de *Baelo*, si bien tampoco nos parece una hipótesis descabellada. En cualquier caso, no se trata de un hecho aislado: la perduración púnica también es visible en otras necrópolis romanas ubicadas en lugares de gran tradición púnica como *Baria* (Villaricos, Almería) o la propia ciudad de Cádiz. La continuación de nuestros trabajos en los próximos meses nos pondrá en disposición —así lo esperamos— de dar una respuesta a esta trascendental cuestión.

En esos trabajos se prevé la actualización y cotejo de los datos provenientes de las intervenciones antiguas de cara a sistematizar la información y la documentación acumulada. También la realización de un estudio tipológico y tecnológico de los monumentos funerarios a través de la realización de dibujos, fotoplanos y fotogrametría, así como el análisis y descripción paramental de las estructuras conservadas en alzado. Entre estas labores “no agresivas” se han proyectado también la realización de dibujos y recogida de documentación para la realización de propuestas de reconstrucción virtual en 3-D.

Todas estas labores permitirán la definición de espacios y usos funerarios y la determinación de potenciales áreas de jerarquización social —y puede que cultural o étnica—, como se ha ido viendo. Con estas definiciones se podrán conocer las costumbres y las creencias o prácticas religiosas, observar y estudiar la riqueza de los sepulcros y los ajuares o elementos rituales, además de tratar de definir aquellos pertenecientes a las primeras fases de ocupación de la ciudad a finales del siglo II a.n.e. Por otra parte, la adecuada actuación permitirá la definición de las diferentes identidades y la existencia de la tradición indígena turdetana y los potenciales aportes de elementos demográficos púnico-africanos en primer lugar o itálicos después. A este respecto, se plantea la posibilidad de la realización de estudios analíticos de paleodietas así como los de antropología forense con los datos provenientes de las nuevas excavaciones ya en un segundo momento de desarrollo del proyecto. Entre estos nuevos análisis se podrán incluir los osteológicos y antropológicos físicos, así como los de polimorfismo genético tanto para establecer relaciones de parentesco como para agrupar individuos a partir de su genotipo. Los resultados de estos análisis serán clave a la hora de tratar de realizar una correlación

entre la distribución de perfiles genéticos y la organización espacial de la necrópolis, ofreciendo datos de gran interés.

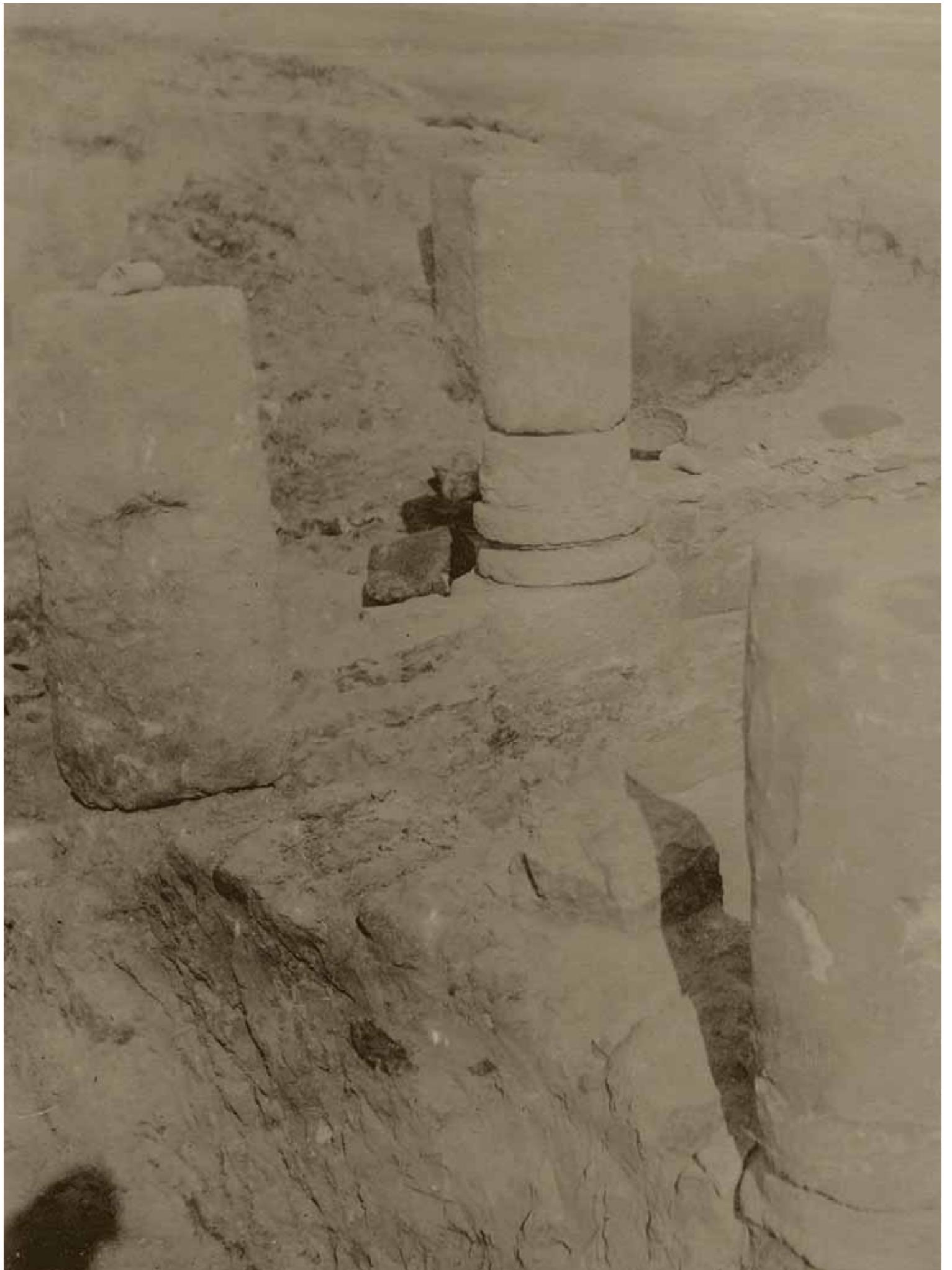
Estos estudios podrán ser cotejados con los trabajos arqueológicos de cara a intentar reconstruir las identidades étnicas de los habitantes de *Baelo Claudia* en época Tardorrepública y Altoimperial y observar la evolución, en estas fases, de la población indígena y la interrelación de ésta con los aportes africanos, precisamente esos mismos contactos, tan habituales que se desprenden de la lectura de las fuentes textuales que aluden a la ciudad de *Baelo*: “...tras Mellaria están la ciudad y el río de Belon. Habitualmente se embarca aquí para pasar a Tingis, de la Marusia, y tiene también mercado y salazones.”

Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, M. (1982): “Nota sobre la seriación de las urnas de la Necrópolis S.E. de Baelo”. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XVIII/1: 419-426. Madrid
- ARÉVALO, A., BERNAL, D., MUÑOZ, A., GARCÍA, I., MACÍAS, M. (2006): “El mundo funerario tardorromano en *Baelo Claudia*. Novedades de las intervenciones arqueológicas del 2005 en la muralla oriental”. Espacios y usos funerarios en la Ciudad Histórica. *Anales de Arqueología Cordobesa*. 17 vol. II: 61- 84.
- ARTEAGA, C., y GONZÁLEZ, J.A., (2004): “Presencia de materiales marinos y dunares sobre un alfar romano en la Bahía de Algeciras (Cádiz, España)”. *Contribuciones Recientes en Geomorfo-logía. VIII Reunión Nacional de Geomorfología*: 393-400. Universidad de Castilla-La Mancha. Toledo.
- BARADEZ, J.
— (1968): “Les nécropoles de Tipasa : tombes du cimetière occidental côtier”. *Antiquités Africaines*, t. 2: 77-93.
— (1969): “Nécropole orientale côtière de Tipasa de Maurétanie”. *Antiquités Africaines*, t. 3: 83-113.
- BENDALA GALÁN, M.
— (1976): *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*. 2 Vols. Sevilla.
— (1982): “La perduración púnica en los tiempos romanos: el caso de Carmo” *Huelva Arqueológica*, 6. *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales*: 193-203. Huelva
— (2002): “Perduraciones y romanización en Hispania a la luz de la arqueología funeraria. Notas para una discusión”. *Archivo Español de Arqueología*, 75: 137-158. Madrid.
— (2005): “Urbanismo y romanización en el territorio andaluz: aportaciones a un debate en curso”, *Mainake*, XXVII: 9-32. Málaga.
— (2007): “Hispania/España: un Oriente en Occidente”. *Homenaje a la Profesora M.R. Lucas Pellicer*, *Boletín de la Asociación Española de amigos de la Arqueología*, Madrid.
- BOURGEOIX, A. y DEL AMO, M. (1970): “Chronique. La quatrième campagne de fouilles à Belo-Bolonia (province de Cadix) en 1969”. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VI: 465- 480.

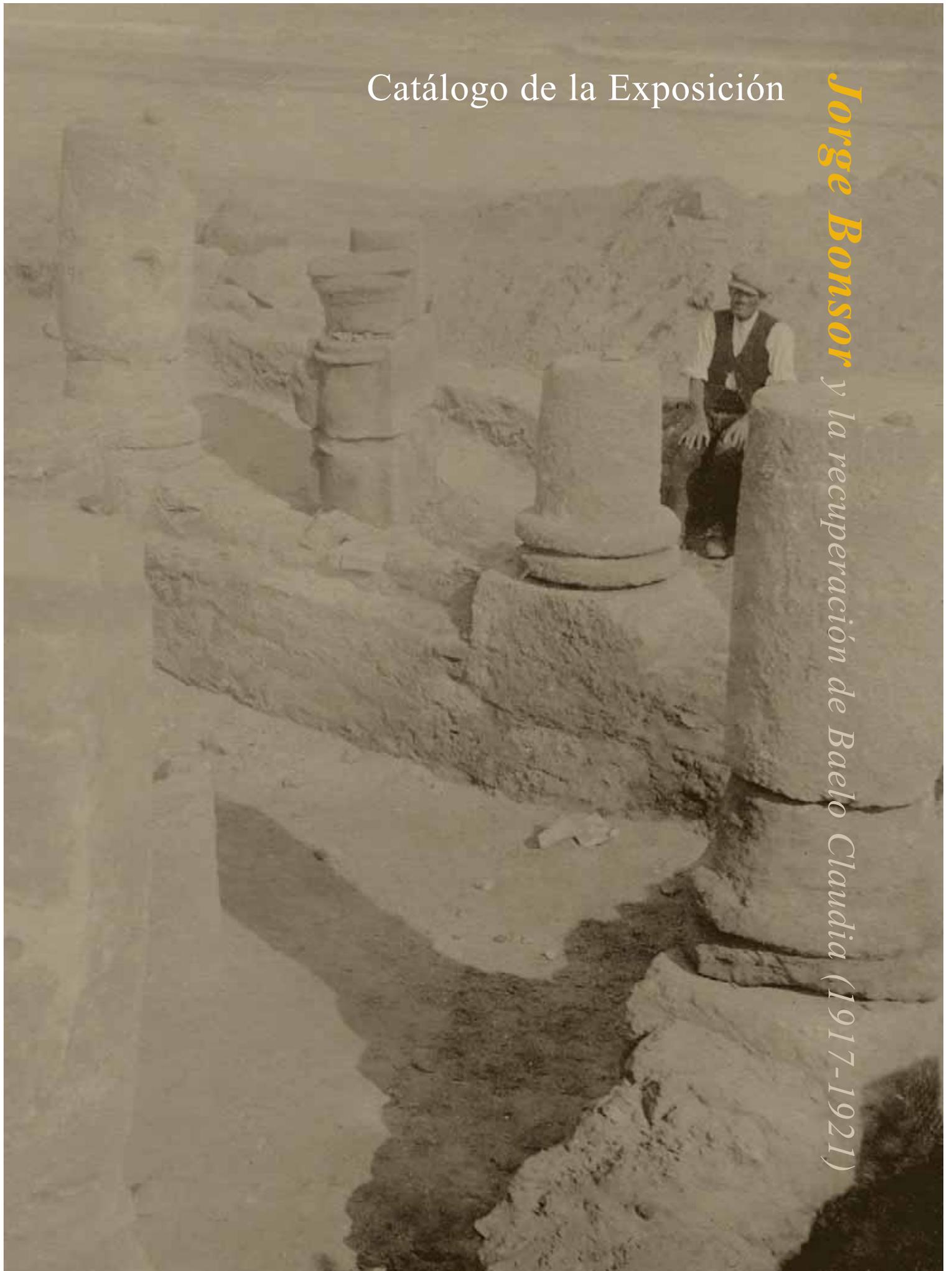
- CINTAS, P. (1948): “Fouilles puniques à Tipasa”. *Revue Africaine*, 92: 263-330.
- FURGUS, J.
 — (1907): “Les ruines de Belon, province de Cádiz (Espagne)” En *Annales de la Société Archéologique de Bruxelles*, XXI: 149- 160.
 — (1908): “Antigüedades romanas en la costa de gaditana”. *Razón y Fe*, XXI, 2: 205- 217.
- GARCÍA JIMÉNEZ, I. (2008): “Una aproximación al mundo funerario de *Baelo Claudia*”. En *Vida y muerte en la historia de Cádiz. Coord. Científicos Javier Guzmán y Vicente Castañeda*: 103-124. Cemabasa. Cádiz.
- GARCÍA y BELLIDO, A. y NONY, D. (1969): “Les fouilles de la Casa de Velázquez à Belo-Bolonia (Cádiz) en 1968”, *Mélanges de la Casa de Velázquez V*: 465-478.
- HESBERG, H. von (1994): *Monumenta. I sepolcri romani e la loro architettura*. Milano.
- JIMÉNEZ DÍEZ, A.
 — (2007): “Culto a los ancestros en época romana. Los cipos funerarios de la necrópolis de Baelo Claudia”. *Archivo Español de Arqueología*, 80, 2007: 75-106.
 — (2008): *Imágenes Híbridae. Una aproximación postcolonialista al estudio de las necrópolis de la Bética*. Anejos de AEspA XLIII. Madrid.
- LANCEL, S. (1970): “Tipasitana IV: la Nécropole romaine occidentale de la porte de Césarée, Rapport préliminaire”. *Bulletin Archéologique Algerien*, t. IV: 149-266.
- MERGELINA, C. (1927): La necrópoli Hispano-Romana de Baelo, «*Actas y Memorias*» de la *Sociedad Española de Antropología Etnografía y Prehistoria*, tomo VI, 1927, Mem. LIV.
- MORET, P.; MUÑOZ, Á.; GARCÍA, I. y PRADOS, F.
 — (2008): “El *oppidum* de la Silla del Papa (Tarifa, Cádiz) y los orígenes de *Baelo Claudia*”. *Aljaranda*, 68: 2-8. Tarifa.
 — (2008): “La Silla del Papa (Tarifa, Cadix): aux origines de *Baelo Claudia*.” *Chronique d’archéologie. Mélanges de la Casa de Velázquez*. Tome 38- 1: 353- 367.
- PARIS, P.; BONSOR, G.; LAUMONIER, A.; RICARD, R. y MERGELINA, C. de (1926): *Fouilles de Belo (Bolonia, province de Cádiz, 1917-1921). II. La Nécropole*. Bourdeaux.
- PRADOS MARTÍNEZ, F.
 — (2005): “Memoria del Poder. Los monumentos funerarios ibéricos en el contexto de la arquitectura púnico-helenística”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, n° 28-29 (2002-2003): 203-226. Madrid.
 — (2008): *Arquitectura Púnica. Los monumentos funerarios*. Anejos de AEspA, XLIV. Madrid.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. y GARCÍA JIMÉNEZ, I. (2009): “Aproximación al paisaje funerario de la necrópolis oriental de *Baelo Claudia* (Tarifa, Cádiz). *Aljaranda*. Revista de estudios tarifeños. N° 72: 4-12. Ayto. de Tarifa.
- PONSICH, M. (1966): “Cippe funéraire à Volubilis”. *Bulletin d’Archéologie Marocaine*, 6: 470-472.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1979): La necrópolis sureste de *Baelo*. *Excavaciones Arqueológicas en España 104*. Madrid.

- RODRÍGUEZ OLIVA, P. (2002): “Talleres locales de urnas cinerarias y de sarcófagos en la Provincia Hispania Ulterior Baetica”. *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*. Córdoba.
- ROJAS PICHARDO, F. (2009): “Bibliografía para el conocimiento de la ciudad hispanorromana de *Baelo Claudia*”. *Aljaranda*. Revista de estudios tarifeños: 37-51. Tarifa.
- SECO SERRA, I. (2003): *Piedras con Alma. El Betilismo en el Mundo Antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- SILLIÈRES, P. (1997): *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*. Madrid.
- VAQUERIZO, D.
- (2001): *Funus Cordubensium. Costumbres funerarias en la Córdoba Romana*, Córdoba.
- (2002) (Ed.): *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano. Actas del Congreso Internacional*, 2 Vols. Córdoba.
- (2006): “Sobre la tradición púnica, o los influjos norteafricanos, en algunas manifestaciones arqueológicas del mundo funerario hispano-bético de época pleno imperial. Una revisión crítica”. *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo. Homenaje a la profesora Pilar León Alonso*: 317-363. Córdoba.



Catálogo de la Exposición

Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921)



Jorge Bonsor (1855, Lille-1930, Mairena del Alcor).

El artista y el arqueólogo

De madre francesa y padre inglés, con una sólida formación académica en Bellas Artes y un impresionante bagaje cultural, atesorado en sus viajes por los principales centros culturales europeos, Jorge Bonsor llegó a Andalucía en 1880 con el objetivo de encontrar temas de inspiración para su recién iniciada carrera de pintor. Sólo unos meses en Carmona bastaron para que se sintiera atraído por el enorme patrimonio arqueológico de la zona y decidiera, como él mismo reconoce, consagrar su vida a la arqueología.

Arqueólogo, pintor, dibujante, fotógrafo y coleccionista, conseguirá un merecido prestigio en el ámbito de la arqueología prehistórica e hispanorromana gracias a sus exploraciones en el valle del Guadalquivir, la necrópolis romana de Carmona, los yacimientos de Los Alcores, las británicas islas Scilly o en *Baelo Claudia*, la *Pompeya* andaluza según él mismo la definió. Así, su principal aportación a la documentación arqueológica es la que procede del uso de la fotografía y del dibujo como formas de registro gráfico del trabajo de campo.

No obstante, Jorge Bonsor siguió considerándose siempre un artista, y así lo refleja en la profesión de su pasaporte, lo que le hizo convertirse de manera pionera en una suerte de artista-arqueólogo. Prueba de ello es el indudable interés estético que persigue en los dibujos y fotografías que realizó en Bolonia durante las campañas de excavación de 1917 a 1921, y que va más allá de la pura observación arqueológica.

1 Jorge Bonsor con su primo Ralph Batley, ca. 1890. Carmona



Fotografía. b/n . Negativo en placa de vidrio.
Gelatinobromuro. 18 x 13 cms.
Archivo General de Andalucía, fot. 7982.

Jorge Bonsor, desde que establece su residencia en Carmona (Sevilla), seguirá manteniendo frecuentes contactos con su familia, tanto paterna como materna. En este caso recibe la visita de su primo Ralph Batley, con el que aparece en la imagen en una pose fotográfica muy al estilo de los viajeros ingleses del siglo XIX.

2 Jorge Bonsor Saint-Martin. ca. 1900



Fotografía. b/n . Negativo en placa de vidrio.
Gelatinobromuro. 18 x 13 cms.
Archivo General de Andalucía, fot. 8010.

Retrato de estudio de Jorge Bonsor alrededor del año 1900, cuando se encontraba en su madurez como arqueólogo tras los trabajos en el valle del Guadalquivir y la excavación e inauguración al público del Museo y la Necrópolis Romana de Carmona. Por estas fechas llevará a cabo las campañas en las Islas Scilly y la exploración de Los Alcores.

3 Jorge Bonsor con parte de su familia inglesa ante la residencia de los Batley, en Seaborough Court, ca. 1890. Seaborough Court, Crewkerne, Somerset (Inglaterra).



Fotografía. b/n . Negativo en placa de vidrio. Gelatinobromuro. 13 x 18 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 7995.

Jorge Bonsor, el primero sentado por la izquierda, emparentó con los Batley a través del segundo matrimonio de su padre, James Bonsor, con los que pasó los primeros años de su infancia tras la prematura muerte de su madre. A lo largo de su vida mantuvo una estrecha relación con los miembros de la familia, a la que visitó en su residencia en varias ocasiones.

4 Dibujos para el trabajo de Jorge Bonsor "Las fisonomías"



Manuscrito. Papel. 59 p.
Archivo General de Andalucía, legajo 10, p. 4.

Estudio de Jorge Bonsor, probablemente de su etapa de formación en Londres, sobre las fisonomías en la pintura. Aquí aparecen comentados dibujos de Bonsor sobre originales de Rafael y Miguel Ángel.

Tras su paso por diversos centros educativos europeos, el joven Bonsor orientó su vocación hacia las Bellas Artes, primero en Londres y luego en la Real Academia de Bellas Artes de Bruselas, donde recibió una mención como artista-arqueólogo, algo frecuente en una época en la que Bellas Artes y Arqueología estaban muy vinculadas a través de las estructuras académicas.

Esta formación le serviría en su breve carrera como pintor, y fundamentalmente en la obtención de una pericia en el dibujo técnico que será fundamental en el registro de sus investigaciones arqueológicas.

5 Pasaporte de Jorge Bonsor. Sevilla, 2 de febrero de 1923

DESCRIPTION SIGNALEMENT		Wife - Femme	
Profession Profession	Artist - Artiste		
Place and date of birth	Sevilla, Spain	Carmona	
Date of date de naissance	20 Mar 1855	Oct 17, 1862	
Domicile	El Castillo Mairena del Alcor		
Domicile	Seville, Spain		
Height Taille	5 ft 6 in	5 ft 3 in	
Color of eyes Couleur des yeux	Brown	Blue	
Color of hair Couleur de cheveux	White	Grey	
Special particularities Signes particuliers			
CHILDREN - ENFANTS			
Name Nom	Age Age	Sex Sexe	

PHOTOGRAPH OF BEARER

WIFE FEMME

Jorge Bonsor

Archivo General de Andalucía, legajo 9, p. 5.

Pasaporte de Jorge Bonsor y su esposa, Gracia Bonsor (Sánchez Trigueros), expedido por el cónsul británico en Sevilla. En el apartado de la profesión del titular aparece "artista arqueólogo" dualidad que nunca abandonó a lo largo de su vida.

6 Certificado de matrimonio de Jorge Bonsor y Gracia Sánchez Trigueros. Cádiz, 14 de marzo de 1907

- 14th March 1907 -

British Consul's District of Cádiz							
1907 Marriage solemnized at the British Consulate, Cádiz							
No.	Wife Married	Name and Surname	Age	Condition	Rank or Profession	Domicile at the time of Marriage	Father's Name and Profession
3	Mrs. Bonsor 14th March 1907	George Edward Bonsor	51	Single	Engineer	Carmona	John Bonsor Engineer
	Gracia Sanchez y Trigueros	43	Single	—	—	Carmona	Manuel Sanchez y Trigueros Registrar Land & Water
Married in the British Consulate according to the provisions of the Foreign Marriage Act, 1892, by me							
This Marriage was solemnized between		George Edward Bonsor	in the presence of		Arthur Heyser	Arthur Heyser	
Gracia Sanchez y Trigueros		in the presence of		Ronald Calvert	R. B. M. Heyser		
I, Arthur Heyser, Her Britannic Majesty's Consul, Cádiz, residing at Cádiz, do hereby certify that this is a true copy of the Entry of the Marriage of George Edward Bonsor and Gracia Sanchez y Trigueros entered in the Register Book of Marriages kept at this Consulate.							
Witness my Hand and Seal this fourteenth day of March 1907.							

10/- Stamp

1 h. 12 x 30 cms.

Archivo General de Andalucía, legajo 9, p. 5.

Unos días después de su matrimonio religioso en Carmona, Jorge Bonsor se casaba en el Consulado Británico de Cádiz con Gracia Sánchez Trigueros, hija de un buen amigo y a quien conocía desde su llegada a Carmona. Establecieron su residencia en el Castillo de Mairena del Alcor. Tras el fallecimiento de su esposa en 1925, año trágico para Bonsor por la muerte también de su amigo Juan Fernández López, se casa en segundas nupcias con Dolores Simó Ruíz en 1927.

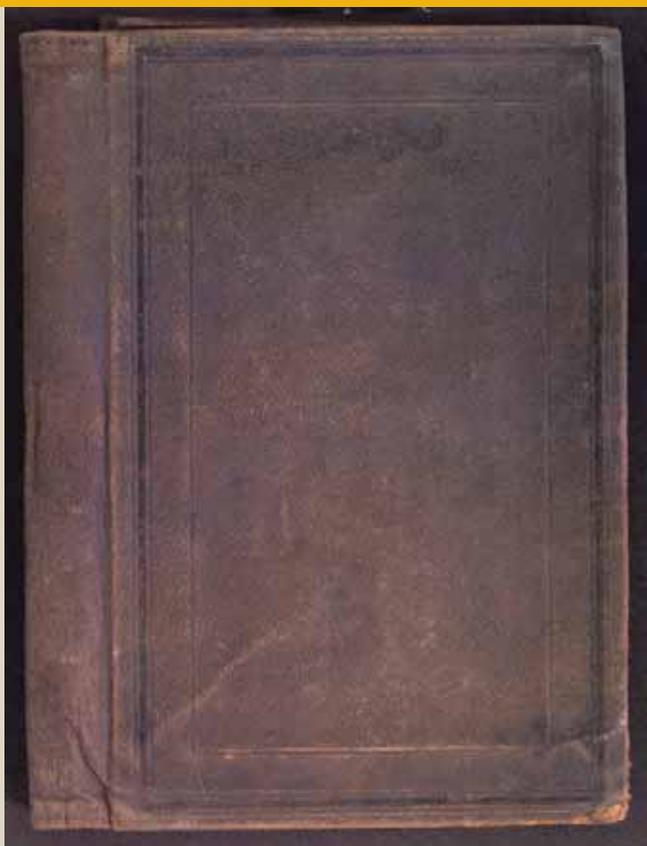
7 Jorge Bonsor, junto con parte de su colección de cerámica. Ca. 1905



Fotografía. b/n . Negativo en placa de vidrio. Gelatinobromuro. 18 x 24 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 7893.

Una de las facetas a destacar en Jorge Bonsor es la de coleccionista. La compra del castillo de Mairena del Alcor tuvo como finalidad la de albergar su colección de antigüedades procedente de sus excavaciones en Los Alcores, principalmente. Tras su boda, establece allí su residencia aunque el castillo seguirá siendo una exposición permanente abierta a los visitantes. De hecho, su colección se irá ampliando con nuevas piezas arqueológicas pero también con obras de pintores del Siglo de Oro y con una amplia gama de objetos de artesanía popular. El prestigio conseguido como museógrafo le supuso su nombramiento como Director de la Sección de Arqueología de la Exposición Iberoamericana, celebrada en Sevilla en 1929.

8 Portafolios de dibujo de Jorge Bonsor



Piel. 34 x 26 cms.
Archivo General de Andalucía, legajo 19.

9 Chambre claire universelle. P. Belville, París. Ca. 1880



Latón y vidrio en caja de madera.
*Archivo General de Andalucía,
Mat. especiales caja 1.*

La cámara clara, o camera lucida, fue patentada en 1807 por William Hyde, aunque sus fundamentos ya eran conocidos anteriormente. Se convirtió en un instrumento muy útil para el dibujo antes de la aparición y desarrollo de la fotografía, aunque siguió utilizándose durante mucho tiempo para copiar, ampliar o reducir dibujos u objetos con la mayor fidelidad al original.

A través de un prisma situado en el extremo de un brazo telescópico, se realiza una superposición óptica sobre la superficie en la que se traza el dibujo. Viene equipado con 12 lentes (6 biconcavas y 6 biconvexas) que se utilizan dependiendo de la distancia del objeto a la lente y de la altura de ésta respecto a la hoja del dibujo.

10 Elementos del equipo de fotografía de Bonsor. Incluye: 1. Cámara de revelado para placas de vidrio; 2. Placa de vidrio sin impresionar; 3. Cajas comerciales de placas de vidrio; 4. Caja metálica de transporte.

Metal, cristal y tela.

Archivo General de Andalucía,
Mat. especiales caja 1

Ya en sus primeras exploraciones arqueológicas, Jorge Bonsor utilizará la técnica fotográfica como complemento al dibujo para documentar sus hallazgos, bien a través de fotógrafos profesionales —como Ramón Pinzón o los Pérez Romero— bien con sus propios medios. Aunque entre los arqueólogos europeos la fotografía era un recurso ampliamente utilizado, se le puede considerar un pionero en España, como lo demuestra la magnífica serie sobre la excavación de la Necrópolis de Carmona que se conserva en el Archivo General de Andalucía.

Aquí se muestra diverso material para la obtención y revelado de fotografías mediante la técnica del gelatinobromuro sobre placa de cristal, sistema ampliamente utilizado en el último cuarto del s XIX y comienzos del XX.

En Bolonia Bonsor no utilizó este equipo, decantándose por los nuevos modelos de cámaras, más manejables, que se estaban imponiendo en el mercado.



11 Libro Diario de Gastos de Jorge Bonsor. Resumen de gastos de viaje y estancia en Bolonia. 4 de junio de 1917

Manuscrito. Papel. 160 págs. 20 x 25 cms.
Archivo General de Andalucía, legajo 5, p. 10.

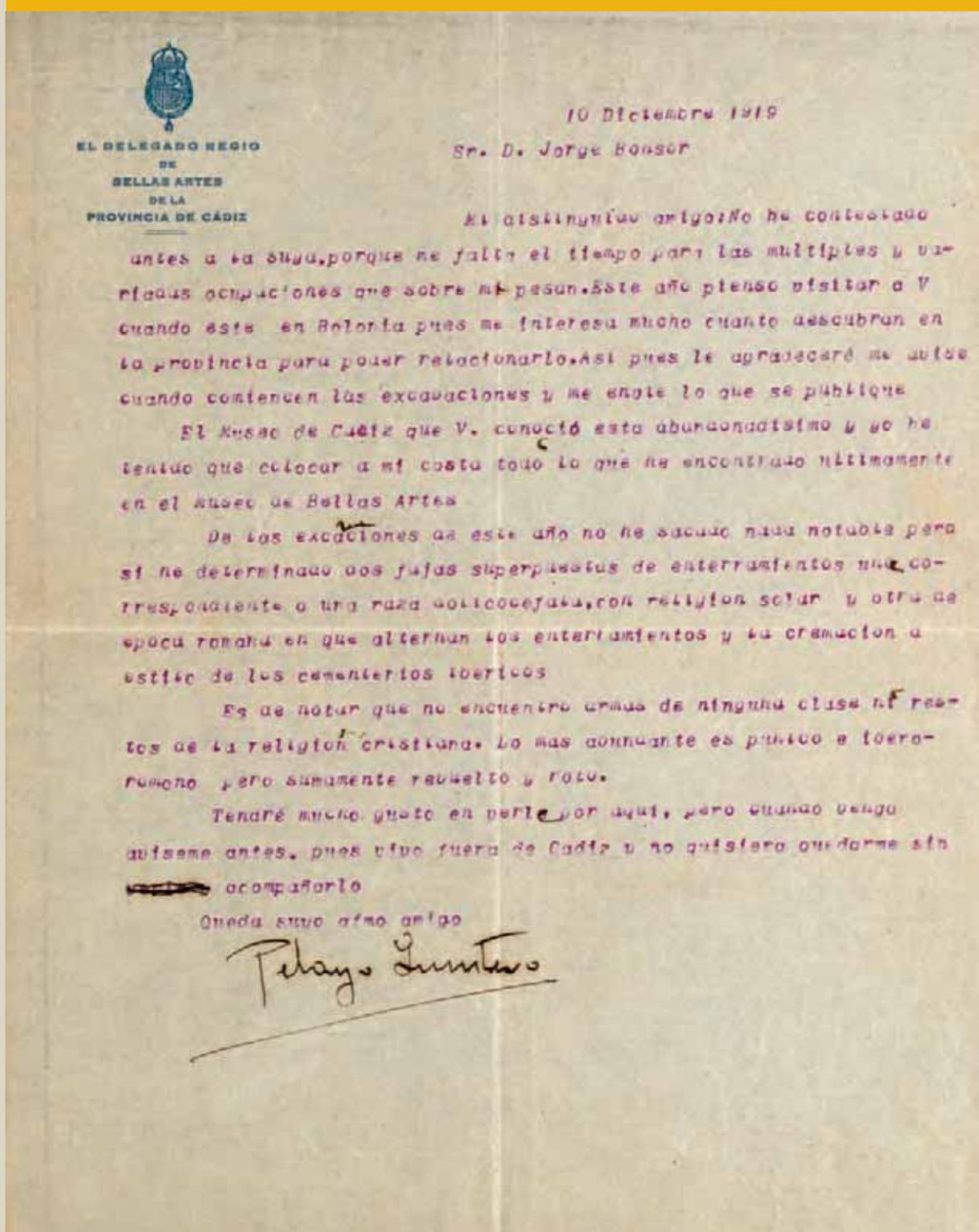
Lunes 4 de Junio 1917 — 5.00

Toda Manzanera volví de mi viaje a Bolonia
cruza de Tomasa — de las ocasionales con el
gastar del viaje y vuelta Pedro Luis —

Tiempo	2.50	mancha	5.74
Tiempo	2.50	Manuel	5.24
Tiempo	7.90	salida	2.20
viage	1.25	almorzo	2.50
Hotel	2.40	almorzo	0.65
Hotel	8.00	almorzo	0.45
Hotel	1.00	almorzo	0.25
Hotel	17.55	almorzo	0.35
Hotel	1.00	almorzo	0.58
Hotel	12.00	Tabaco	0.60
Hotel	12.00	Hotel	1.50
Hotel	0.50	Hotel	4.50
Hotel	1.50	Hotel	0.25
Hotel	0.50	Carretera	5.00
Hotel	17.55	Hotel	0.70
Hotel	13.80	Hotel	6.00
Hotel	0.90	Hotel	0.80
Hotel	2.00	Hotel	0.30
Hotel	7.90	Hotel	2.10
Hotel	1.43	Hotel	4.35
Hotel	1.25	Hotel	1.20
Hotel	0.30	Hotel	0.40
Hotel	0.30	Hotel	1.50
Hotel	0.30	Hotel	0.50
Hotel	0.30	Hotel	0.55
Hotel	113.35	Hotel	0.55
Hotel		Hotel	55.65
Hotel		Hotel	2.20
Hotel		Hotel	5686
Hotel	1.65	Hotel	0.10
Hotel	0.30	Hotel	0.10
Hotel	0.10	Hotel	0.25
Hotel	0.25	Hotel	0.15
Hotel	0.25	Hotel	0.10
Hotel	0.50	Hotel	0.10
Hotel	0.10	Hotel	0.10
Hotel	0.10	Hotel	5.50
Hotel	0.30	Hotel	6.30
Hotel	0.10	Hotel	
Hotel	3.25	Hotel	
Hotel	1.05	Hotel	
Hotel	0.75	Hotel	
Hotel	0.30	Hotel	
Hotel	0.30	Hotel	
Hotel	8.80	Hotel	
Hotel	6.30	Hotel	
Hotel	16.10	Hotel	
Hotel	16.10	Hotel	
Hotel	8.80	Hotel	
Hotel	16.10	Hotel	

Total 16149.85

14 Carta de Pelayo Quintero a Jorge Bonsor. Cádiz, 10 de diciembre de 1919



Mecanografiada. Papel. 1 h. 21 x 27 cms.
Archivo General de Andalucía, legajo 13, p. 20.

Pelayo Quintero Atauri (1867-1946) era, en el momento de las campañas de excavación en Bolonia, Director del Museo de Bellas Artes de Cádiz, y Delegado de Bellas Artes de la Provincia. En esta carta, una de las que se cruzaron, le manifiesta su deseo de visitarlo y estar al corriente de “cuanto descubran para poder relacionarlo”, como correspondía a la responsabilidad de su cargo.

15 Jorge Bonsor, Isabel Paris y un militar, junto a una tumba de Baelo Claudia.
Ca. 1918



Fotografía. b/n, positivo sobre papel. 12 x 9 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 195.

En la imagen aparecen, ante una tumba de inhumación en la necrópolis sureste, Bonsor junto a la hija del arqueólogo y promotor de las excavaciones, Pierre Paris, y un militar. La presencia del ejército en *Baelo* no es extraña si tenemos en cuenta la importancia geoestratégica de la zona, perfecta atalaya sobre el paso del Estrecho, y más aún cuando la primera campaña de las excavaciones se realiza en 1917, en pleno apogeo de la Primera Guerra Mundial.

16 Libro de visitas del Castillo de Mairena. 1919. Incluye: 1. Fotografía de la visita a Baelo Claudia del General Villalba; 2. Fotografía de la escultura de un togado romano; 3. Postal con la imagen de una de las "tapadas", de Tarifa.

Manuscrito. Papel. 206 págs. 30 x 40 cms.
Archivo General de Andalucía, legajo 6, p. 1.

A partir del 9 de marzo de 1912 existió en el Castillo de Mairena del Alcor un Libro de Firmas para que los visitantes pudieran dejar en él constancia de su paso y de sus impresiones sobre la colección allí expuesta, algo que demuestra el carácter innovador de Bonsor en muchos aspectos, y de su deseo que de el Museo fuera algo vivo.

A veces estos libros sirven para anotar curiosidades o hechos episódicos en la vida del arqueólogo. En esta página, además de una dedicatoria del arqueólogo Arthur Engel, aparecen tres imágenes relacionadas con Bolonia, una de ellas de la visita a las excavaciones del General Villalba, Gobernador del Campo de Gibraltar, probablemente más con un interés político-militar que cultural.

En la siguiente página, como curiosidad, aparecen las banderas de los países participantes en la Gran Guerra, contienda en la que Jorge Bonsor apoyó económicamente al bando aliado, tal como se recoge en los Libros de Gastos.



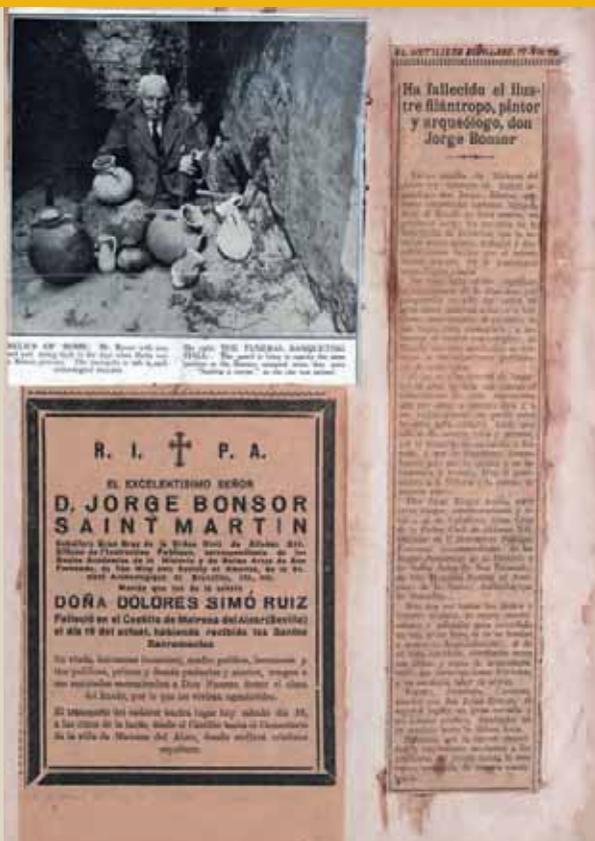
17 Jorge Bonsor en el Hotel Roma. Sevilla, 1922

Fotografía b/n, positivo sobre papel,
 10,7 x 8,3 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 856.

En la imagen, Jorge Bonsor en el patio del hoy desaparecido Gran Hotel de Roma, en Sevilla, probablemente con motivo del encuentro con alguna de sus amistades, muchos de ellos profesionales del arte o la arqueología, con los que solía reunirse en la capital, según se pone de manifiesto en las anotaciones de sus Libros diarios de gastos.



18 Necrológica de Jorge Bonsor en el Libro de Visitas del Castillo de Mairena del Alcor. Agosto, 1930



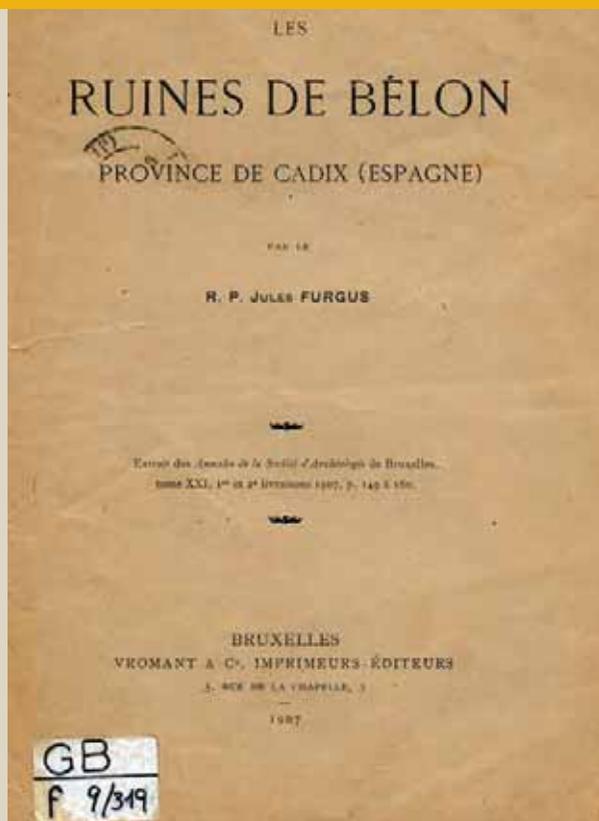
Archivo General de Andalucía, legajo 6, p. 1.

Tras una enfermedad cuya evolución puede seguirse a través de las anotaciones en los Libros diarios de gastos, el 15 de agosto de 1930 fallecía Jorge Bonsor en su castillo de Mairena del Alcor. Unos días antes había culminado su obra en defensa del patrimonio cultural con la cesión al Estado de la necrópolis romana de Carmona. Por éste y por otros innumerables méritos, justo un día antes de su muerte había sido distinguido con el nombramiento de Caballero de la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII.

En el libro de visitas del Castillo figura la necrológica aparecida en "El Noticiero Sevillano", y la esquila comunicando el fallecimiento y el entierro en el cementerio de Mairena del Alcor. En el propio Libro de visitas, así como a través de la correspondencia remitida a su viuda, se reflejan las numerosas muestras de condolencia de innumerables personas, tanto de distinguidos miembros del mundo de la cultura como de amigos y desconocidos, que quisieron reconocer la ingente labor de Jorge Bonsor.

No obstante, la descripción más emotiva del fallecimiento se encuentra en la escueta anotación que dejó su viuda, Dolores Simó, nota que pone punto final a unos libros que Jorge Bonsor había llevado diariamente desde 1904.

19 FERGUS, JULES: *Les ruines de Bélon*. Separata de «Annales de la Société d'Archéologie de Bruxelles», Bruxelles, 1907



12 p. 25 x 16 cms.

Archivo General de Andalucía, folleto 319

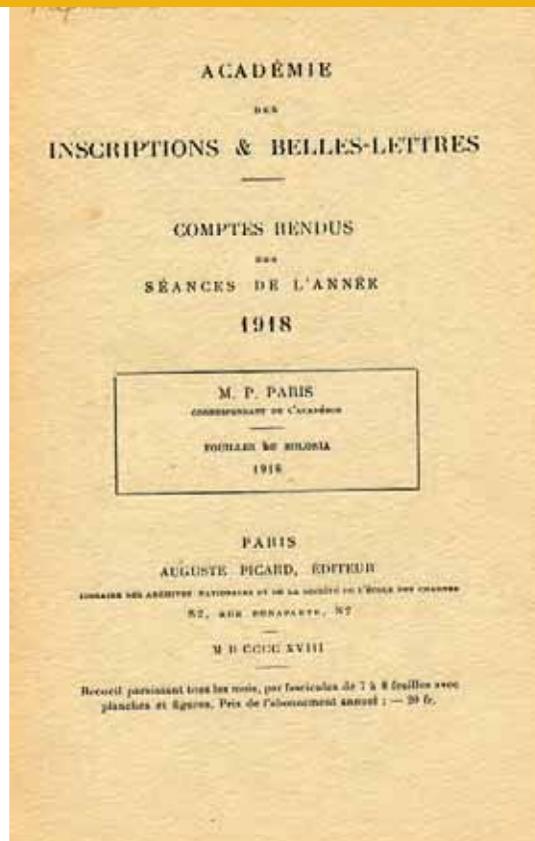
La publicación del trabajo del jesuita Jules Fergus sobre *Baelo* tuvo un interés especial para Bonsor, pues fue aquél el descubridor de las dos necrópolis, una de las cuales, la sureste, sería excavada por el arqueólogo inglés.

20 PARIS, PIERRE: *Fouilles de Bolonia 1918.*
Académie des Inscriptions & Belles-Lettres, Paris, 1918

7 p. 22 x 14 cms.

Archivo General de Andalucía, folleto 106.

Aunque la publicación definitiva de los trabajos llevados cabo en Bolonia se hace en dos tomos, aparecidos en 1923 y 1926, durante el transcurso de las excavaciones se emitieron varios informes sobre el desarrollo de las campañas, que aparecieron publicados en el *Bulletin Hispanique* o, en este caso, en la publicación de la Académie des Inscriptions & Belles-Lettres de Paris.



21 PARIS, P.; BONSOR, G.; LAUMONIER, A.; RICARD, R. et DE MERGELINA, C.:
Fouilles de Belo (Bolonia. Province de Cadix) (1917-1921). T.II, La necropole
Bibliothèque de l'École de Hautes Études Hispaniques. Fascicule V bis. Paris, 1926

214 p. 33 láms.; 25 x 17 cms.

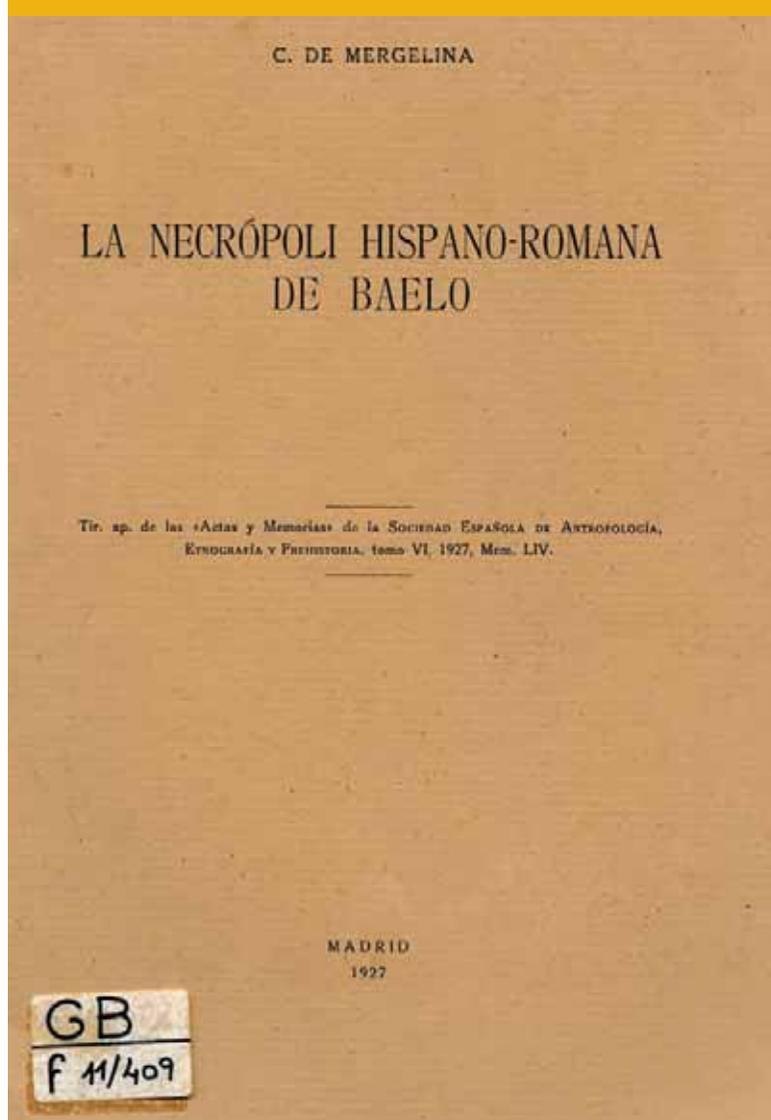
Archivo General de Andalucía, libro 332.

El resultado de las excavaciones de *Baelo* se concretó en un trabajo en dos volúmenes: el primero, dedicado a la ciudad y sus dependencias, vió la luz en 1923; el tomo segundo, dedicado a la necrópolis, en el que Bonsor tuvo un especial protagonismo, aparecería en 1926.



22 MERGELINA, Cayetano: *La necrópoli hispano-romana de Baelo*

Separata de Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, tomo VI. Mem. LIV. Madrid, 1927
Ejemplar con dedicatoria del autor a Jorge Bonsor.



47 p. 24 x 17 cms.

Archivo General de Andalucía, folleto 409.

Entre los colaboradores incorporados en 1918 a las excavaciones de *Baelo* se encontraba Cayetano de Mergelina (1891-1962), quien pronto destacaría en el campo de la Arqueología tanto desde su Cátedra de la Universidad de Valladolid como por las excavaciones en las que participó: el santuario ibérico de La Luz, la necrópolis de Tugia, el castro de Santa Tecla.

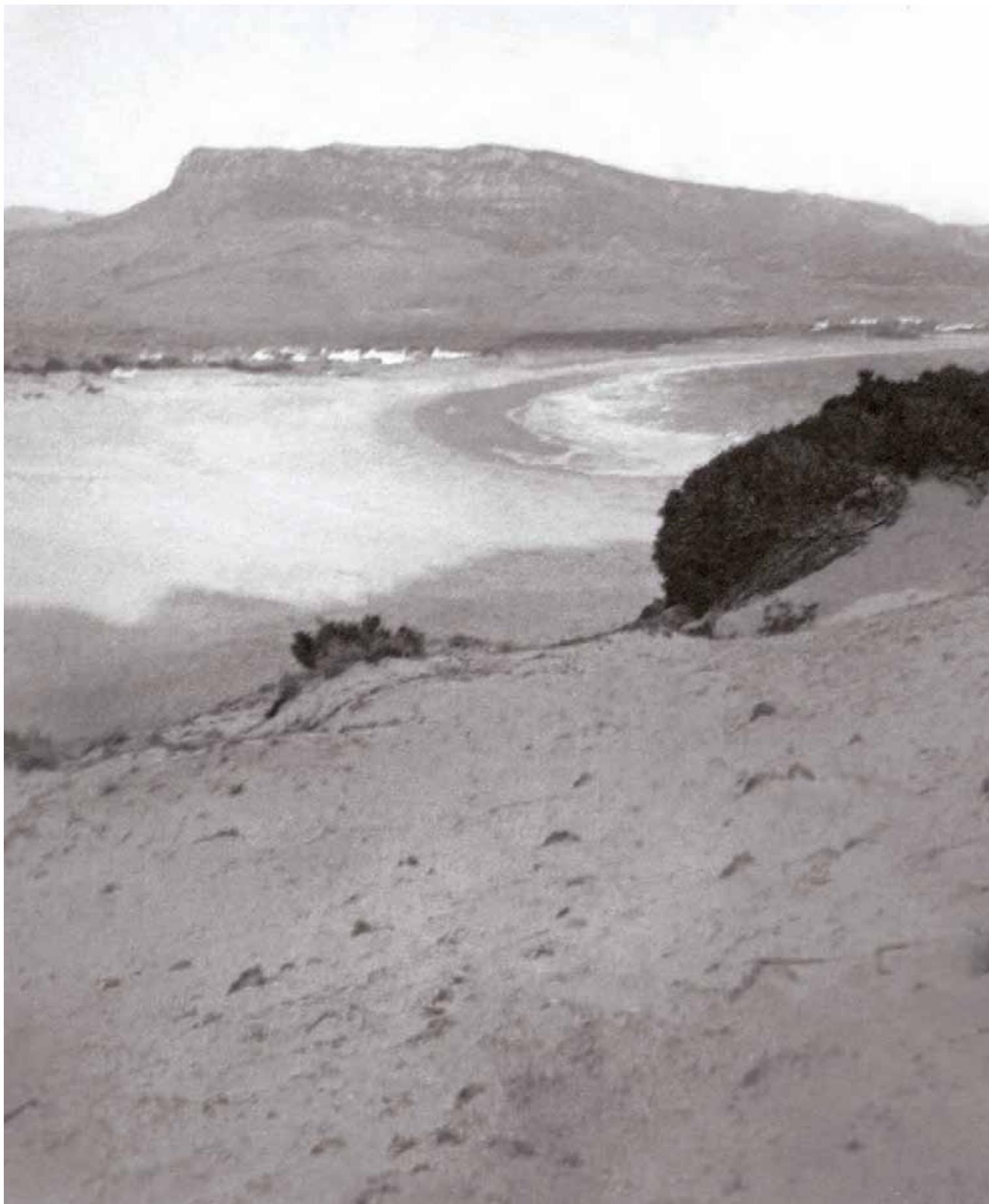
El territorio de Bolonia. El paisaje y sus gentes

En el trabajo documental de Bonsor en Bolonia toman también protagonismo el paisaje de la ensenada y sus gentes. Como buen fotógrafo y excelente dibujante, nos ha dejado un importante legado documental del paisaje y de las gentes de aquellos años.

Aunque las actividades humanas inciden en general sobre el paisaje, la cercana presencia de instalaciones militares ha servido para proteger estos espacios de la presión urbanística costera, lo que nos permite reconocer en las imágenes un paisaje muy poco alterado desde aquellos años. La transformación experimentada desde entonces viene marcada principalmente por actividades de reforestación de pinos y eucaliptos a mediados del siglo pasado, así como por el traslado del pequeño núcleo de población de Bolonia, ubicado sobre parte de las ruinas de *Baelo Claudia*, al cercano asentamiento del Lentiscal.

Por otra parte, y dada la atracción artística que siempre sintió Bonsor por el costumbrismo, sus dibujos y fotografías suelen plasmar las formas de la vida tradicional de la zona, reflejando escenas cotidianas de sus pobladores, y sus viviendas características.

Las excavaciones en *Baelo Claudia* siempre contaron con la mano de obra existente en la zona. Son ya varias las generaciones de habitantes del núcleo urbano de Bolonia - El Lentiscal las que han participado en este proceso de tutela y valorización de la ciudad hispanorromana, pudiendo algunos sin duda reconocer a sus ancestros en estas evocadoras imágenes.



23 La Ensenada de Bolonia desde la duna *El Anclón*. 1917.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8 x 11 cms.

Archivo General de Andalucía, fot. 398

Gracias a la labor documental de Bonsor tenemos la suerte de contemplar el espectacular paisaje de la ensenada de Bolonia hace casi 100 años.

En esta imagen podemos observar la ensenada de Bolonia desde las finas arenas de la duna de Punta Camarinal, con el antiguo poblado a la izquierda y el poblado de El Lentiscal a la derecha. Al fondo la Sierra de San Bartolomé.

24 La Ensenada de Bolonia desde Punta Camarinal. 1917.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8 x 11 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 399.

Desde las roca, y entre la vegetación del Cabo de Punta Camarinal, Bonsor tomó esta instantánea en la que se aprecia la unión de la extensa duna, el mar y el espesor de los pinares. Al fondo, la Sierra de San Bartolomé. Con esta imagen se nos muestra el entorno, inmejorable paraje natural, del que forma parte este privilegiado lugar.

25 Canteras de Punta Camarinal. 1917.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8,5 x 11,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 368.

Gran parte de los edificios de la ciudad, fundamentalmente aquéllos que presentan características monumentales, están contruidos con bloques de calcarenita fosilífera proveniente de Punta Camarinal y de Punta Paloma. Su fácil extracción y talla posterior favoreció la existencia de un rico programa arquitectónico decorativo en la ciudad.

La existencia de estas canteras fue advertida ya durante estos primeros años de trabajo merced a las prospecciones que se realizaron por el territorio.

26 Vista parcial de una cresta del asentamiento prerromano de la Silla del Papa. 17, abril, 1919.

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 305.

A unos cuatro kilómetros de *Baelo Claudia*, en la zona más alta de Sierra Plata (457 mts), se encuentra el yacimiento prerromano Silla del Papa. Ante la ausencia de vestigios prerromanos en *Baelo Claudia*, los investigadores han querido ver en este asentamiento la ubicación de la *Bailon* prerromana a que nos hacen alusión las monedas acuñadas en los siglos II- I a. C.

Pierre Paris y Bonsor prospectaron el territorio y documentaron este interesante yacimiento, aunque nunca llegaron a relacionarlo con los orígenes de la propia *Baelo*.



27 Niño en las excavaciones de la necrópolis sureste. 1919.

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8,5 x 11,5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 345.

En primer plano de la imagen apreciamos un pequeño monumento funerario denominado *cupae*, que incluye en uno de sus extremos, y de espaldas al mar, un *cipo* funerario, o “muñeco”. Este tipo de monumento está constituido por una estructura de mampostería con forma de bóveda. Su función es la señalización del enterramiento que se encuentra bajo la estructura; está constituido por una pequeña construcción con forma de tejadillo de *tegulae* y teja cubriendo los restos de la incineración, habitualmente *in situ*, y ajuar funerario.



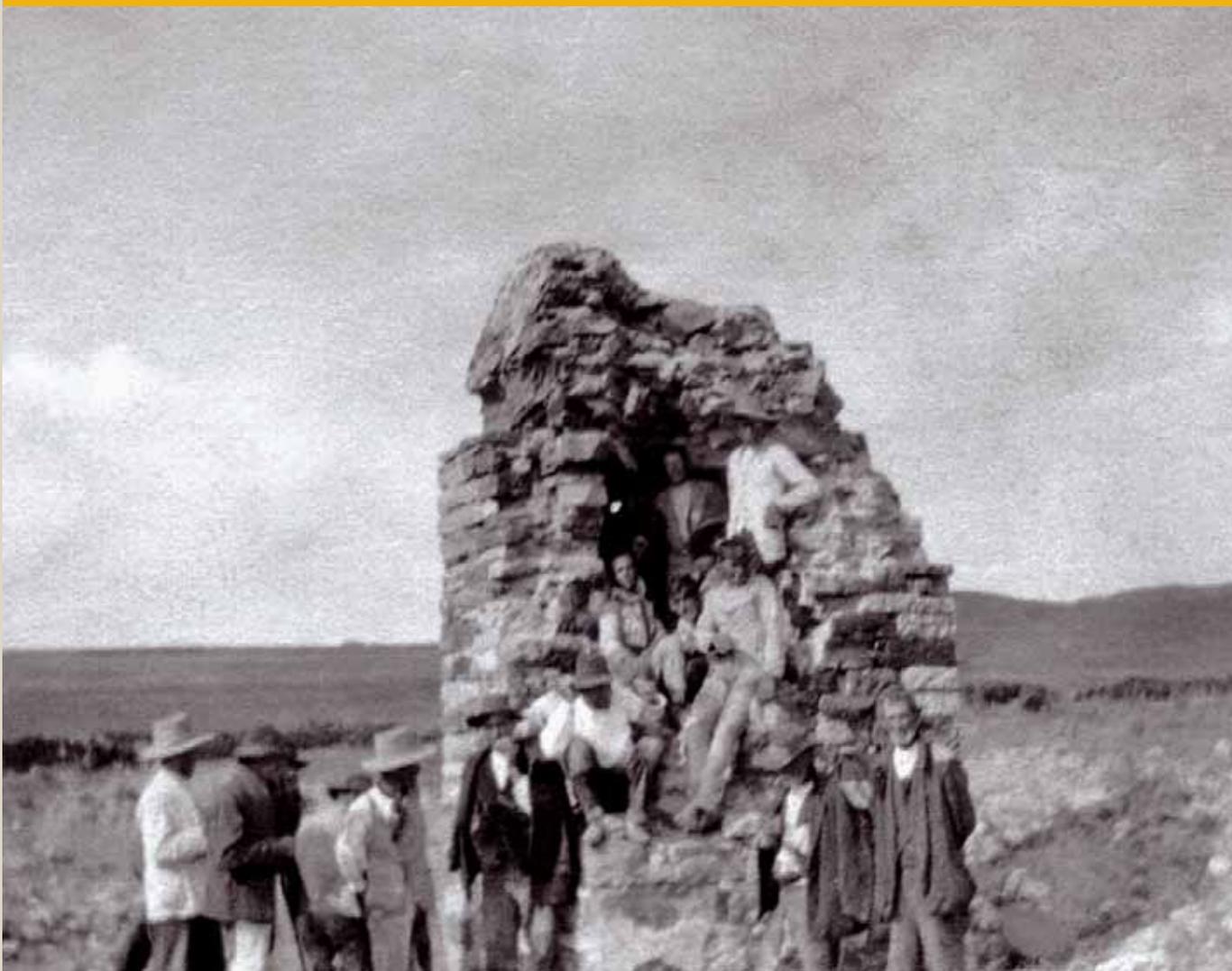
28 Niño en el interior de una sepultura. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 8,5 x 11,5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 348.

En la imagen observamos a un niño en el interior de una pequeña cámara, que a su vez se encuentra dentro de un gran recinto funerario en la necrópolis sureste. Estos grandes recintos cumplían una doble función, por un lado dar sepultura a los restos funerarios, urnas y ajuar —lugar donde se encuentra el niño—, y del otro la práctica de la liturgia, llegándose incluso a incinerar los cuerpos en el propio recinto haciendo las veces de *ustrinum*. El niño de la imagen es utilizado como referente de la escala humana.

29 Grupo de personas en el monumento turriforme Hornillo de Santa Catalina. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 260.

El impresionante estado de conservación que presentaba este monumento sin duda alguna fue objeto de atención no sólo por investigadores y viajeros que a estas costas acudieron, sino por lo propios habitantes del poblado de Bolonia, que lo bautizaron con el nombre de “Hornillo” por la semejanza de un antiguo horno de pan de la época, parecido que tendría la pequeña hornacina o nicho, donde irían depositadas las urnas cinerarias.

30 Paseo de personalidades por el entorno de Bolonia. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7,5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 310.

Durante las intervenciones arqueológicas, grupos de autoridades y amistades acudieron a visitar el progreso y descubrimiento de los trabajos, además de disfrutar del encanto del paisaje. En la imagen podemos distinguir a Pierre Paris, el tercero por la izquierda, y a su hija Isabel, quinta por la izquierda. Las señoras que aparecen deben ser, entre otras, las esposas de los anteriores, las cuales permanecieron en Bolonia todo el tiempo que duraron las campañas.

Entre las visitas más ilustres al yacimiento cabe destacar las del General Sr. Villalba, Gobernador Militar del Campo de Gibraltar; M. Lammonier, profesor de la Universidad de Burdeos; el abate Henri Breuil, pionero en el estudio del arte paleolítico; y M. Manrice Legendre, Secretario del Servicio de Enseñanza francés.

31 Viviendas adosadas al teatro de Baelo. 1919.

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 261

La imponente estructura del teatro, y su buen estado de conservación, contribuyó favorablemente a que numerosos vecinos construyeran sus casas en el entorno del edificio. Pierre Paris nos cuenta en las memorias de la excavación cómo algunas de las galerías conservadas, *vomitorium*, eran utilizadas como cuadras para el ganado.



32 Viviendas del poblado de Bolonia sobre el barrio meridional de *Baelo* antes de las excavaciones arqueológicas. 1917.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
13 x 17 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 387.

En la imagen aparecen varias viviendas en el barrio meridional, junto a la playa, sobre la factoría de salazones. Para la construcción de sus muros no dudaron en reutilizar materiales arquitectónicos del yacimiento. Sin embargo, los techos son de cobertura vegetal típica del entorno.

Esta imagen fue tomada con antelación a la ejecución de los trabajos, mostrando claramente el estado en el que se encontraba el yacimiento en este sector a principios del siglo XX.

33 Viviendas del poblado de Bolonia sobre el barrio meridional de *Baelo* durante las excavaciones arqueológicas. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
7,5 x 10 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 316.

Dos años después de la toma de la imagen anterior, Bonsor buscó un encuadre similar, pero esta vez con los trabajos de excavación iniciados.

A la izquierda de la fotografía aparece un numeroso grupo de obreros.

34 Mujer con asno frente a una vivienda de Bolonia. 1919.

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
7,5 x 5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 311

En la imagen aparece un pollino con pocos días de vida. Estos equinos aún se encuentran en abundancia por la zona, formando ya parte de la vida cotidiana y del paisaje. Durante las campañas arqueológicas, Pierre Paris, dejando clara constancia gráfica, ya nos habla de la importante e inestimable labor que estos nobles y bellos animales prestaron para el buen desarrollo de los trabajos realizados durante esos años.



35 Isabel Paris. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 306.

Isabel Paris, hija del arqueólogo y director de las excavaciones en *Baelo Claudia*, acompañó a su padre durante algunas campañas de excavación. Su interés por la arqueología debió ser notorio, a juzgar por las veces que posa junto a distintos enterramientos en la necrópolis sureste. En la fotografía aparece arropada por una manta en una calle o patio de una casa del antiguo poblado de Bolonia. Los suelos aparecen revestidos con la típica losa de Tarifa, muy característica en la arquitectura de la zona, y presente en cardo, decumanus y foro de la ciudad hispanorromana.



36 “Casas”.



Dibujo a lápiz sobre papel. 40 x 53 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD, 50.26.

En este dibujo, Bonsor reproduce un sector del poblado de Bolonia. En primer plano, a la derecha, el cuartel de Carabineros, en cuyo frente se observa la acumulación de piezas arquitectónicas procedentes de las excavaciones en la ciudad y necrópolis.

37 Obreros ante un enterramiento. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 283.

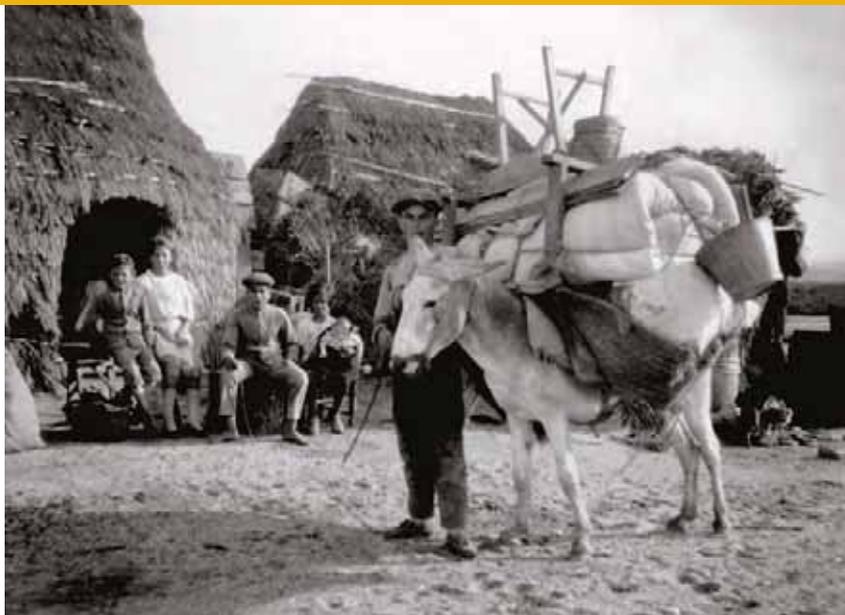
Dos obreros posan junto a un sarcófago de calcarenita, probablemente ya excavado, en la necrópolis sureste. Al fondo de la imagen, el “Hornillo de Santa Catalina” y la Sierra de la Plata.

38 “Chozas junto a la desembocadura del río Barbate”. 1920

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 8 x 11 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 1130.

Esta impresionante fotografía está hecha durante las infructuosas prospecciones arqueológicas realizadas con motivo de localizar la antigua *Baesipo*.

En la imagen aparecen varias chozas construidas con material vegetal. Una clara muestra de un estilo de vida perfectamente adaptado al entorno y a la precariedad infraestructural de entonces.



39 “Una belleza de Baelo” 1917.

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8 x 10,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 397.

Titulada así por el propio Bonsor, en la imagen aparece una joven nativa de Bolonia ataviada para la ocasión. Posa ante la entrada al patio de una vivienda, donde en su interior se aprecian elementos arquitectónicos reutilizados del yacimiento, como es en este caso un fuste de columna encalado, como era y es tradición en Andalucía.



Las excavaciones en la ciudad hispanorromana de Baelo Claudia

Durante 1914 y 1916, Pierre Paris, acompañado de M. René Vallois y del insigne abate Henri Breuil, realizan dos intensas visitas a la ensenada de Bolonia y a su entorno más inmediato, viajes que sirvieron para diseñar y preparar las intensas campañas de excavación. El equipo de investigadores que le acompañarían en esta tarea quedó constituido por Jorge Bonsor, Alfred Laumonier y Robert Ricard, estos últimos miembros de la *Escuela de Altos Estudios Hispánicos*, así como el entonces joven Cayetano de Mergelina, perteneciente a la *Junta para Ampliación de Estudios Históricas*, de Madrid.

A pesar del desfavorable marco político y social, en el que se desarrollan los trabajos arqueológicos, como fue el inicio de la Iª Guerra Mundial, Pierre Paris consiguió una importante subvención de la *Escuela de Altos Estudios Hispánicos* y de la *Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Francia*, además de la interesante aportación de Archer Huntington, presidente fundador de *The Hispanic Society of America*.

Durante cuatro intensas campañas de trabajos arqueológicos, ponen al descubierto el que estaba llamado a convertirse en uno de los yacimientos romanos mejor conservados de la Península Ibérica, auténtico paradigma del urbanismo de época alto-imperial en *Hispania*. Las intervenciones arqueológicas se desarrollaron fundamentalmente en la factoría de salazones, parte del foro y templos, teatro, puerta este y, fuera de la ciudad, en la interesante necrópolis sureste.

Aún hoy sorprende la rapidez con la que fueron publicados los resultados de las distintas intervenciones, tan sólo dos años después de finalizar los trabajos en 1921, lo que sin duda alguna contribuyó notablemente a la declaración, el 19 de enero de 1925, del yacimiento arqueológico de *Baelo Claudia* como Monumento Histórico Nacional.

40 Excavación de la *frons escanea* del teatro. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 15 x 12 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 190

El objetivo de Paris y Bonsor no era otro que excavar la estructura al completo. Sin embargo, esta empresa se vio frustrada por la falta de fondos económicos para continuar la excavación. Otro problema añadido fueron las exigencias del propietario de los terrenos donde se encontraba enclavado el teatro, ya que obligó a tapar los sondeos arqueológicos realizados en el edificio, superando algunos los cuatro metros de profundidad.

En la imagen, y sobre la escanea, aparece el propio Bonsor tomando datos para la elaboración de la planimetría.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 293

Conocida también como “cardo de las columnas”, se trata de una de las calles más importantes que cruzan la ciudad de norte a sur. Estos nombres le fueron otorgados por los arranques y fustes de 10 columnas que aparecieron *in situ* durante las excavaciones arqueológicas en el barrio meridional, pertenecientes a los pórticos de las dos viviendas documentadas una frente a la otra.

42 Acumulación de elementos arquitectónicos y urnas funerarias procedentes de las excavaciones arqueológicas. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 266

El motivo de amontonar los materiales arqueológicos no era otro que protegerlos. Los obreros, por la noche, acostumbraban a acudir a la excavación a robar, principalmente los ajuares del interior de las urnas. Pierre Paris se vio obligado así a depositar los materiales bajo la custodia del comandante del Puesto en el Cuartel de Bolonia.

El edificio que aparece en la imagen fue originalmente un Cuartel de Carabineros desde el siglo XIX, y que luego formó parte de la Guardia Civil hasta 1984, año de su abandono y cesión a la Administración. Desde 1989 hasta diciembre de 2007, momento en que es derribado, fue sede administrativa del Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*, llegando incluso a albergar en su interior un pequeño museo.



43 “El teatro visto desde la vereda”. 1919.

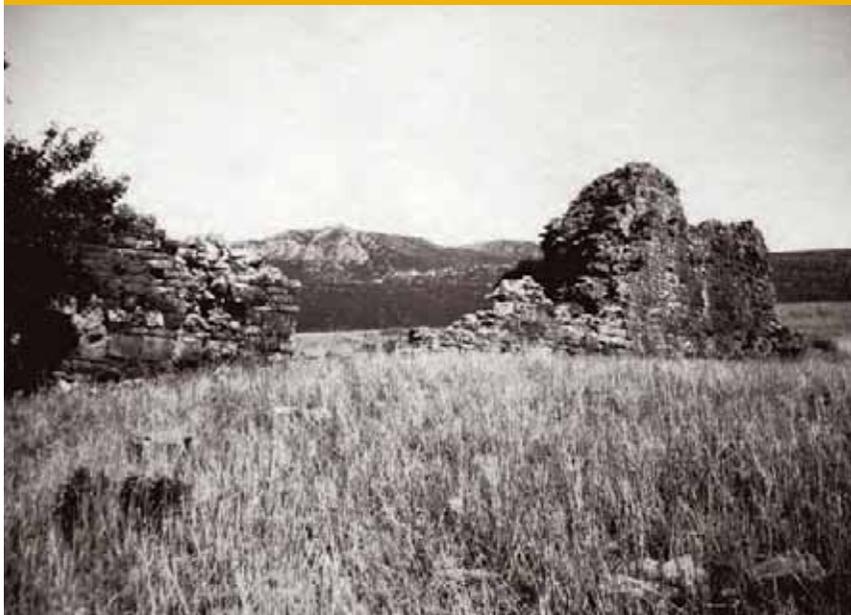
Fotografía b/n, positivo sobre papel. 6 x 8 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 297

Vista general del teatro de *Baelo Claudia* desde el este.

El interés de Pierre Paris por *Baelo Claudia* fue clave para borrar de una vez por todas y desmitificar el grave error que hasta entonces se tenía del teatro de la ciudad. Pues la mayoría de investigadores y viajeros habían querido ver entre los restos de la estructura emergente un anfiteatro.



44 “Vista parcial del lienzo noreste de la muralla de *Baelo Claudia*”. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
6 x 8,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 298

Al noreste de la ciudad es donde mejor se conserva el lienzo de la muralla. Junto a la puerta de una torre, cuyo dintel se encuentra perfectamente conservado, existe una gran estructura en *opus caementicium* con un alzado máximo conservado y visible de 6,5 mts de altura por 5 mts de ancho. Se trata de un auténtico bastión, que a través de una escalera en mampostería, conservada hoy en día, permite el acceso a la zona más alta. El bastión se encuentra junto o formando parte de una de las puertas de la ciudad. La función de esta gran estructura no sería otra que la de reforzar la seguridad de la que muy probablemente se trate de la entrada principal a *Baelo Claudia* en la antigüedad.

45 Callejón entre templos del capitolio. 1919.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8,5 x 6 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 299

En la imagen aparece el callejón existente entre los templos A y B, esto es, entre el templo más situado al oeste y el central, con un alzado conservado de casi 3,5 mts.

Durante esta excavación, los arqueólogos pensaban encontrar algún tipo de pasadizo o conexión entre los templos, puesto que fue en estos momentos cuando comenzó a cobrar fuerza la hipótesis de estar ante una tríada capitolina.

46 “Fontaine del autels”. Fuente del foro. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
6 x 8,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 301

En el extremo norte del foro de la ciudad, y en el centro del gran muro de contención de la terraza superior donde se ubican los templos, se construyó una gran fuente monumental. En origen iría completamente revestida de mármol. Durante la intervención arqueológica se documentaron restos de placas de mármol que presentaban decoración de estrías y acanaladuras. Además de cumplir una función ornamental, la fuente probablemente también recogería las aguas de infiltración provenientes de la terraza superior.



47 Restos de las arcuaciones de la conducción de agua de Punta Paloma a su paso por el Arroyo Churriana. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
11 x 8,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 358

Tres acueductos abastecían de agua la ciudad de *Baelo Claudia*. Dos de ellos proceden de Sierra Plata, y el tercero, cuyos restos aparecen en la imagen, proceden de Punta Paloma. Sin duda alguna fue este último una de las obras de ingeniería más costosa de la antigüedad en la ensenada de Bolonia, ya que la distancia desde la Ciudad hasta el *caput aquae*, o manantial, dista unos 6 kms. Este acueducto estuvo constituido por tramos de *substructio* y *arcuaciones*, estas últimas irían, para superar los desniveles geográficos, desde los 312 mts de máxima a los 76 mts, de mínima, alcanzando alturas superiores a los 10 mts.



48 Vista general del yacimiento desde la explanada del foro con el teatro al fondo. 1917



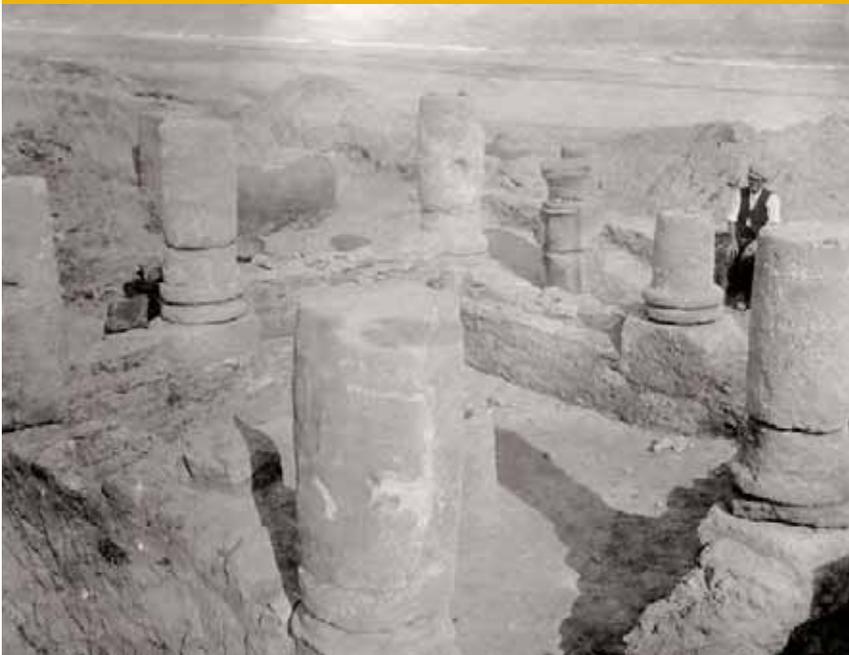
Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8,5 x 11,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 359

Antes del inicio de las intervenciones arqueológicas, el yacimiento se encontraba ampliamente sepultado por el sedimento, aprovechándose en parte sus pendientes como zonas de cultivo, tal y como puede apreciarse en la imagen.

Sin duda alguna, el teatro invadido por construcciones modernas, junto con la muralla y algún monumento funerario, serían las construcciones que más sobresaldrían e impactarían en el paisaje.

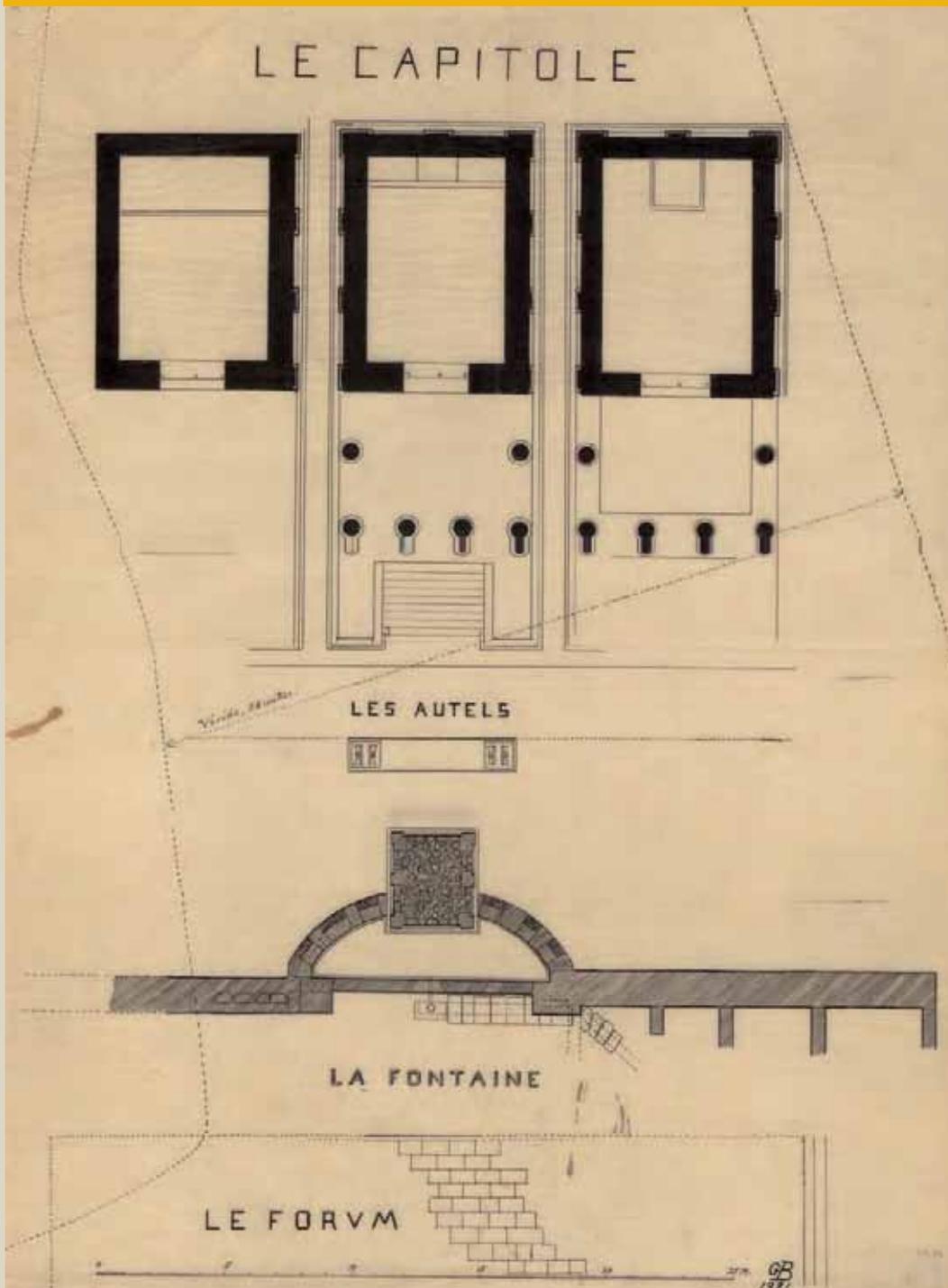
49 “Atrium de la première maison”. Atrio (patio) de la primera casa. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
13 x 17,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fotografía 372

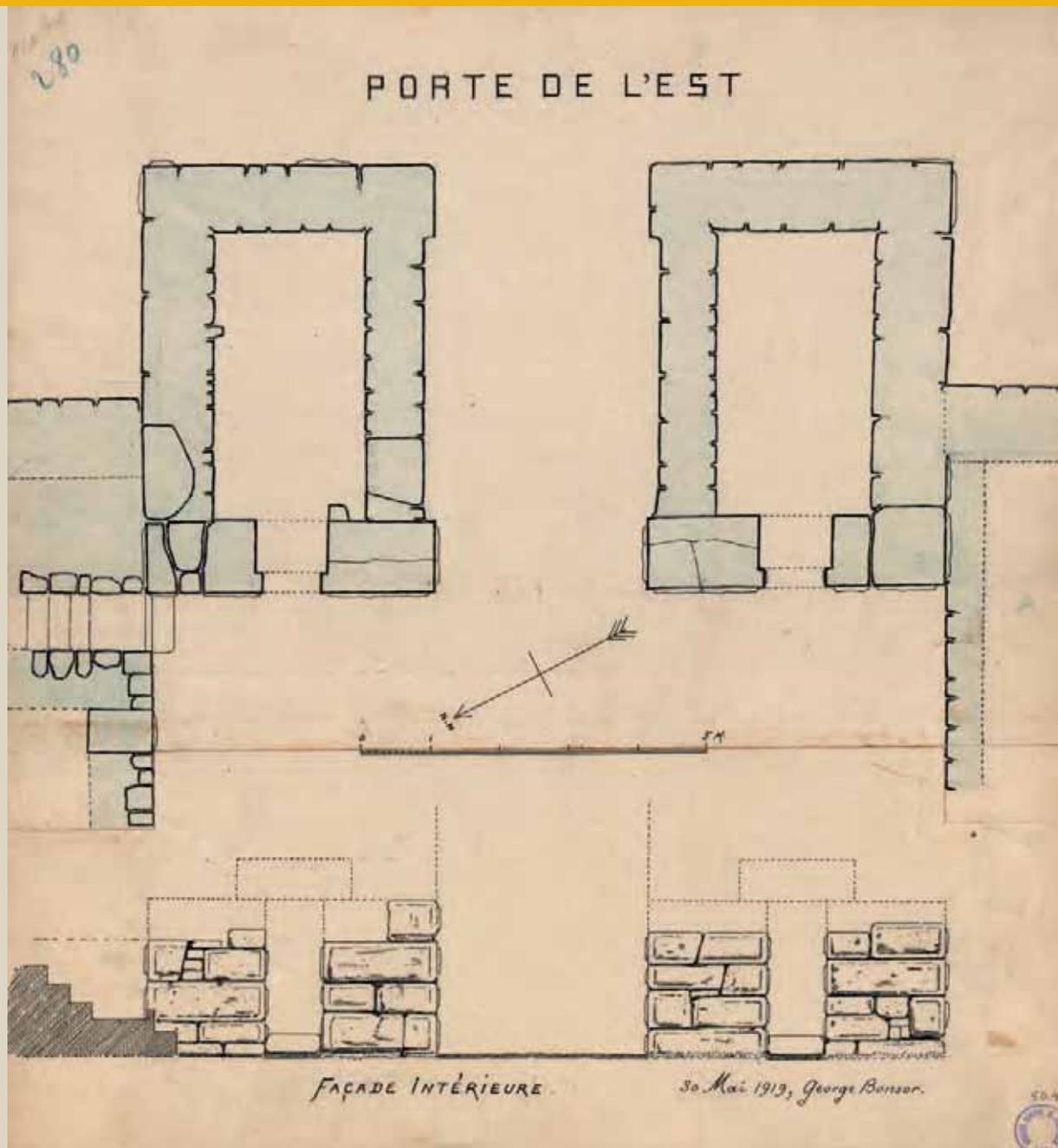
En el barrio meridional de la ciudad se encuentran las dos únicas viviendas de época alto imperial, siglos I y II d. C, excavadas por completo. La una frente a la otra, en la misma disposición, separadas por un *cardo* o calle. Son casas muy parecidas. Ocupan una superficie en torno a los 500 m², y se organizan alrededor de un patio bordeado por un peristilo.



Dibujo en tinta sobre papel. 62,5 x 47,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.32

La intervención arqueológica que se llevó a cabo en el área central del yacimiento contó con la suerte de que los terrenos eran de titularidad pública, lo que permitió la excavación y documentación de una amplia zona.

Parte del Foro, la fuente monumental, altares y templos, son documentados en esta excepcional y bien lograda planimetría que realizó Bonsor. El templo del este (parte superior de la imagen a la izquierda) no pudo ser completamente documentado porque uno de los caminos que daban acceso a las viviendas situadas en el teatro pasaba justo por encima.



Dibujo en tinta sobre papel. Color. 42 x 38,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.04

En un intento fallido por localizar la posible puerta de entrada a la ciudad desde el oeste, todos los esfuerzos se centraron en el este, localizándose esta entrada a la ciudad que aparece en imagen. Compuesta por un conjunto de 12 mts de anchura, dos torreonnes rectangulares de 6,5 x 4,5 mts flanquean el camino de entrada al recinto, de 3,15 mts.

Esta puerta es también conocida como "Puerta de Carteia".

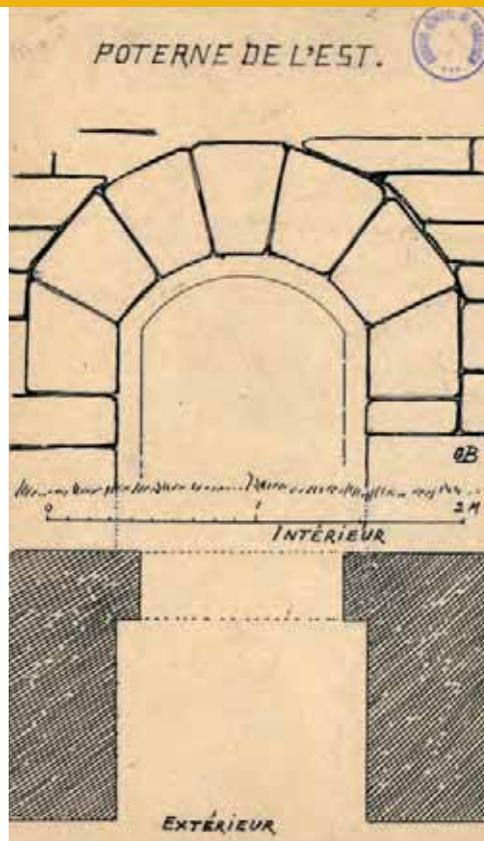
52 “Poterne de l’est”. Poterna del este.

Dibujo en tinta sobre papel.
20,1 x 11,6 cms.

Archivo General de Andalucía, MPD 50.05

En la parte norte del recinto amurallado de la ciudad, junto al gran bastión, Paris creyó haber hallado una pequeña poterna, o puerta secundaria, de acceso a la ciudad.

El desarrollo de las investigaciones años después demostró que realmente se trataba de la puerta de acceso a una de las torres, hoy desaparecida, de la muralla de la ciudad.



53 “Atrium de la Maison du Cadran Solaire”. Atrium de la Casa del Reloj de Sol.

Dibujo en tinta sobre papel. 24,8 x 34 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.06

Situada al oeste de la “alameda monumental” o Cardo de las columnas, recibió este nombre porque fue en una de sus habitaciones donde fue hallado un precioso reloj solar de mármol.

El atrio de esta vivienda tiene una superficie de unos 27,5 m² y una galería de 108 m², con un pórtico compuesto de 10 columnas, 4 al norte y al sur y 3 al este y oeste.

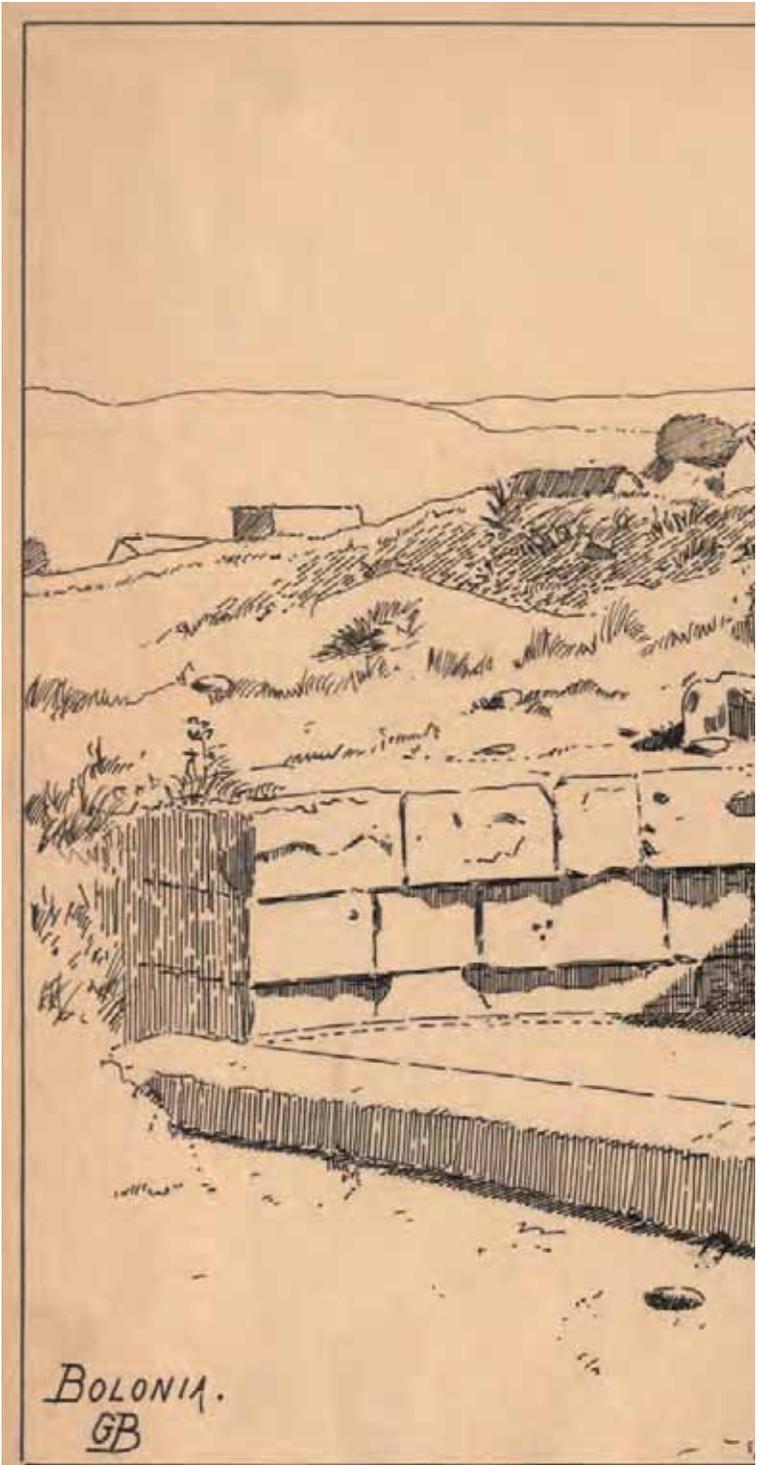


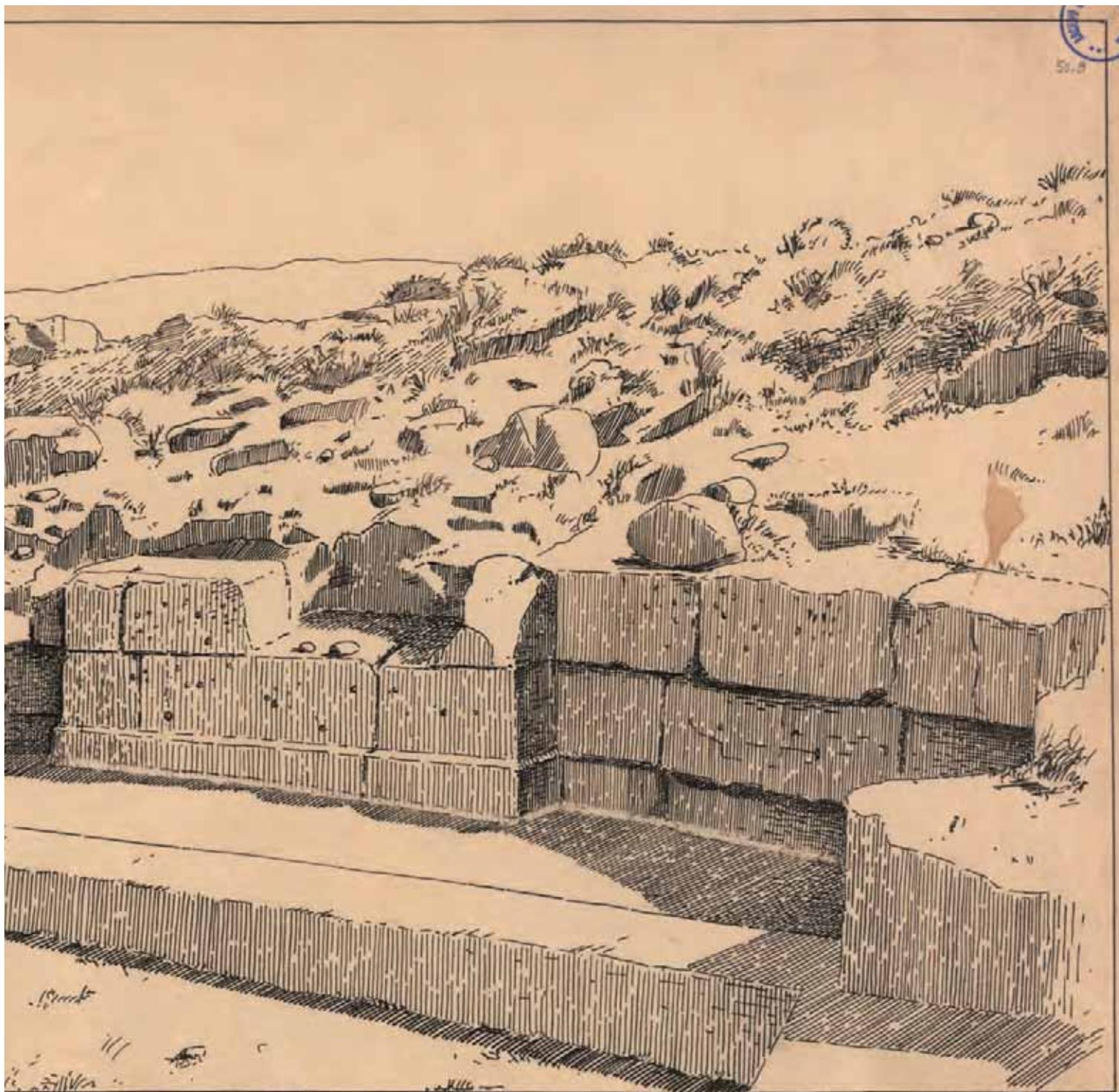
54 "Bolonia"



Dibujo en tinta sobre papel. 25,2 x 34,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.07

Dibujo del frontal de la Casa del Cuadrante. En primer plano, el pórtico de la casa este del Cardo de las Columnas una vez recolocados los tambores de las mismas. En este dibujo se aprecia el gran dominio de la perspectiva que tenía Bonsor.





55 Fuente monumental del foro

Dibujo en tinta sobre papel. 26,4 x 39,3 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.08

Dibujo de la fuente monumental, en el extremo norte del foro la ciudad.

56 *Cardo de las columnas.*



Dibujo a lápiz sobre papel. 31,5 x 48,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.09

Dibujo del Cardo de las Columnas desde el noroeste. A la izquierda se observa una vista completa de la Casa del Cuadrante.

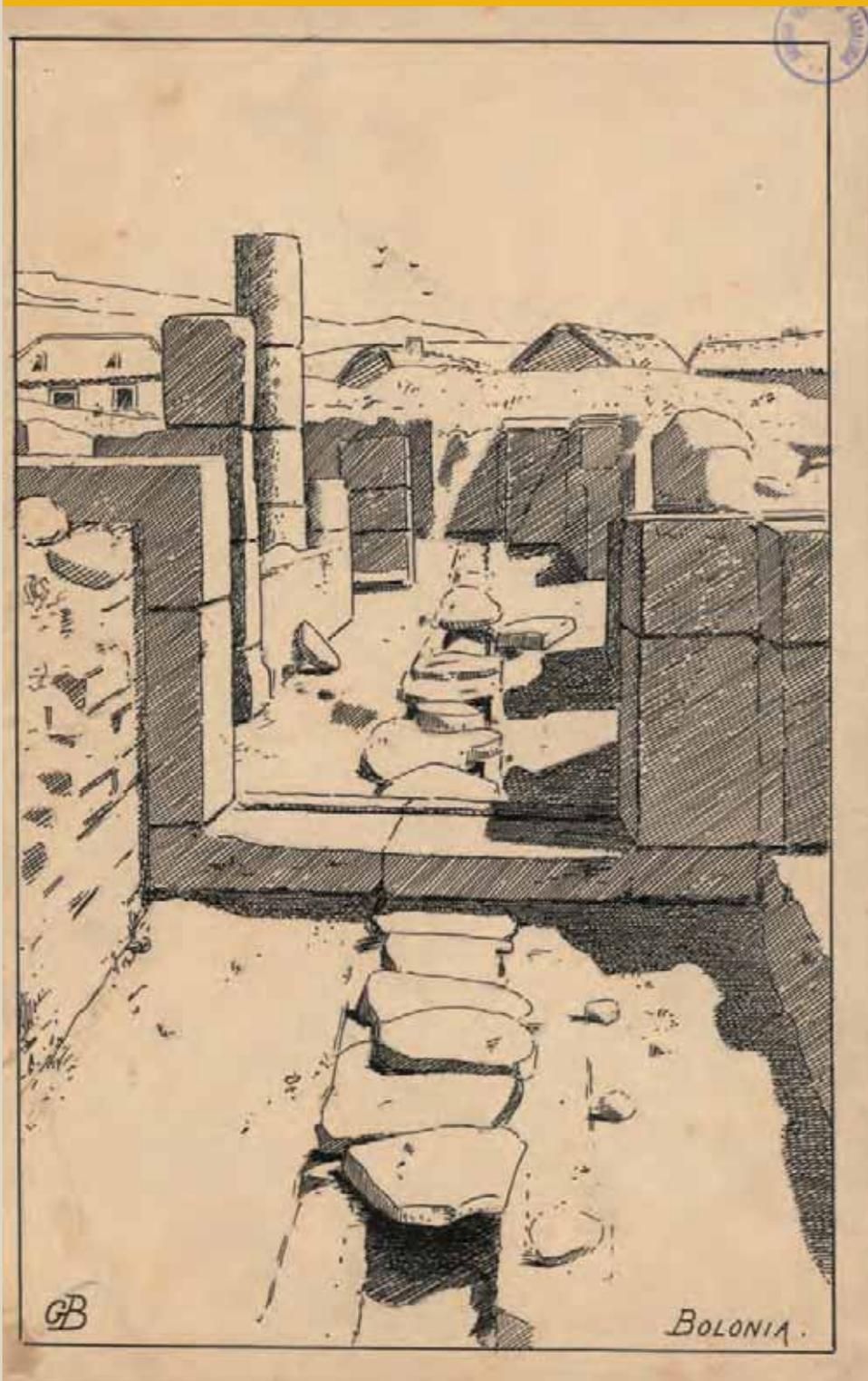
57 *“Togado del capitolio”*



Dibujo en tinta sobre papel. 30,2 x 26,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.10

Esta estatua togada de mármol, a la cual le falta la cabeza, fue hallada en la *cella* del templo B, o templo central, del “Capitolio”. Paris quiso ver en ella la representación de un magistrado de la ciudad. Con posterioridad, otros investigadores han propuesto que quizás se trate de un emperador. Su ubicación en el templo se debería a la transformación de éste en su doble función de culto al emperador y divinidad.

58 “L'égout de la Maison du Cadran Solaire, Bologne”. El alcantarillado de la Casa del Reloj de Sol.



Dibujo en tinta sobre papel. 26,7 x 17,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.11

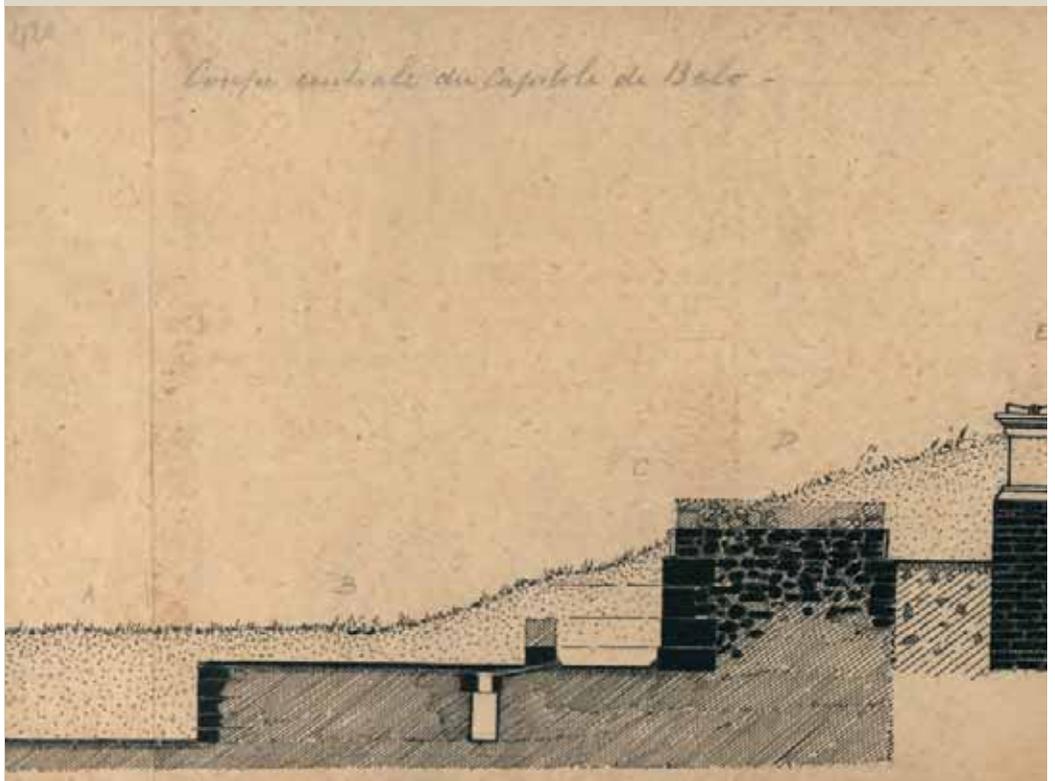
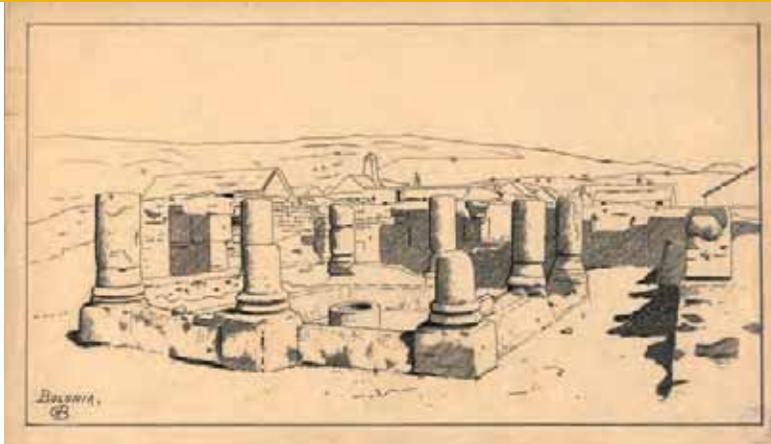
La Casa del Reloj de Sol, en el barrio meridional, al este del Cardo de las columnas, tenía en su zona central un patio descubierto que recibía el agua de la lluvia de las techumbres de las galerías. El suelo era de hormigón hidráulico, *opus signinum*, e iba provisto de una alcantarilla para evacuar las aguas.

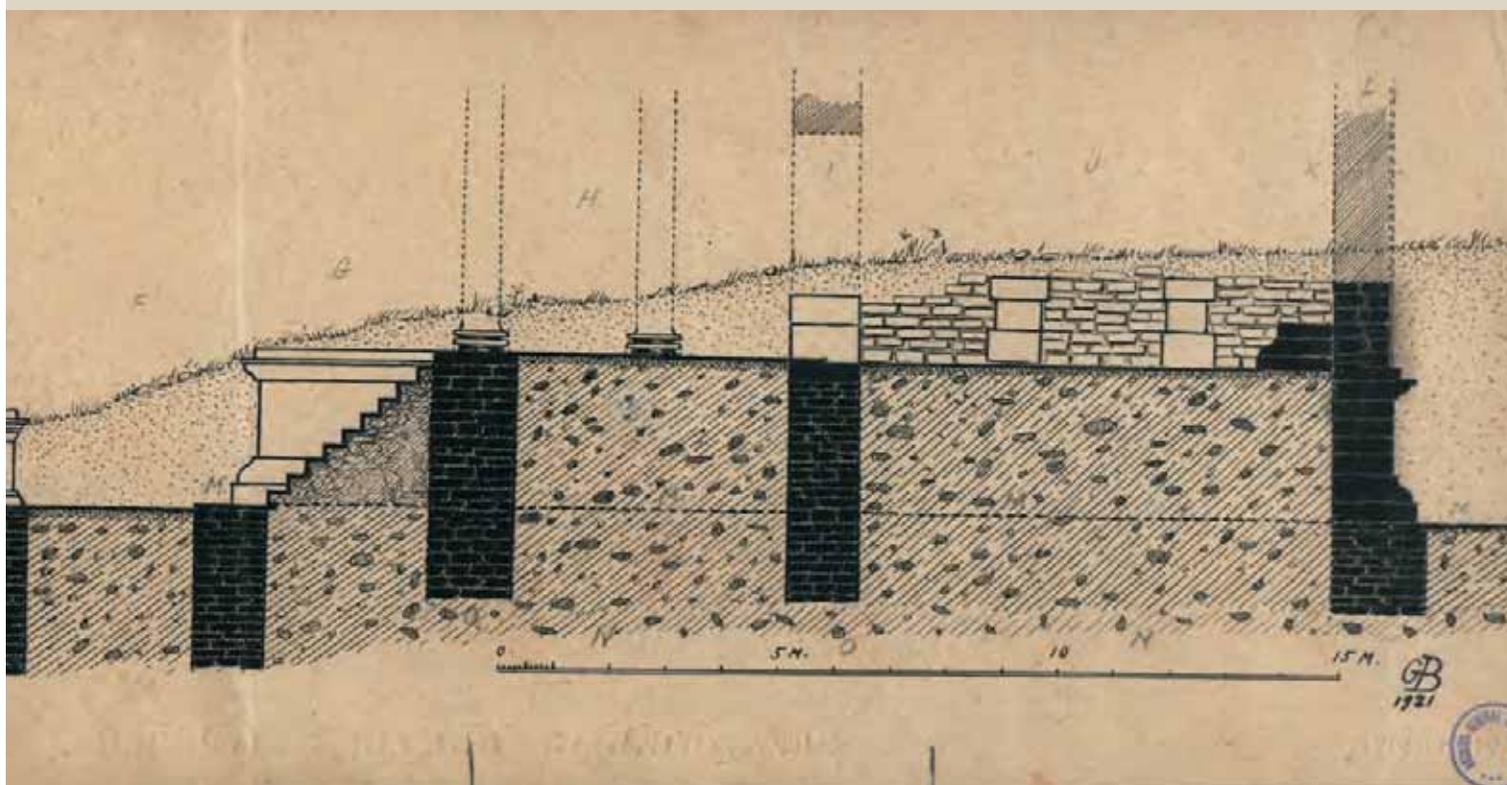
59 "Bolonia, columnas en patio"

Dibujo en tinta sobre papel.
22,5 x 39,5 cms.

*Archivo General de
Andalucía, MPD 50.12*

Dibujo del atrio de la casa del oeste, en el barrio meridional, visto desde el sur. En el interior del atrio se aprecia la existencia de un brocal de pozo, desaparecido hoy día. Al fondo se observan las casas del núcleo de Bolonia. Obsérvese en el centro la espadaña de la iglesia.





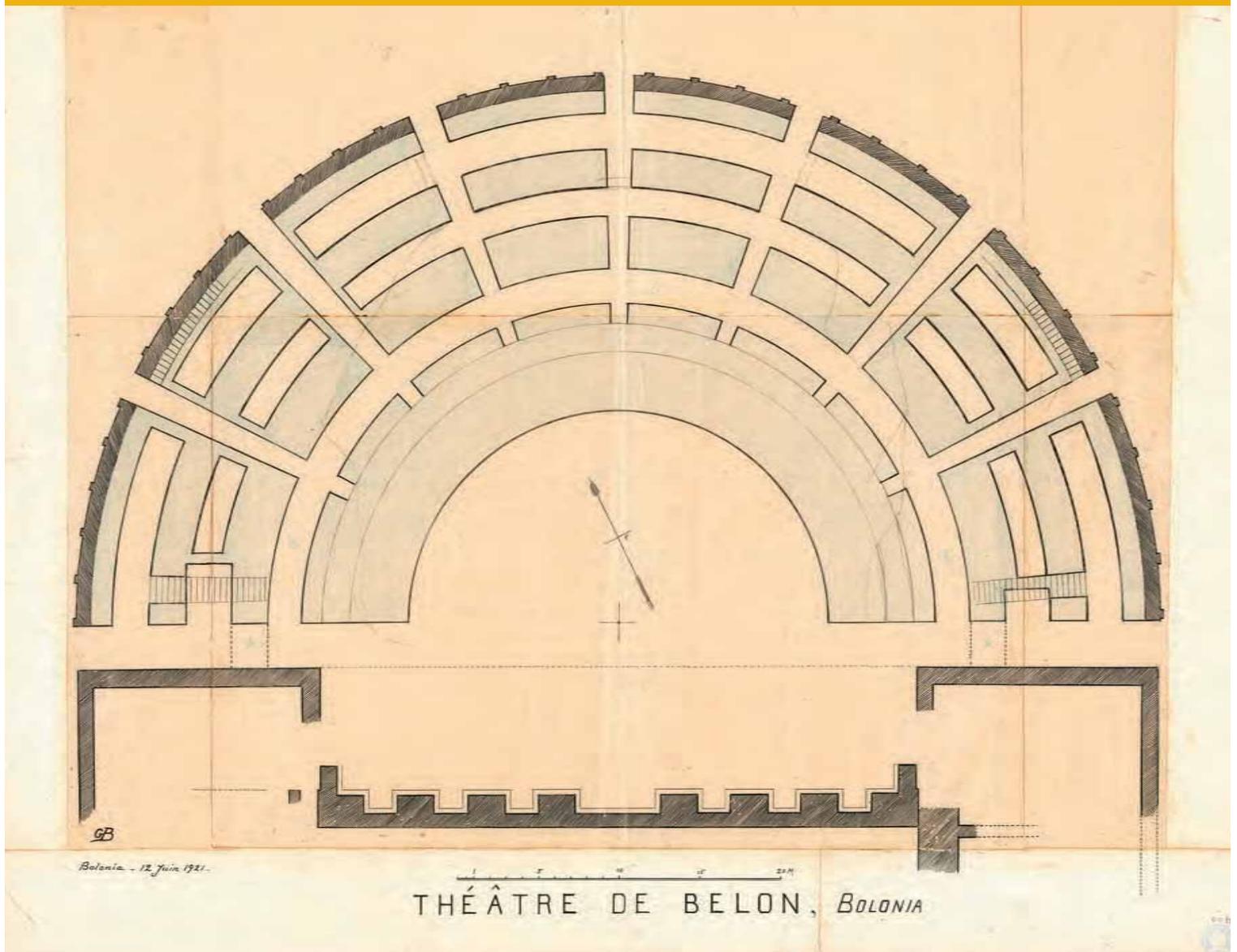
60 “Coupe centrale du capitol de Belo”. Sección central del capitolio de Belo. 1921.

Dibujo en tinta sobre papel. 15 x 56 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.14

En esta magnífica sección, Bonsor dibujó el templo central del “Capitolio”, los altares, la fuente monumental y parte del Foro, demostrando así una gran destreza y técnica.

Un valor añadido a estos dibujos es que se encuentran hechos a escala.

61 "Théâtre de Belon". Teatro de Belon. 12 de junio de 1921.



Dibujo en tinta sobre papel. Color, 60 x 77 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.33

Durante los trabajos de excavación en el Teatro, la única zona que se intervino arqueológicamente fue la escanea. A pesar de ello, Bonsor consiguió elaborar un magnífico plano de la planta del edificio, interpretando perfectamente parte del graderío y las entradas y salidas del edificio.

62 Plano de la factoría de salazones. 1918.



Dibujo en tinta sobre papel. 73,5 x 170 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.34

Junto con la necrópolis sureste, parte del Foro y templos del capitolio, la otra gran área excavada fue la factoría de salazones.

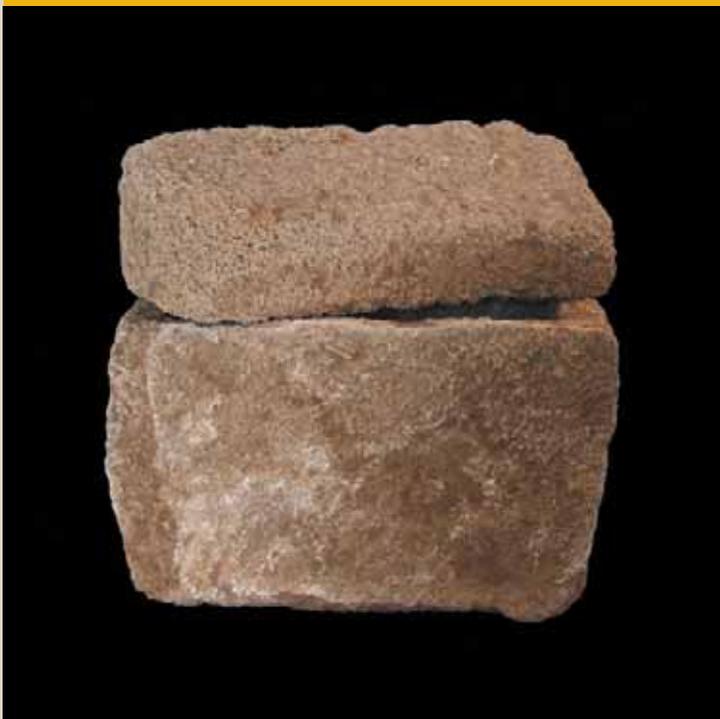
El mundo funerario. Excavaciones en las necrópolis de Baelo Claudia

Los primeros trabajos de documentación e intervención arqueológica que abordaron el mundo funerario en *Baelo Claudia* fueron llevados a cabo por el jesuita belga Jules Furgus, en la necrópolis oeste, en 1907. Sin embargo, no fue hasta una década después cuando Bonsor retomó los estudios centrados en la necrópolis sureste, tras recibir la invitación personal de Pierre Paris a participar en las campañas arqueológicas promovidas bajo los auspicios de la *École des Hautes Études Hispaniques*, entre 1917 y 1921.

Bonsor, consciente de la importancia histórica de este centro urbano hispanorromano, recogió el ofrecimiento y desarrolló una exhaustiva excavación y documentación de la necrópolis sureste, haciendo especial hincapié en el estudio de los diferentes tipos de sepulturas, para los que planteó, además, unas propuestas cronológicas bastante aproximadas y un brillante ensayo de clasificación y caracterización. Los magníficos resultados de esta ejemplar intervención, así como los espectaculares hallazgos correspondientes a la exhumación de más de un millar de tumbas, fueron publicados tan sólo cinco años después.

Muchas de las interpretaciones y planteamientos metodológicos llevados a cabo por Bonsor fueron de tal calidad que se encuentran, aún hoy, en gran medida vigentes. Tal cuestión denota el alto nivel formativo de este investigador, del que podemos afirmar que fue, sin lugar a dudas, el mayor especialista en arqueología funeraria hispana del momento. A este respecto, no podemos olvidar que Bonsor fue el encargado de excavar algunas de las necrópolis más importantes de las estudiadas en esa época, tales como las tartésicas y romanas de Carmona, en la provincia de Sevilla, donde también fueron ejemplares los trabajos de documentación. Sus planteamientos, que suscitaron y suscitan un gran interés historiográfico, base de recientes exposiciones y publicaciones monográficas, han sido clave para escribir algunas de las páginas más brillantes de la protohistoria y la historia antigua de nuestro país.

63 Urna cineraria con tapa a dos aguas. S. I-II d.C.



Dimensiones: 0,42 x 0,34 x 0,34 cms.
Procedencia: Necrópolis sureste
Conjunto Arqueológico Baelo Claudia.
Nº inventario: 14

64 Urna cineraria con doble compartimentación interior y tapa biselada. S. I-II d.C.



Dimensiones: 0,42 x 0,34 x 0,34
Procedencia: Necrópolis sureste
Conjunto Arqueológico Baelo Claudia.
Nº inventario: 15

Casi con toda seguridad se trata del enterramiento más frecuente en las necrópolis de *Baelo*. Se componen de un recipiente, en cuyo interior van depositados los restos de la incineración, ajuar correspondiente, y una tapa que puede presentar varias formas, a cuatro o dos aguas, plana o cóncava. Están realizadas en calcarenita fosilífera local, procedente de las canteras de Punta Camarinal y Punta Paloma.

Normalmente, la urna va depositada en una fosa excavada en el suelo, acompañada por un *cipo* funerario o “muñeco”, y a veces se encuentra señalizada o incluida dentro de algún tipo de monumento.

Este tipo de sepultura estuvo ampliamente difundida por el Mediterráneo en época helenística y alto imperial.

Durante las intervenciones arqueológicas de principios de siglo XX fueron documentadas en *Baelo* más de 300 urnas de este tipo, nada que ver con los más de 2000 hallazgos en la necrópolis de Carmona, en Sevilla.



*Procedencia: Necrópolis sureste
Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia. N° 1, 12 y 13*

Bautizados como “muñecos” por los obreros que utilizó Bonsor en la excavación de la necrópolis, debido a las características antropomorfas que algunos presentaban, son sin duda alguna el elemento más destacable del mundo funerario de *Baelo*. En la bibliografía arqueológica también son conocidos como “bustos funerarios” y “betilos”.

Estos *cipos* funerarios siempre se han asociado a un enterramiento, cerca o sobre las urnas de incineración, junto a los monumentos o encajados en la fábrica del muro, formando parte así del propio monumento.

El número de “muñecos” que aparece por sepultura no suele corresponder con el número de individuos incinerados. Hechos en calcarenita fosilífera local, presenta una morfología muy variada: ovoidal, troncopiramidal, cilíndrica o antropomorfa.

La discutida interpretación de estos cipsos funerarios de *Baelo* no impide destacar su carácter híbrido, mezcla de la proyección ideológica y religiosa que emanó de la población local, que históricamente estuvo sometida a un constante trasiego cultural por la propia ubicación del asentamiento. La naturaleza de los mismos, que aglutina elementos púnicos africanos, itálicos, y sobre todo indígenas, revela la materialización de una religiosidad y unas manifestaciones funerarias que entroncan con la necesidad de proteger la tumba —morada eterna— y la consecución de la salvación del alma del difunto a quien corresponden. Sean, pues, imágenes de los difuntos, genios protectores o divinidades, parecen reflejar a nuestro entender, tradiciones prerromanas ancestrales salpicadas por costumbres religiosas y funerarias extranjeras, adaptadas y acomodadas a las nuevas necesidades.

66 Collar de pasta vítrea. S. I-II d.C.



Procedencia: diversas partes del yacimiento

Se compone de nueve piezas, de las que siete de ellas son de forma cilíndrica y las restantes esféricas; las dos de los extremos son fusiformes, es decir, que son más estrechas por sus extremos, cerrando así la sucesión de cuentecillas. Todas ellas son policromadas y con motivos en espiral, rayas y fitomorfos, excepto la central, que además de ser de mayor tamaño tiene motivos decorativos oculares con rayas azules y rojizas.

Los collares con cuentas esféricas oculadas no sólo eran abalorios de adorno, sino que también servían como amuleto o como pieza mágica para todas las clases sociales romanas; cuantos más ojos poseyera la pieza más se intensificaría su poder. La civilización romana adquirió el uso de motivos oculares heredado del mundo fenicio, e incluso del mundo egipcio y su tradicional ojo *udjat* de Horus.

Los collares que documentó Bonsor en la necrópolis sureste formaban parte de los ajuares de los distintos enterramientos, siendo ésta una excepción, puesto que son piezas que muy raras veces constituyen parte de los ajuares funerarios.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 231

Un obrero, bajo la atenta mirada de Pierre Paris, extrae con sumo cuidado una de las urnas que contienen los restos de una incineración de cerámica.

El enterramiento más simple practicado en las necrópolis de *Baelo* son pequeñas fosas excavadas en la tierra, donde se ocultaban los restos de la incineración, habitualmente en el interior de los distintos contenedores que bien podrían ser urnas de piedra, cerámica, o recipientes de vidrio que iban en el interior de una urna de plomo.

68 Monumento funerario. Necrópolis sureste. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 238

En el área sepulcral, en la zona más cercana a la playa, existen una serie de edificios que responden a patrones arquitectónicos de tipo itálico. Sin duda alguna, su tamaño y grado de monumentalización están claramente relacionados con el poder adquisitivo y estatus social o rango de los habitantes de *Baelo*. Estos edificios responden al modelo de templo funerario. Se encuentran perfectamente organizados en *diverticula* o calles.

69 Enterramiento infantil en ánfora. Necrópolis sur este de Baelo Claudia. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 249

Se trata de una inhumación en el interior de un ánfora salsaria hispana tardorromana. Este tipo de contenedores se fabrican durante los siglos III y V d. C., por lo que nos daría al menos una fecha *post quem* para datar la inhumación. Este tipo de enterramientos no ha vuelto a ser documentado después de las intervenciones arqueológicas de principios del siglo XX. Su conocimiento y práctica en *Baelo Claudia* se lo debemos a la exhaustiva labor de documentación textual y gráfica que llevó a cabo Bonsor en el yacimiento.

70 Excavación de una tumba con cubierta de tégulas y tejas a dos aguas en la necrópolis sureste.
1917



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 5 x 7 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 273

En la fotografía pueden apreciarse los trabajos de documentación y excavación de una inhumación infantil. Este tipo de enterramientos están hechos con materiales de construcción.

Bajo el tejadillo de tégula y teja se encuentran los restos de la inhumación y el correspondiente ajuar, siendo éste mas rico en los enterramientos infantiles que en el de los adultos. A este tipo de estructura funeraria se le atribuye un carácter transitorio, puesto que se suelen cubrir las últimas incineraciones y las primeras inhumaciones.

71 “Isabel Paris y varios obreros junto a una tumba de inhumación. Necrópolis sureste.” 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 274

El enterramiento que aparece en imagen parece tratarse de un sarcófago con cubierta de *tegulae*. El material latericio es muy utilizado en la arquitectura funeraria, fundamentalmente como cubiertas de enterramientos. En ocasiones estos materiales proceden de reutilizaciones.

72 Monumento turriforme “Hornillo de Santa de Catalina”. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel. 7 x 5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 303

Se trata de una estructura arquitectónica que debió de levantar más de seis metros de altura originalmente. Sigue una clásica disposición de tipo “dióforo”, consistente en un doble cuerpo en forma de paralelepípedo y un remate piramidal muy apuntado. Este monumento parece una copia, a pequeña escala, de las grandes estructuras funerarias púnicas y romanas de carácter turriforme. En este caso, presenta un zócalo de mampostería que se corresponde con el primer cuerpo macizo, y que descansa sobre un basamento escalonado. Por encima de este primer cuerpo macizo presenta un segundo cuerpo hueco —*hornillo*— mucho más ligero, que recuerda los monumentos africanos de tipo “edículo abierto” de Mactar, Sidi Aïch o M’Sellat (Túnez) y de Ghirza (Libia). En la parte superior, por encima de la cornisa simple, destaca el remate piramidal, aún en bastante buen estado de conservación en la imagen.

No parece que hubiera distinción estructural al exterior entre el primer y el segundo cuerpo, aunque sí pudo tenerla a partir de la decoración pictórica. Es importante destacar que todo el monumento estuvo estucado y, muy posiblemente, pintado para tratar de disimular la modestia de los materiales constructivos empleados.



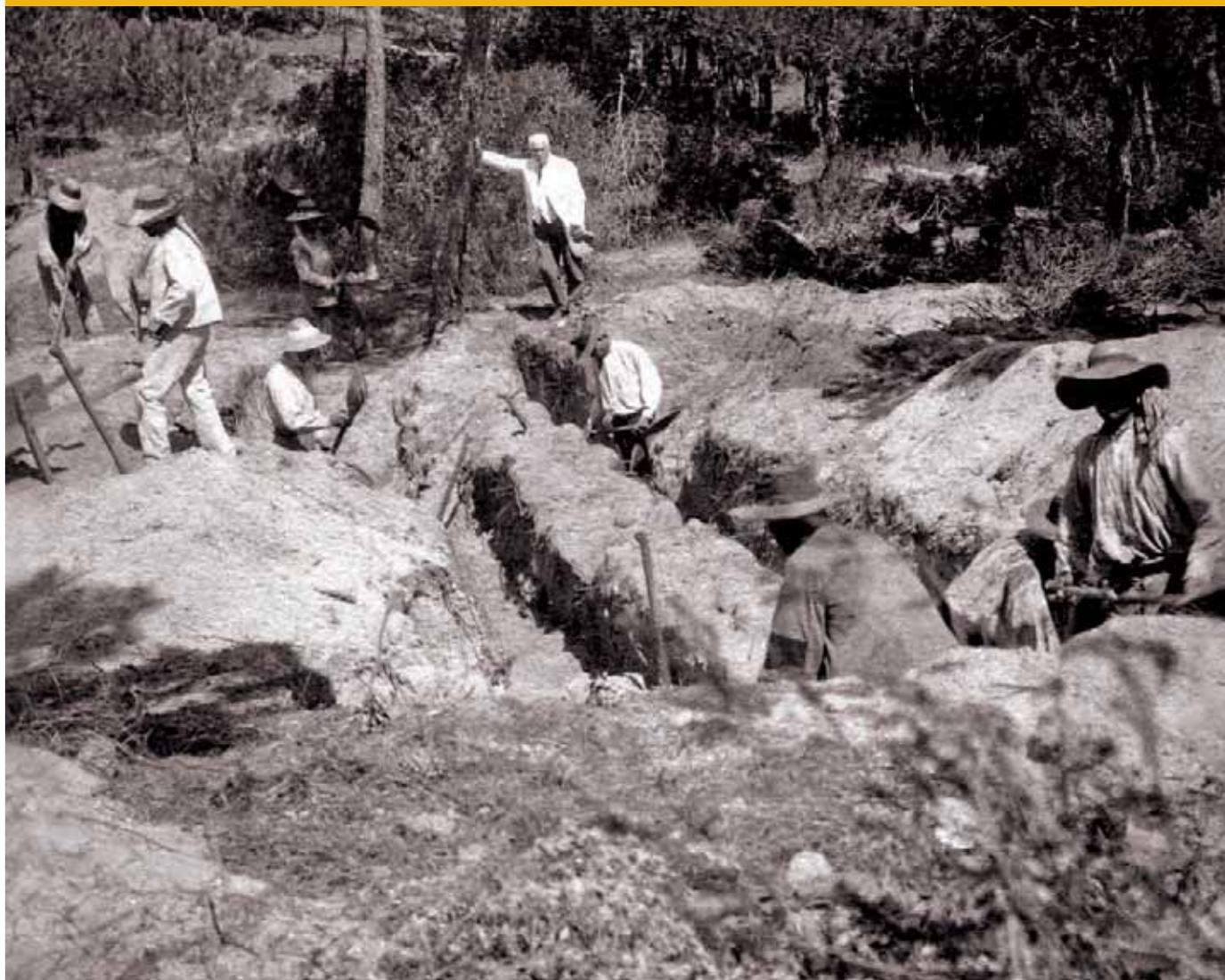
73 Vista general de las excavaciones en la necrópolis sureste de Baelo Claudia. 1919

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
6 x 8,5 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 295

En la introducción del Tomo II de las *Fouilles de Belo*, dedicado a la necrópolis, dice así Bonsor: ‘*Mientras que se exploraba el suelo de la antigua “Belo, la villa y sus dependencias”, objeto de nuestro primer volumen, una cuadrilla de obreros, escogidos entre los más hábiles y los más inteligentes, era enviada a la necrópolis...*’ (Traducido al castellano). En la imagen aparecen un grupo de obreros a escasos metros del monumento turriforme “*Hornillo de Santa Catalina*”, en un magnífico estado de conservación entonces.



74 Excavaciones en la necrópolis oeste de Baelo Claudia. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 8 x 9 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 318

Son tres las necrópolis hasta ahora descubiertas en el yacimiento. La necrópolis sureste, donde se centran fundamentalmente los trabajos de excavación de Bonsor y su equipo; la necrópolis noreste, de cronología tardo antigua, y la tercera, al oeste de la ciudad y a escasos metros de la puerta oeste, o *Puerta de Gades*. Es en 1907 cuando el belga Jules Furgus centra aquí en esta necrópolis sus trabajos de investigación, llegando a excavar numerosos enterramientos. Pierre Paris no se interesó mucho por esta necrópolis, llegando a excavar pocos enterramientos. Sin duda alguna, los mejores restos conservados en superficie de la necrópolis sureste llamaron más su atención.



Fotografía b/n, positivo sobre papel. 9 x 12 cms.
Archivo General de Andalucía, fotografía 319

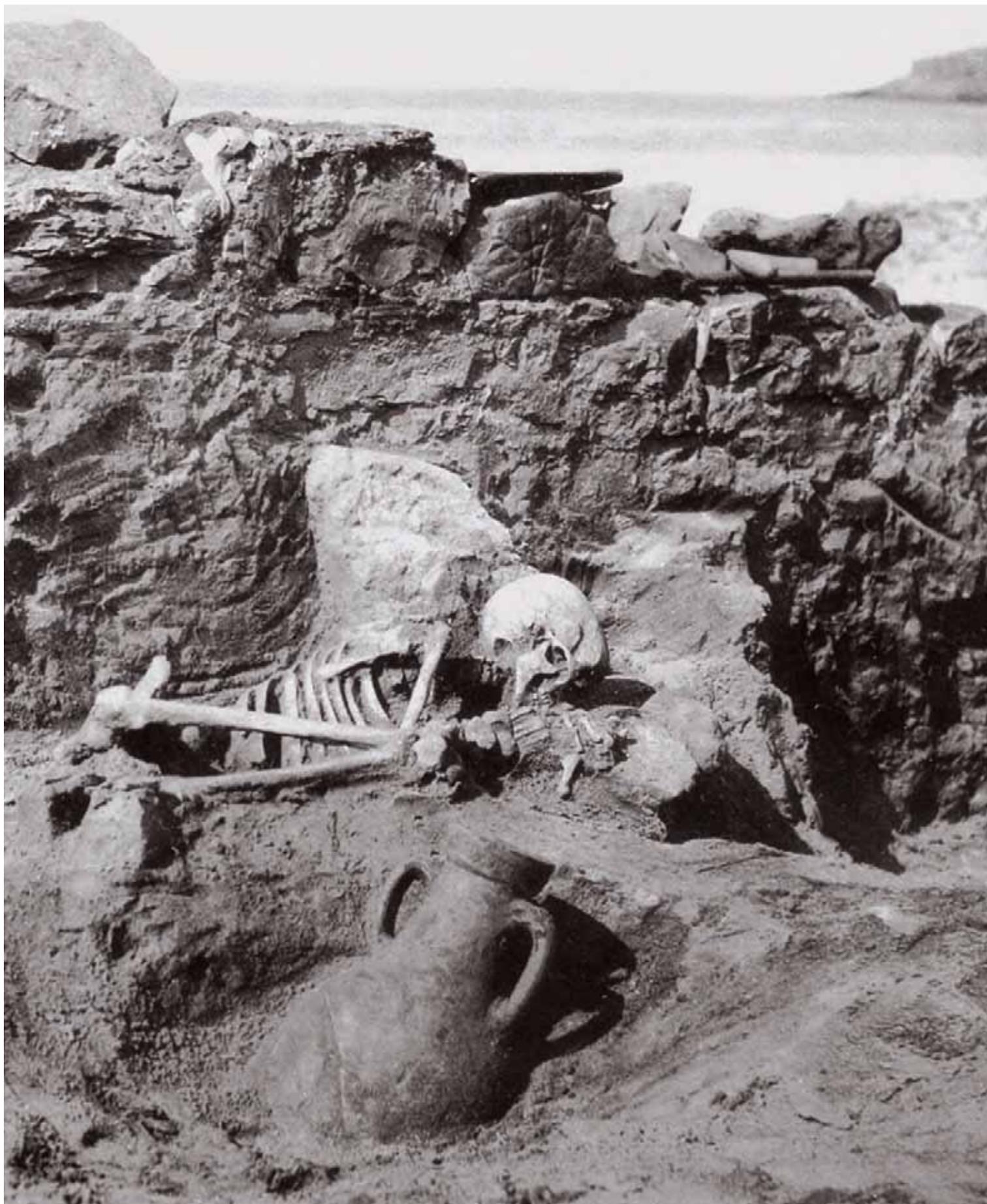
Baelo Claudia es un caso excepcional por el número de estos “muñecos” funerarios documentados. Su significado y función debe de entenderse como el producto y mezcla de tradiciones locales, romanas y púnicas, que desembocaron probablemente en culto a los ancestros, entendidos como entes más o menos indiferenciados, y la idea de la piedra como casa del alma, a la que se podía ofrecer libaciones.



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8 x 10 cms.

*Archivo General de Andalucía,
fotografía 138*

Enterramiento del tipo inhumación en fosa, junto a una urna de incineración. La coincidencia de ambos ritos durante época alto-imperial aún no está claramente demostrada en *Baelo Claudia*. La pervivencia de los rituales de inhumación durante el siglo I d. C nos habla de la continuidad del sustrato poblacional y/o cultural de origen ibérico-púnico.



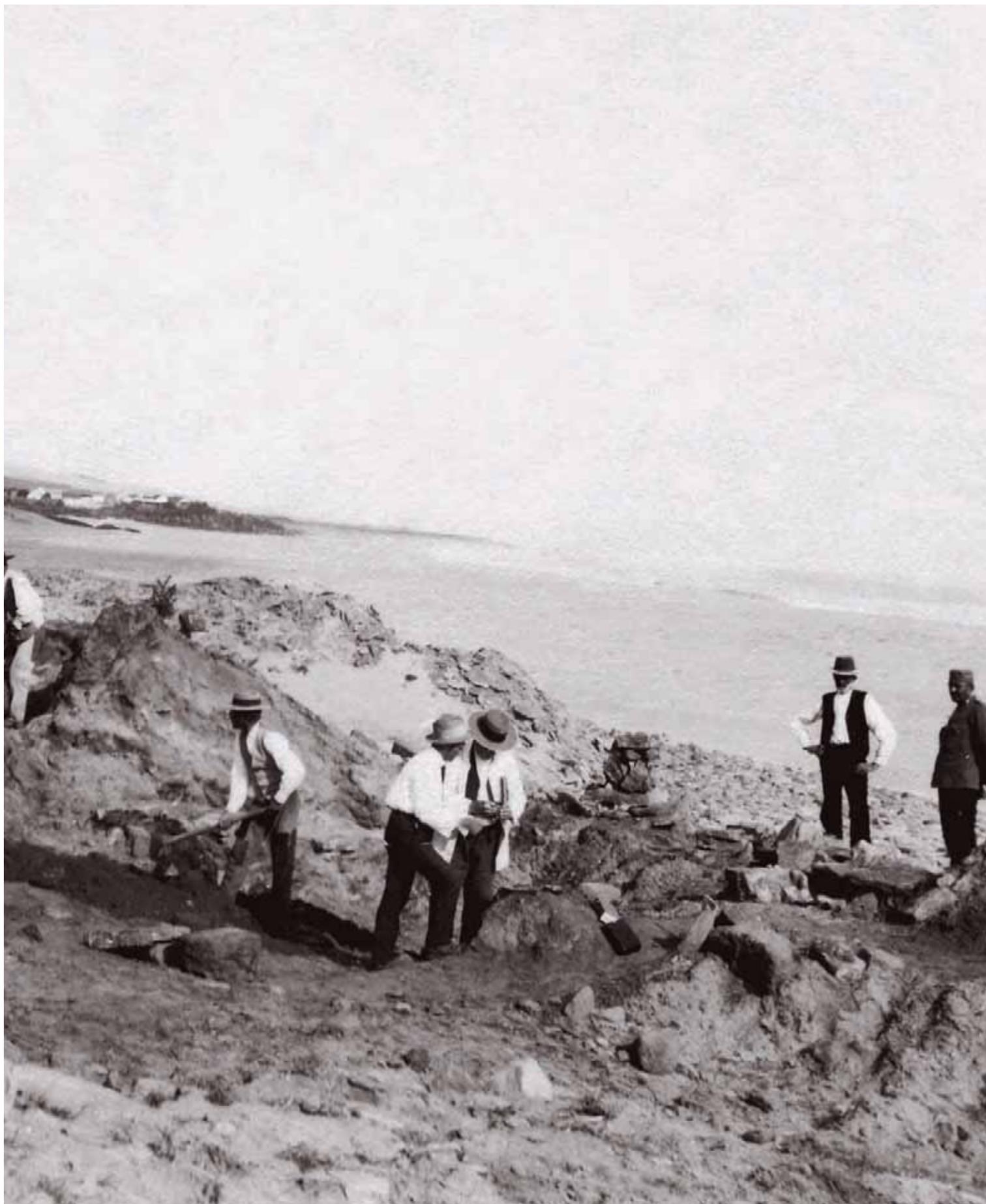
76 “Squelet d’inhumè, peut-être de suppliciè”. 1919.

Fotografía b/n, positivo sobre papel.
8 x 10,5 cms.
Archivo General de Andalucía, fot. 394

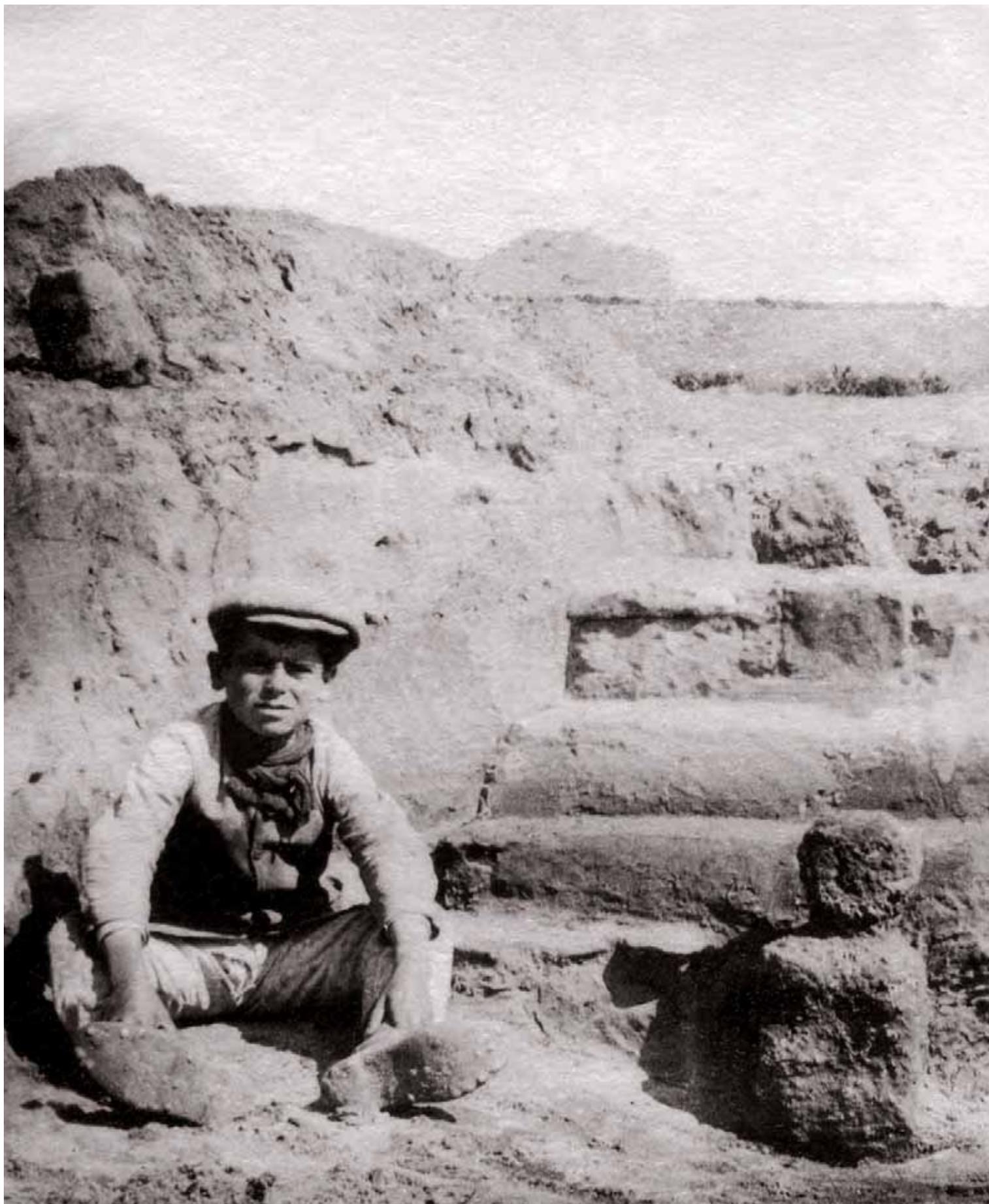
En la fotografía puede apreciarse a un grupo de obreros trabajando, destacando principalmente la ausencia de cualquier tipo de metodología de intervención arqueológica. A pesar del caos aparente, Bonsor obtuvo una planta muy precisa de la necrópolis y de los distintos enterramientos que fueron documentados y/o excavados.

Al fondo de la imagen se aprecia la playa y el poblado de El Lentiscal.





77 Trabajos de excavación en la necrópolis sureste de *Baelo Claudia*. 1919



78 Niño junto a enterramiento con “muñeco” en la necrópolis sureste. 1919



Fotografía b/n, positivo sobre papel.
5 x 7,5 cms.

Archivo General de Andalucía, fot. 395

Este enterramiento fue publicado en la memoria de 1926 como la “Tumba del muñeco”, ya que fue la primera estatuilla o cipo funerario que apareció en las excavaciones de la necrópolis. Se encuentra junto a un pequeño monumento funerario de base cuadrangular y estructura escalonada.

Una pequeña cavidad cuadrangular, en la parte superior, debió de servir para introducir la urna cineraria, o quizás una estela.

El niño que se aprecia en la imagen es usado como referente de la escala humana.

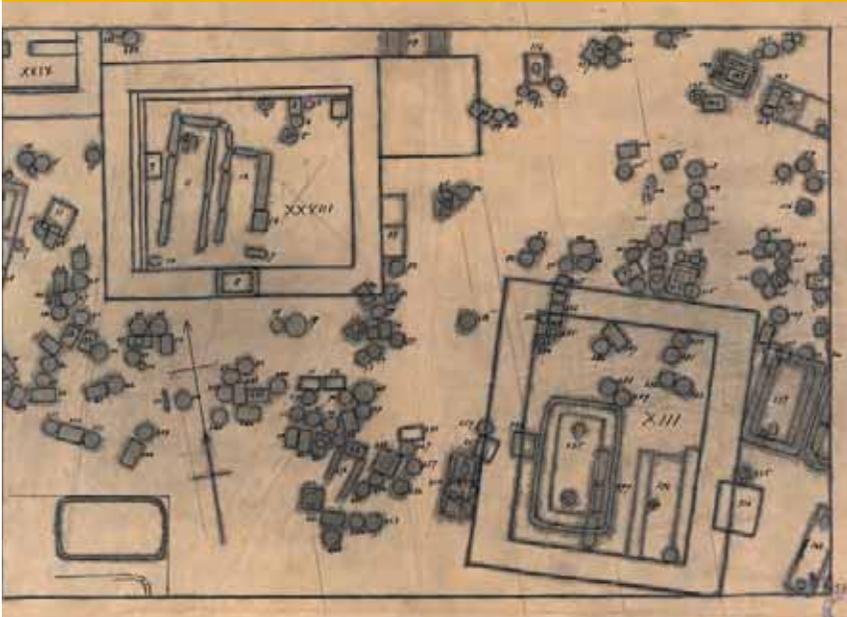
79 Cista de incineración con ofrendas de “muñecos”, y jarra cerámica en el exterior. 1919



Dibujo a lápiz sobre papel. 28,5 x 26,3 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.13

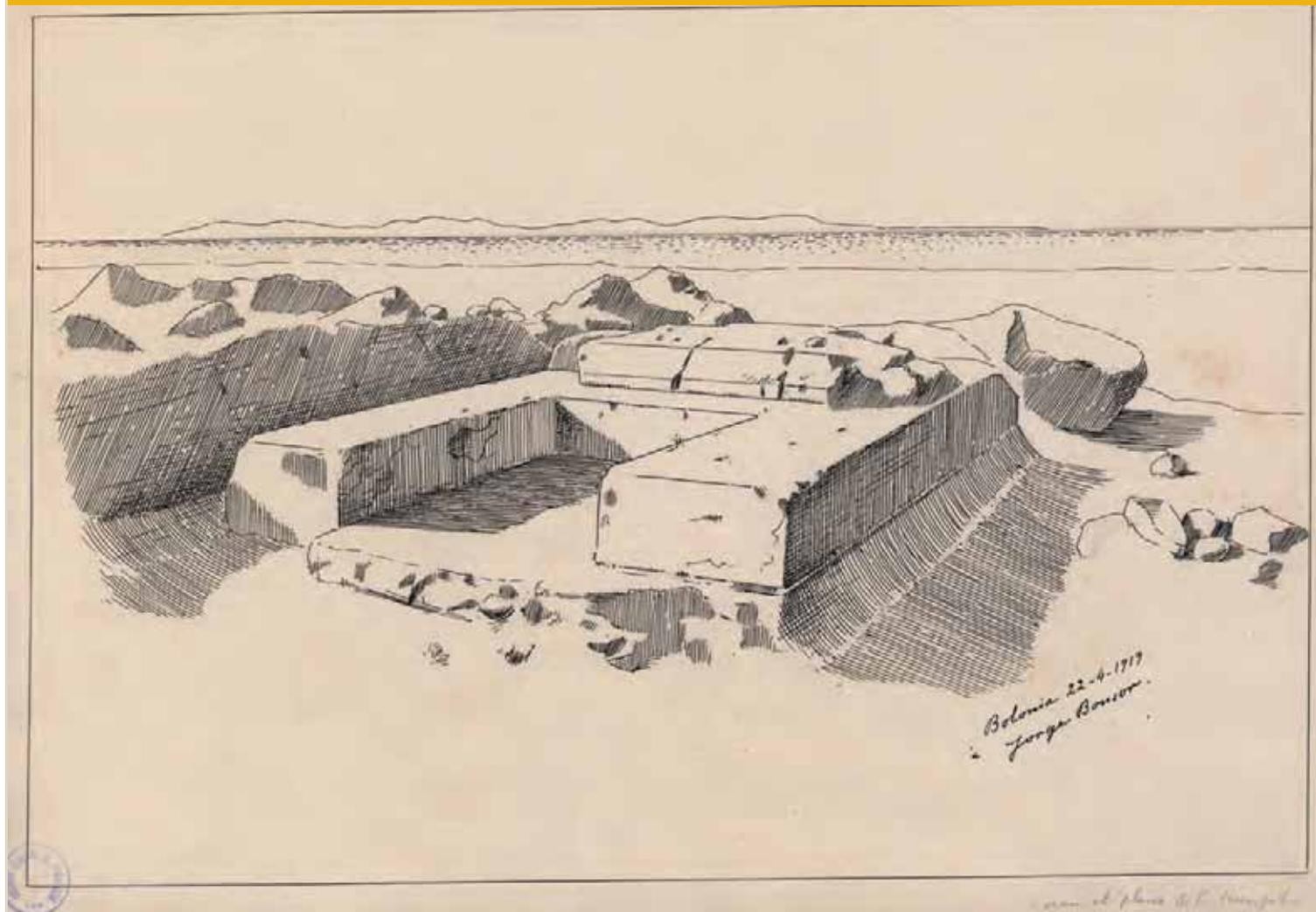
En este dibujo, Bonsor nos muestra el proceso de limpieza y excavación de una tumba de incineración en cista de piedra, en la que se observa en el frente cuatro “muñecos” o betilos, y en el lateral derecho una jarra cerámica. En la parte trasera izquierda se observan las herramientas de excavación.

80 Plano de ubicación de los hallazgos en la necrópolis sureste.



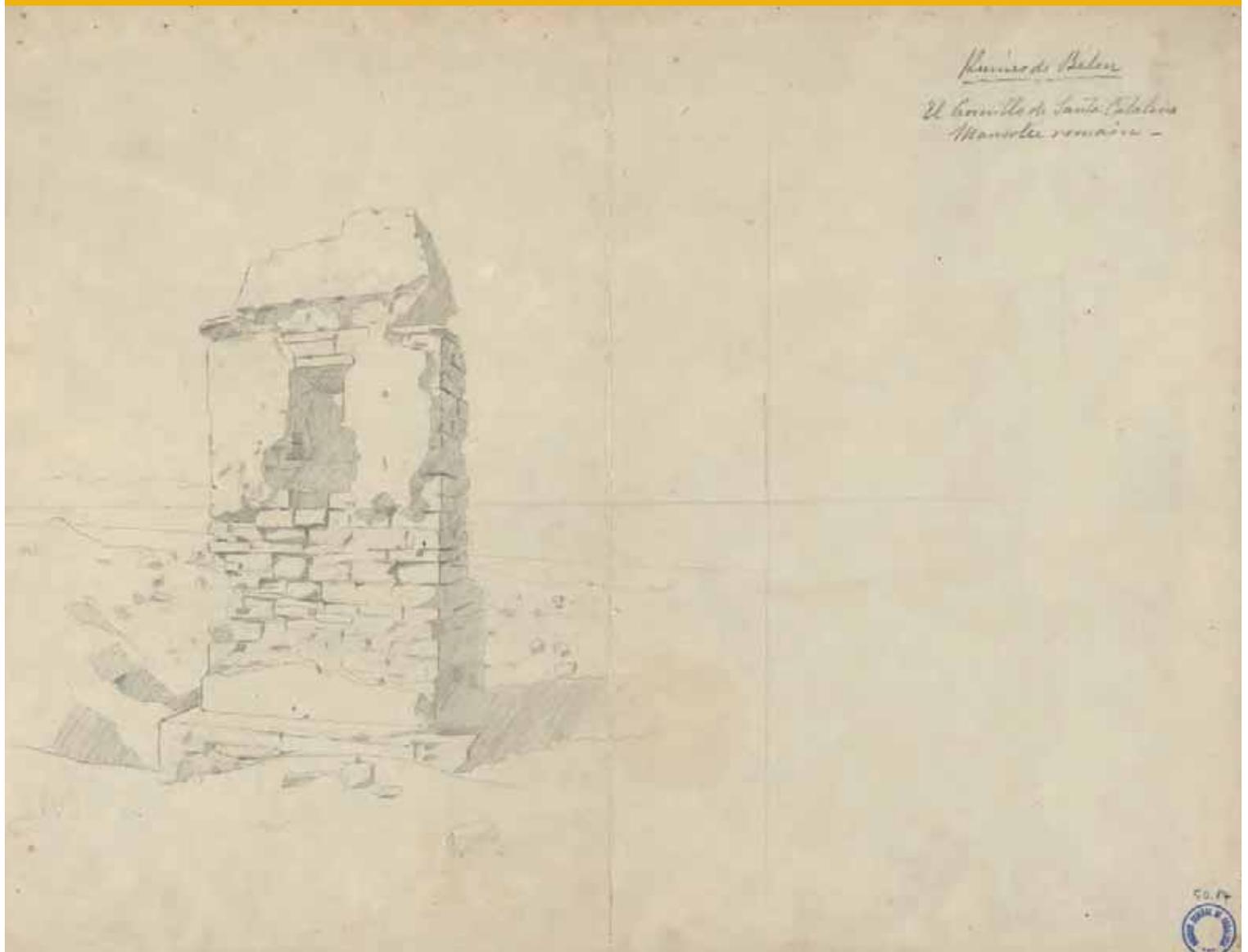
Dibujo a lápiz sobre papel. 33 x 44 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.15

La magnífica labor documental de Bonsor, y su carácter tan metódico a la hora de trabajar, hicieron que dejara clara constancia gráfica de todos sus trabajos. Documentación que, a día de hoy, sigue siendo muy útil en los distintos trabajos de investigación que actualmente se están desarrollando.



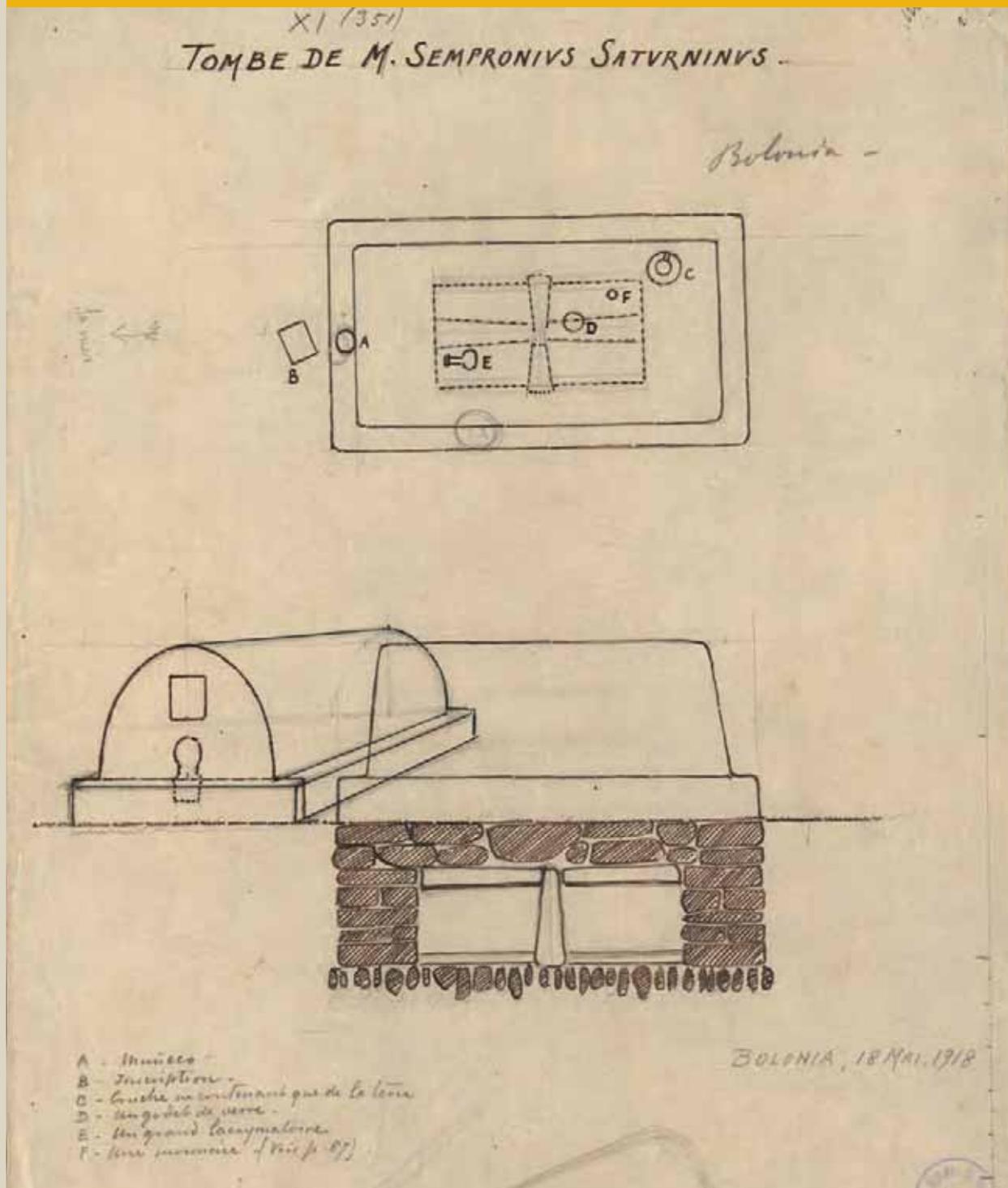
Dibujo en tinta sobre papel. 20,5 x 35,7 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.16

El dibujo nos muestra un enterramiento monumental del tipo mausoleo, excavado en 1919. Responde al modelo de templo funerario de la fotografía nº 68.



Dibujo a lápiz sobre papel. 34 x 44 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.17

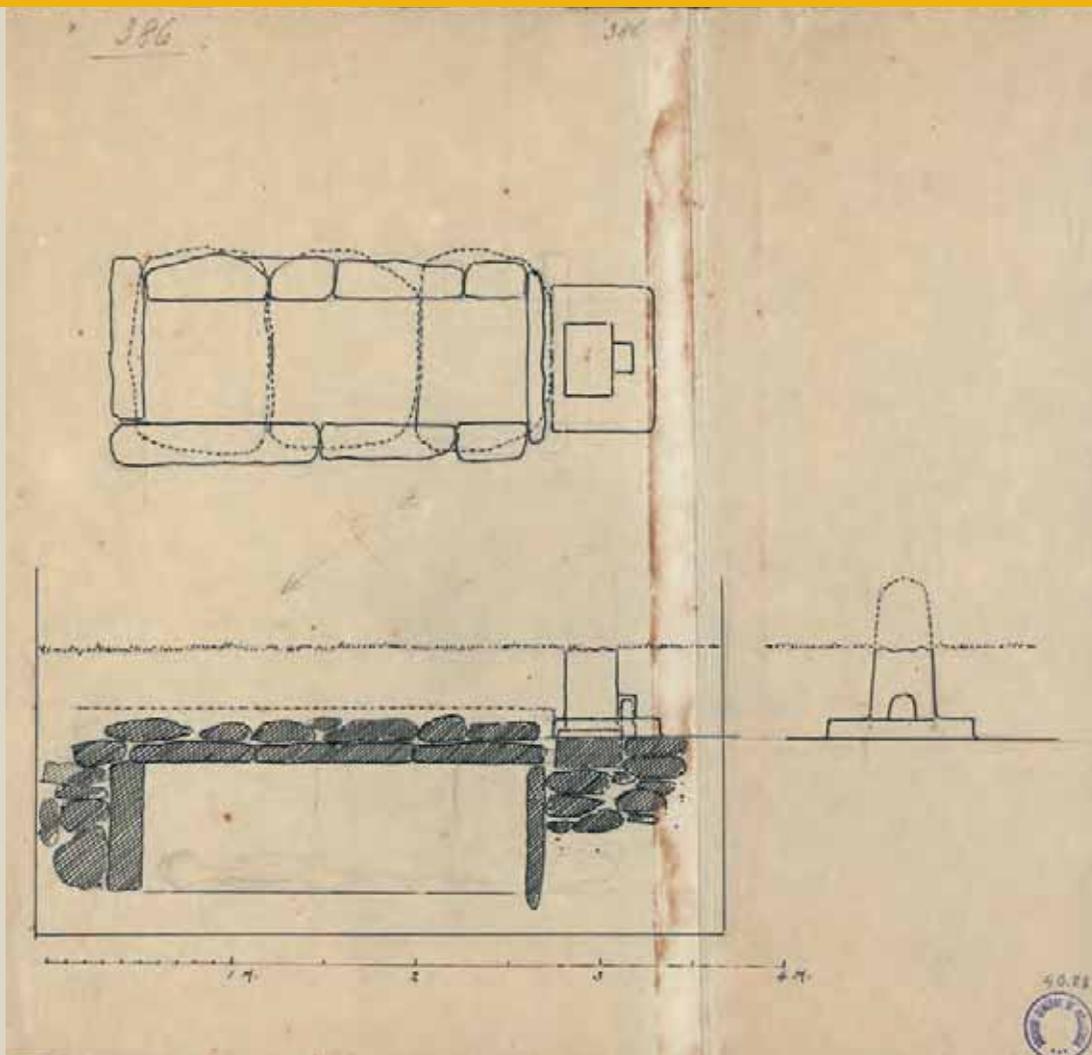
Monumento funerario turriforme. Se trata de la sepultura que mayor alzado conservaba en la necrópolis sureste cuando Bonsor inició los trabajos de excavación.



Dibujo en tinta sobre papel. 28,5 x 22,7 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.22

Enterramiento en *cupa*, bautizado así por el propio Bonsor al hallarse junto a la sepultura una lápida de mármol que contenía este nombre, indicándose la edad —49 años— a la que falleció el difunto.

En palabras de Bonsor, se trataría de la sepultura "semi-cilíndrica" más completa y mejor conservada de las descubiertas. Junto con las cenizas, fue documentado el ajuar, compuesto por un lacrimatorio, cuencos cerámicos para libaciones y una moneda de Marco Aurelio (140- 180 d.C.), lo que permitió fechar con seguridad el enterramiento.



Dibujo en tinta sobre papel. 29 x 30 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.23

Documentada como “tumba 386”, aunque después en la publicación de 1926 apareciera como la “382”. Dibujo de planta y sección de un tumba de inhumación, tipo *mensae*. Constituida por una capa superficial de *opus signinum*, que cubre el enterramiento en una cista de sillarejo de mediano y pequeño tamaño.



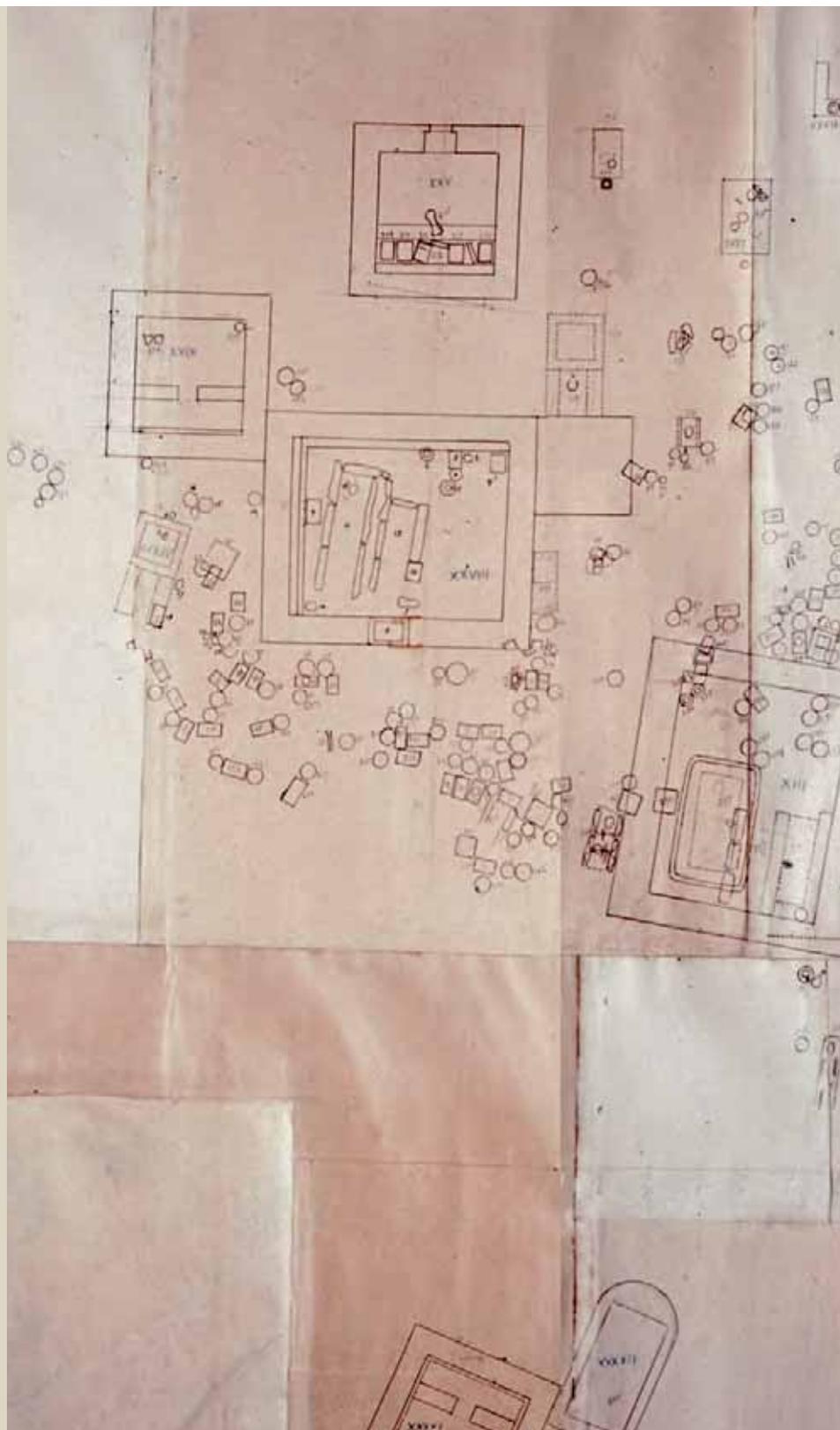
Dibujo a lápiz sobre papel. 36,7 x 53,5 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 50.27

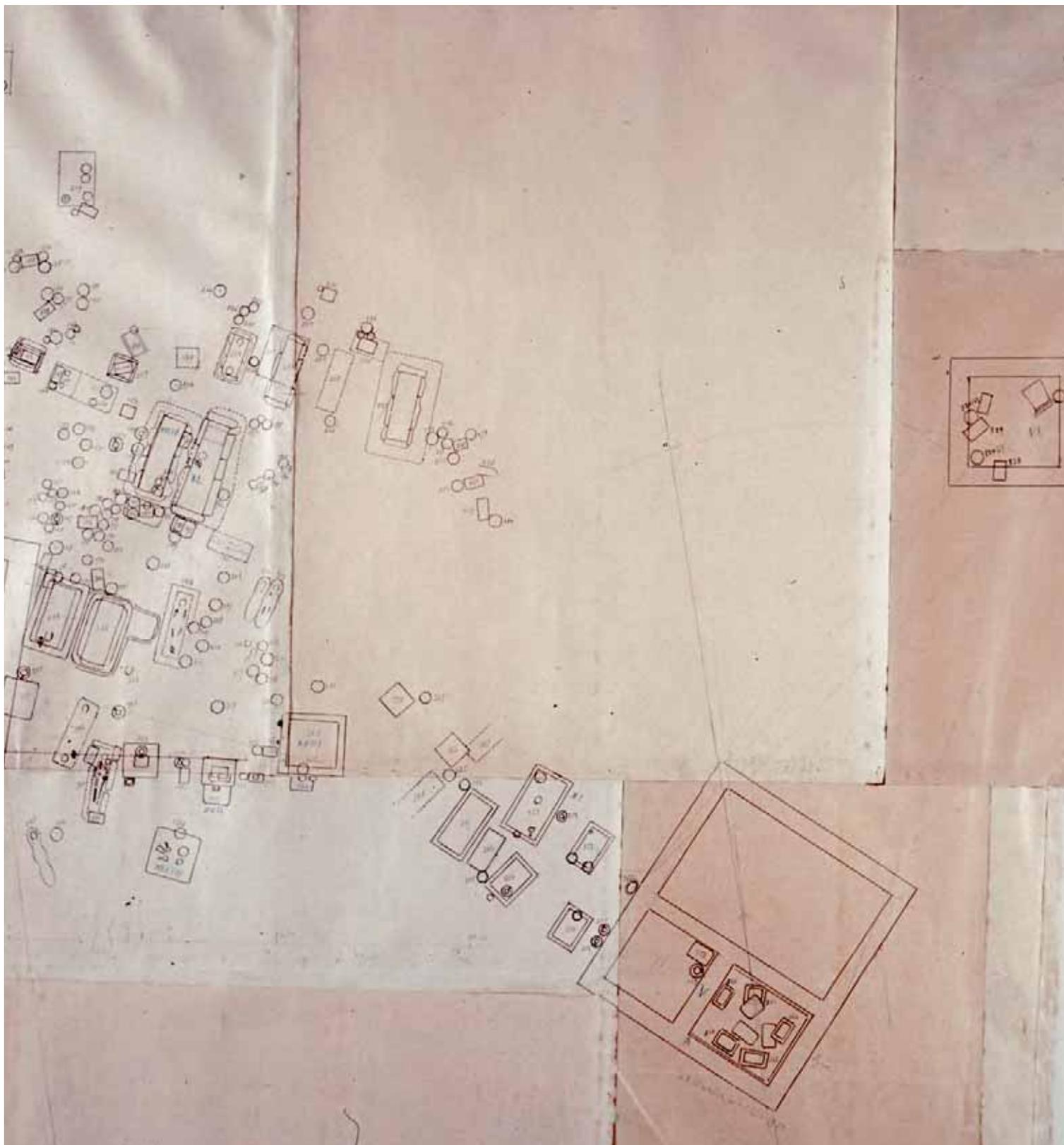
Conjunto de sarcófagos de piedra excavados en la necrópolis sureste, similares a los documentados en la necrópolis noreste, junto a la actual Sede Institucional.

Dibujo a lápiz y tinta sobre papel.
Color. 123 x 287 cms. 34 x 44 cms.
Archivo General de Andalucía, MPD 4

Durante los cuatro años de intervenciones arqueológicas en los que Bonsor estuvo en *Baelo Claudia* —1917 a 1921— fueron excavados más de 1200 enterramientos. Esta intensa actividad arqueológica se vio magníficamente plasmada en este plano, donde aparece reflejada la localización y numeración de cada uno de los enterramientos y sepulturas documentadas.

Contar hoy en día con una planimetría de estas características resulta excepcional para poder localizar los distintos enterramientos, ya que tras los trabajos de excavación la mayoría de los enterramientos fueron sepultados bajo las propias terreras de excavación y las dunas de arena como resultado de la acción eólica.





86 “Plano necrópolis Belo”. Plano necrópolis sureste. (Detalle)

